



**¡O NO HAY
TRATO!**

CAROLINA GATTINI

¡O no hay trato!

Carolina Gattini

Capítulo 1

Hasta hace poco pensaba que la vida era aburrida. Bueno, no es que pensara eso concretamente, de hecho no lo pensaba tal cual, yo era feliz, o eso creía. Es que nunca pasaba nada relativamente importante, todo era muy rutinario, por eso era aburrida. Por ejemplo, lo más importante que había hecho hasta hace dos meses había sido firmar un contrato de alquiler. Y todos mis problemas, y lo que ha pasado después, empezaron precisamente por el alquiler, o más bien por no poder pagarlo.

Yo no me consideraba tonta, al menos no del todo, pero los seres humanos, cuando estamos enamorados, automáticamente nos convertimos en seres irracionales, no es culpa de nadie, es que simplemente es así.

Como decía, mi vida era muy rutinaria, iba a trabajar a horas intempestivas, como son las nueve de la mañana..., tomaba mis múltiples cafés y hablaba con mis compañeras mientras trabajaba en mi mesa. Y así un día tras otro.

Levantarme a las siete de la mañana es un trauma para mí, hay que comprenderlo: Por circunstancias de la vida, o más bien porque cuando era más joven me equivoqué al hacer la matrícula, empecé a estudiar en el turno de tarde. Después de aquello, por pura casualidad, estuve trabajando también por la tarde. Por todo ello mi trabajo actual me resulta novedoso. Y hasta que no pasan dos horas y han hecho efecto los cafés, soy como un zombi. De hecho cada vez que pasa mi jefe, es para mí como un fantasma, un aura que veo flotar y con el que apenas mantengo un buenos días, y claro, recibo la misma respuesta. Es todo tan rutinario, o lo era, hasta hace poco.

Todos los cambios de mi vida empezaron hace justo dos meses, tal y como decía. Un funesto día llegué a casa tras mi rutinaria jornada en la oficina, un poco cansada, aunque no había hecho nada especial. Tal vez sólo estaba cansada por hacer tantos transbordos en metro, o porque había más gente de lo normal en los vagones e iba apretujada. El caso es que llegué a casa y mi novio desde hace, o mejor dicho, hacía, dos años, me dijo:

—Ufff..., había tanto tráfico hoy.

No fue lo que dijo, fue cómo lo dijo. Había algo en su voz que me hacía presagiar que algo estaba por venir, aunque no sabía qué. Era el tono infantil e inconformista, no lo sé, pero mi instinto me dijo que algo no estaba como debía estar.

Lo mejor fue cuando me dijo:

—¿Tú por qué me quieres?

En mi ingenuidad y pensando en quitarle hierro al asunto respondí:

—Yo me hago la misma pregunta —bromeé en tono jovial... Ingenua de mí.

Claro que, cuando empecé a sacar cosas de la nevera, así al tuntún porque no tengo la menor idea de cocinar y voy cenando mientras cojo ingredientes que bien usados confirmarían un plato delicioso por manos expertas, pensé que vaya pregunta más rara me había hecho. Estaba claro que algo escondía, tal vez lo deduje por haber leído tantos libros de detectives, con lo que por cierto me podrían convalidar criminología..., o tal vez fue el instinto de mujer, o tal vez que ese chaval es un auténtico idiota, pero no me equivoqué al pensar que todo pintaba mal, muy mal.

—¿Ha pasado algo?

—Nada —refunfuñó él, y me recordó tantos y tantos chistes sobre las mujeres que responden que no pasa nada cuando sí pasa. Pues éste responde igual, podría decirles a los que inventan esos chistes que hay hombres que hacen lo mismo... De hecho me hubiera gustado grabar la conversación para demostrarlo de forma empírica. Lástima que no me esperara todo eso.

—Me gusta que no pase nada, ¿vemos una película? U otra serie de narcotraficantes —añado conociéndolo, porque no vemos otra cosa, de hecho estoy pensando en montar el negocio, porque con todas las series de narcos que he visto lo tengo todo planeado, ya estoy pensando en irme a La línea o a algún lugar de la costa gallega, y encontrar mi nicho de mercado. También he tenido que ver series de traficantes de armas que van en moto y ese tipo de cosas, pero como no sé llevar moto lo he descartado totalmente. Antes de llegar al destino con las armas ya me habría caído unas doscientas veces...

Como respuesta obtengo un gruñido que creo que es un sí.

—No puedo seguir viviendo aquí, tardo dos horas en llegar al trabajo cada día —dice de repente y yo empiezo a sacar los embutidos más despacio, hasta que me quedo con un chorizo en la mano, que no sé por qué acaba doblándose en la zona media.

—Pues acabamos de firmar el contrato, no sé si habrá algún resquicio legal para anularlo —digo pensativa, aún con el chorizo en la mano, intentando ponerlo tieso de nuevo, ayudándome con la otra mano.

—Me estoy agobiando —asegura mientras resopla y camina aún vestido por el salón mientras yo, desde la cocina americana, lo observo confusa.

No sé qué cojones le pasa a éste. Está raro desde hace unos días. Suponía que los cambios no los lleva bien, o tenía las hormonas revolucionadas, pero ahora me está preocupando.

—Pues no sé qué decirte, chico —acabo diciendo con toda la sinceridad del mundo. Y ya un poco irritada.

Él se detiene y de pronto me mira de una forma muy extraña. Vuelve a coger su chaqueta, desconecta la play de la tele, la mete en su maletín, todo en ese orden, y sale por la puerta. Tal como vino, se fue. No sin antes decir:

—Desde que estoy contigo ya no me llaman mis amigos para salir, como antes.

—¿Porque se han casado y tienen hijos? —respondo de forma absurda, porque lo que dice no es para menos.

—Hablamos en otro momento —se limita a decir antes de abrir la puerta.

—La madre que lo parió —me limito a decir yo cuando ya no está.

Tras la extraña escena sucedieron varias cosas, por raro que parezca sentí un gran alivio en ese mismo instante, alivio y rabia, todo hay que decirlo. Y durante la semana siguiente comencé a ser yo, tuve que dejar de idear mi negocio como narcotraficante, ya que no vi más series sobre el tema, y me faltaba práctica. Después comencé a arreglarme, a salir más, a disfrutar, a mandar a la mierda unas cuantas veces a ese personaje, porque después se arrepintió de todo, según él. Así que acabé por bloquearlo para que me dejara tranquila tras algunos audios gritándole como una loca..., incluso llegué a amenazarle... Ya decía yo que tanta serie sobre narcos no era sano... Porque le dije que si me volvía a llamar o intentaba ponerse en contacto conmigo iría con mis primos para darle una paliza, y yo no tengo primos porque mis padres son hijos únicos...

Por raro que parezca no sentí su pérdida, empecé a ser realmente feliz, aunque no es tan raro, era un pesado, un egoísta que sólo pensaba en sí mismo. Por ello cuando una relación con alguien así acaba, todo es felicidad. Así que, en conclusión, no es raro, es lógico. A él le vino grande el cambio, de niño a hombre, y a mí me vino de lujo pasar de mujer a niña y disfrutar, precisamente como una niña, de mi libertad.

Y hasta aquí todo parece maravilloso, y lo es, el problema es que acabábamos de firmar un contrato de alquiler a un precio desorbitado con unos adelantos estratosféricos de fianzas e historias que se iban inventando los de la inmobiliaria, y me vi en una situación bastante incómoda. Porque en realidad el contrato lo firmé yo solita, y es que por alguna casualidad de la

vida ese día él no pudo venir a tiempo a la firma.

Total que allí estaba yo, sin un duro y sin saber cómo seguiría pagando el alquiler. Y todo empezó entonces a decaer, porque sin dinero es muy difícil subsistir... Por no decir que imposible. Y la falta de él la eché más de menos que al tonto de mi ex. Así que me vi obligada a hacer lo que cualquiera haría en un momento de desesperación, cuando no se sabe cómo solucionar un problema, es decir, me vi obligada a llorar a moco tendido, llorar como una descosida...

Y es que a cada contratiempo venía otro. Un día no podía pagar la luz, al siguiente el agua. Y así casi todo. Porque hay una cosa que no entiendo: Cuando viven dos en una casa se gasta prácticamente la misma cantidad de suministros, es decir, luz y agua, que cuando se vive solo. Porque hay un invento llamado "mantenimiento e historias" que hacen que haya un mínimo que siempre se pague, ¡aunque no encienda una puñetera luz!

Y ustedes estarán pensando: ¿por qué no cambiar a un alquiler más barato? También lo pensé, pero todos los pisos que vi pedían lo mismo que tuve que pagar para alquilar el que alquilé, una fianza, un mes de adelanto, otro mes porque sí y otro porque toca, y no sabía si era peor seguir viviendo ahí o pedir un préstamo para poder pagar otra "entrada" para otro piso que tampoco sería mío. Y de repente se me ocurrió subarrendar, pero eso hizo que todo se complicara más... porque no lo creerán, pero está prohibido...

Por lo tanto me fui metiendo en una detrás de otra, porque para pagar la multa que me pusieron por hacer la ilegalidad tuve que pedir un préstamo, y luego vino hacienda, a decirme que la ayuda al alquiler no procedía porque los dueños no habían hecho un trámite con la fianza... Me pueden llamar loca, pero, ¿hay algún sentido en todo esto? Yo, no sé si soy muy paranoica, pero me imagino que hay alguien en hacienda, alguien en la inmobiliaria y alguien en mi trabajo que están todo el día delante de una mesa con una hoja en blanco inventando leyes, normas o ideas para sacarme el dinero de alguna forma, y de paso de quicio. Los del trabajo me lo sacan a base de la siguiente frase: "Compra lotería de navidad" y añaden: "Por si toca..." lo cual deja un eco en mi cabeza... por si toca... por si toca... Y luego están las madres de niños que se gradúan y que deciden vender papeletas para pagarles el viaje, papeletas que luego ni siquiera encuentro, que seguramente habré tirado con algún ticket de compra por estar el bolso lleno de papelitos que voy metiendo sin ningún control. Y por cierto, jamás he sabido de nadie a quien le haya tocado algo de eso. Papeletas... no diré más.

Así que la cosa pintaba mal, pero aún podía ir peor, aún podía perder la casa, cosa que pasó también. Cuando la desesperación pudo conmigo los dueños decidieron cancelar todo y que su hijo viviera en esa casa, y se acogieron a un retraso en el pago, de poco tiempo, pero sí que existió. Y todo porque mi sueldo también se retrasó y porque vivo al límite, pero no al límite como los protagonistas de una película de aventuras americana, al límite de mi cuenta corriente.

Y después de aquello todo mi mundo se hundió, no podía dejar de llorar mientras cogía mis cosas de esa casa en la que, con tanta ilusión, había colocado cuando nos mudamos allí, el innumerable y yo, el que iba a pagar la mitad del alquiler... Y yo.

Hacer una mudanza cuando tienes un lugar al que ir no está mal, pero cuando empaquetas tus cosas en cajas y no sabes dónde las vas a guardar, ni sabes dónde vas a dormir, es duro. Digamos que deprime, que dan ganas de llorar... Pero de pronto se me ocurrió una idea. En la planta del edificio donde trabajo hay varios despachos que se usan para dar glamour al lugar ante clientes importantes, despachos con sofás que nadie usa... Y con todas las comodidades... Sólo tenía que encontrar un lugar en el que meter mis cosas, tal vez un trastero, porque para pagar un trastero sí me llegaba. La idea fue gestándose mientras empaquetaba mis cosas, y madurando en mi cerebro cuando llegué a la oficina antes que los demás, ya que las preocupaciones no me dejaban dormir, y

en esos momentos lo de madrugar era el menor de mis problemas.

Así que mientras estaba rondando por la oficina decidí investigar esos despachos que nadie usa. Encontré uno con un sofá, con su neverita y todo, tan cool... Después encontré otra solución: El despacho con la mesa a modo de sala de reuniones... con un microondas... Y luego vi los aseos con ducha que tiene el jefe conectados a su despacho... ¡Qué más se puede pedir! El caso es que es deprimente. Empecé el día un poco más animada, pero luego mi ánimo fue decayendo, sobre todo cuando los dueños me llamaron diciendo que habían cambiado la cerradura y que me devolverían mis cosas cuando pagara los desperfectos. Yo no sabía de qué desperfectos me estaban hablando y estaba ya flipando por momentos. A ver, ¿la fianza no era para eso? ¿La cual no habían ingresado en no sé dónde y me quitaron la ayuda por alquilar...? Un show...

Cuando llegó la noche me sentía sola, abandonada, sin un lugar a donde ir, sin dinero.... Sin nada más que las cosas que, afortunadamente, había traído para pasar las noches en la oficina, en una maleta que tenía escondida bajo mi mesa..., y que había colado sin que nadie se diera cuenta gracias a los conocimientos adquiridos por mis horas echadas viendo series de narcotraficantes, que para algo tenían que servir. Maleta que había traído por la mañana adelantándome a las demás compañeras para que no me vieran entrar con ella, junto con un montón de bolsas de la compra... Parecía la pretty woman, pero de extrarradio; porque en las bolsas en lugar de llevar vestidos de dos mil dólares llevaba unos melocotones y unas mandarinas, entre otras cosas básicas de supervivencia. Y cuando se fue la última compañera de la oficina, mientras estaba planteándome seriamente convertirme en youtuber para dar clases de supervivencia llamándome a mí misma "la última superviviente" "con melocotones", y me quedé sola, alegando que tenía que ir al baño antes de salir; fue cuando rompí a llorar como una descosida. Tenía tanto sueño... Y es que había madrugado esa mañana para llegar antes que nadie y para más desesperación había estado media hora esperando en el banco de la parada del autobús con todos mis bártulos, porque había perdido el que acababa de pasar, por tan sólo unos segundos. Ahí me sentí como Forrest Gump, sentada en el banco esperando el próximo autobús con cara de circunstancia, pero en lugar de bombones llevaba melocotones. Aunque eso no fue tan grave como para venirme abajo, porque en ese momento aún me quedaba esperanza. Después, tras pasar la jornada laboral descubriendo nuevos problemas, la cosa cambió hasta hundirme totalmente en la desesperación.

Capítulo 2

Llevo toda mi vida trabajando, mejorando la ristra de deudas que heredé de mi padre para convertir esta empresa en un referente nacional. Trabajar tanto no me ha dejado tiempo para nada más, aunque tampoco tengo necesidad de nada más. Digamos que nada más significa que no he tenido tiempo para las mujeres, pero ni me interesa. No es que no me gusten las mujeres, es que todo es demasiado complicado. Las mujeres que he conocido no eran para mí, nunca tuve suerte, o simplemente pensaban que era un hombre aburrido. No las culpo, mis hermanos, mis amigos y todos los que me rodeaban eran mucho más atractivos que yo o más seductores, quién sabe, el caso es que cuando he encontrado a alguien que me llamara la atención decidí perder el interés en mí para centrarlo en alguien de mi entorno. Y como todo esto pasó en el instituto, me vino bien para centrarme en los estudios y avanzar siempre, con la idea de progreso bien asentada en mi cabeza.

Desde entonces no he dejado de aprender sobre cómo mejorar en el único ámbito en el que soy capaz de hacerlo, el económico, porque en todo lo demás soy un desastre.

Y todo iba bien hasta ahora: Yo no haciendo caso de nada que no fuera trabajo y el resto del mundo dejándome actuar e ignorándome para beneficiarme siempre de su falta de determinación. Pero como he dicho, hasta ahora, porque algo ha ocurrido que ha afectado al orden natural de las cosas. Y todo el trabajo que había hecho hasta el momento se ha venido abajo, incluso puedo perderlo todo si no encuentro una solución. Y entonces no tendría nada, ni siquiera mi refugio, mi empresa, lo que tanto me costó levantar. Lo único que se me da bien, lo único en lo que soy bueno.

Y de pronto empiezo a analizar qué he hecho mal, además de confiar en quien no debía. También me detengo a pensar en las soluciones, porque nunca me ha gustado detenerme demasiado en lo negativo, sólo el tiempo necesario para aprender de los errores con el objetivo de no volver a cometerlos. Por lo tanto dedico toda la tarde a la búsqueda de soluciones con los abogados en los que puedo confiar.

Se proponen varias opciones, que en el fondo sé que no lo son. Sólo yo sé cómo salir de ésta.

Cuando los tres últimos abogados salen de mi despacho, incluido Julio, que también es mi socio, y me quedo solo, cuando ya no queda nadie en la oficina, me vengo abajo. Es la primera vez en mi vida que me siento así. Esa sensación de impotencia, de no poder hacer nada por lo que tanto he luchado, me está matando.

Sólo hay una solución, lo he sabido durante todo el día, pero el problema es que no puedo confiar en nadie, por confiar en gente que no debía es por lo que estoy en esta situación.

Mi padre, además de una infinidad de deudas, tuvo la brillante idea de hacerse un seguro de vida, el cual administró mi madre de tal forma que aumentó invirtiendo sabiamente, en una editorial. La editorial de mi hermano Juan. Mi madre duplicó su valor y guardó el dinero en una cuenta, y antes de morir redactó un testamento muy raro cediendo a los deseos de mi padre antes de morir. Nunca hemos podido acceder a ese dinero, ninguno de sus hijos, porque para ganarse el dinero hay que hacer algo que ninguno de nosotros está dispuesto a hacer. Mi hermano Juan dirige la editorial de mamá, y vive como quiere, con una cantidad de dinero suficiente para pagar sus vicios. Debido a su trabajo en la editorial no para de conocer modelos que trabajan para las revistas que publica, con lo cual jamás se casaría, teniendo en cuenta su carácter. Mi hermano Izan no hace nada, se dedica a pedirnos dinero a los demás, pero tampoco querría sacrificarse para obtener el dinero de mamá. Y yo, simplemente, no he tenido la necesidad de acceder al dinero que está esperándonos en esa cuenta. Sin embargo, ahora, en este momento, es la primera vez que me

lo planteo seriamente, porque ese dinero taparía el agujero que dejó el contable que nos ha robado y ha dejado a la empresa al borde de la quiebra.

El único problema que encuentro es que no confío en nadie como para llegar a casarme y que pueda acceder a todo lo que tengo. Ya cometí el error de fiarme de un empleado que además era uno de mis mejores amigos. Un amigo de la familia, si hasta fue el padrino en el bautizo de Juan... Pero es que por otro lado ninguna mujer que conozca accedería a aceptar ese nivel de compromiso, conmigo.

Sin embargo ya he llegado a la conclusión de que no me queda más remedio que tomar ese camino, así que empiezo a enumerar mentalmente las mujeres que conozco que están solteras. Voy descartando a cada una de ellas hasta que llego a María, la ex de mi hermano Juan, con la que comparto una gran amistad.

Consulto la hora en mi reloj de pulsera y respiro profundamente. No es tarde para llamarla. No me gusta usar ningún sistema de mensajería instantánea del móvil ni del ordenador, me gusta hablar por teléfono y resolver las cosas cuanto antes, pero siento la tentación de mirar si se ha conectado al "wasap" hace poco. Y sí, hace diez minutos, así que aún debe estar despierta.

—María —digo su nombre con la voz cansada—. Tengo que hablarte de algo importante...

Ella escucha con atención todo lo que ha pasado en la empresa y luego suelto la bomba, le explico la forma, la única que he encontrado para salvar todo. Y después, añado dubitativo que tal vez ella podría ayudarme. Necesito una respuesta ya.

—Miguel, no puedo ayudarte, he conocido a alguien, estamos empezando una relación... — asegura tumbando mi única esperanza.

—Sería sobre el papel, no tiene por qué enterarse nadie.

—Miguel, no insistas, no quiero problemas ni poner en riesgo lo que tengo, sabes lo mal que lo he pasado por tu hermano, no quiero estropearlo ahora con él.

—Lo siento, no quería ponerte en esta situación, es que estoy desesperado —le confieso—. No sé cómo salir de ésta. Es tan frustrante, es el trabajo de toda mi vida, todo perdido...

—Cariño, siempre encuentras la solución, recuerda eso... Ahora no puedo hablar, pero mañana me paso por la oficina a primera hora. Tengo que conducir, he parado en medio de una avenida y ya me están pitando. Mañana hablamos y te ayudo a buscar una solución, tengo algunas ideas. Anímate —dice finalmente entre los sonidos de las bocinas de otros coches.

Cuelga y me deja confuso, pero a la vez con la certeza de que no van a servir ninguna de sus ideas, igual que no han servido las de mis abogados, ni las mías. Y por si fuera poco ni siquiera puedo acceder al dinero porque ni me fío de nadie más ni creo que ninguna mujer aceptara las condiciones que están estipuladas en ese testamento.

La desesperación empieza a invadirme cuando miro el reloj y me doy cuenta de que no he logrado nada en todo el día. Ya es tarde, no queda nadie en la oficina, y la única luz que hay encendida es la de mi despacho. No tengo por costumbre derrumbarme y llorar, pero lo estoy pensando seriamente cuando oigo el llanto de alguien. Por un momento he dudado si se había colado un gato en el edificio, habían dejado un bebé en una cesta delante de la puerta para deshacerse de él o realmente había un adulto llorando en alguno de los despachos.

Me levanto confuso de la silla que preside el despacho y camino hacia donde creo que viene el sonido. Abro la puerta principal y no veo a nadie, todo está en silencio ahora. Tal vez era mi cerebro que está volviéndose loco.

Vuelvo hacia mi silla pasando antes por delante de la nevera del despacho para coger algo que me despeje, si lleva alcohol mejor.

Y justo cuando me inclino hacia la nevera oigo otra vez un maullido.

—Miisssiiii —digo caminando hacia la puerta que da al despacho contiguo al mío, a ver si atrapo a ese gato que me está volviendo loco. Lo que me faltaba hoy era otro problema más.

—¿Missi? —pregunta una de mis secretarias, ahora no me acuerdo de cómo se llama, porque para recordar nombres estoy yo hoy.

El caso es que la chica lleva una cara que expresa mejor que yo la situación financiera de la empresa. Tiene las mejillas llenas de lágrimas y los ojos enrojecidos e hinchados. Aunque dudo que esté llorando por algo como que la empresa vaya a quebrar, ya que no lo sabe, y si lo supiera no sé si lloraría, tal vez sí por saber que perdería su empleo, al igual que todos aquí.

—¿Qué hace aquí aún?

Ella se queda boquiabierta mirándome y se tapa la nariz con su pañuelo de nuevo, y empieza a llorar como si hubiera perdido a un ser querido, lo que me hace pensar que tal vez sea eso.

Nunca he sido capaz de ver a nadie llorar, no sé qué me pasa por dentro que se me remueve algo en el estómago y no lo soporto, necesito calmarla, ofrecerle lo que quiera. En estos casos soy capaz de cualquier cosa y me pongo tan nervioso que digo tonterías, incluso a veces tartamudeo.

—Yo sé que el sueldo es un poco ajustado, pero estamos pasando por dificultades económicas últimamente, no puedo subir el sueldo a nadie, de hecho no sé cómo vamos a seguir un año más, puede que quiebre la empresa en unos meses, la situación es insostenible —digo tan rápido que no me doy cuenta de que he dicho algo malo, algo que la hace llorar aún con más intensidad—. Lo siento —añado y ella me mira sin dejar de llorar, y vuelve a derrumbarse con más fuerza.

No sé qué decir en estos casos, así que decido callarme y traerle algo de la nevera, que alcanzo corriendo para sacar un refresco, una botella de vino y una cerveza. No sé qué le gusta a esta mujer, así que planto delante de ella, en la mesa de reuniones, todas las bebidas, dejando a su elección cuál escoger.

Entonces ella deja de llorar y yo suspiro aliviado. No sé si hubiera soportado más el llanto, creo que lo próximo habría sido abrazarla. Es que me pongo muy nervioso cuando veo llorar a alguien.

Ella me mira, ahora confusa, y vuelvo a suspirar aliviado, creo que ya se le ha pasado, o al menos lo peor. Se queda mirándome un buen rato, hasta incluso hacerme sentir incómodo, y de repente empieza a reír. Aún con las lágrimas en los ojos, ríe y llora... Me pregunto si habrá perdido la cabeza.

—¿Está bien? Señorita... Vega —pruebo el apellido, porque no recuerdo si esta mujer es Vega o Martínez. Sé que parezco el típico jefe que no se preocupa de saber los nombres de sus empleados, pero en mi caso es un problema de antaño con los nombres, ni siquiera cuando me gustaba una chica en el instituto recordaba el nombre. Es un verdadero problema, porque la gente no lo entiende, y en lugar de ser comprensivos me ven como un ogro.

—Vega tiene sesenta años y Martínez es un hombre —me explica antes de empezar a reír.

Ahora entiendo menos a esta mujer. Y quisiera saber su nombre, me siento tan idiota ahora mismo.

—Me llamo Míriam Baeza —añade apiadándose de mí, ya que debo tener un aspecto muy estúpido ahora mismo.

—Gracias —digo con un suspiro y decido correr la silla que tiene a su lado y sentarme. Necesito beber algo, pero lo que le he traído es demasiado flojo, pienso mientras abro un refresco y doy un sorbo.

—¿Algún problema? —pregunta ella mirándome fijamente desde que me he sentado.

—Bastantes, ¿quieres algo más fuerte que esto?

Ella me mira con los ojos muy abiertos, como si estuviera viendo a un loco, pero después se

encoge de hombros y gira la cabeza hacia un lado.

—¿Por qué no? —acepta empujando la silla hacia atrás apoyando las manos en la mesa para coger impulso.

Decido llevar a... a, otra vez se me ha olvidado el nombre, era... ¡Míriam! Decido llevarla al restaurante del hotel que hay frente a la oficina. No tenía ganas siquiera de conducir, y eso es raro en mí, porque me gusta bastante, pero tampoco quería que se sintiera incómoda, sólo quería sentarme y hablar con alguien. Justo lo que estamos haciendo. Nos hemos sentado en una mesa, al fondo, donde apenas hay iluminación. En realidad el lugar lo ha elegido ella, y creo que lo ha hecho por si vuelve a llorar, para que no la vea nadie, pero se lo agradezco, porque yo tampoco me siento bien como para estar rodeado de una cantidad indeterminada de gente mirándome.

Ella me explica su situación a grandes rasgos, no he entendido la mitad de lo que ha dicho, tal vez la ginebra ya me haya subido un poco, o tal vez a ella le haya subido más, porque tampoco se le entiende... La miro frunciendo el ceño, intentando comprender alguna palabra, pero lo único que he logrado entender es que su novio la dejó hace un mes o unos meses, no me he enterado bien, y que no tiene cómo pagar el alquiler desde hace el mismo tiempo. Luego empieza a quejarse del gobierno, hacienda y de todo lo que la rodea.

—Lo bueno de no tener nada es que no hay nada que perder —digo pensando en voz alta.

—Tampoco necesito nada, sólo dormir —dice apartando la vista de mí y suspirando profundamente antes de dar otro trago a su vaso de vodka.

—No estoy acostumbrado a beber, pero dicen que cuando se está así hay que beber, y sin embargo no me siento mejor.

—Y no se va a sentir mejor —añade ella dejando caer su cabeza sobre una mano.

—Entonces deberíamos parar ya.

—¿Y a ti qué te pasa? —pregunta obviando mi consejo y dando otro trago bastante largo a su vaso.

No creo que recuerde nada de lo que le digo, así que empiezo a hablar de mi vida como si fuera la psicóloga o el cura de un pueblo. Le explico cómo empecé a crear la empresa, mis problemas iniciales, cómo los superé equivocándome alguna vez, pero acertando más veces, cómo tomé decisiones y dediqué mi vida a crear lo que tengo, el lugar donde ella trabaja, y cómo estoy a punto de perderlo todo. Y al final le explico la única solución posible mientras sus ojos se van entornando como si fuera a caer dormida encima de la mesa en cualquier momento. Incluso sostiene su cabeza por la barbilla para mantenerse despierta.

—¿Y no hay ninguna mujer que acepte todas esas condiciones? No quiero perder mi trabajo, lo que me faltaría ahora... —se lamenta.

—Nadie en quien pueda confiar.

—¿Y no se puede firmar algo para estar seguros? Hasta yo firmaría cualquier cosa con tal de no perder mi trabajo. Estoy segura de que habrá alguna mujer en una situación parecida...

Y de repente sus ojos se cierran y echa para atrás su espalda dejando caer su cabeza en el respaldo acolchado del sofá en el que está sentada.

No sé si se ha enterado de algo de lo que he dicho, pero entre todos los bostezos que ha dado al final, ha dicho cosas muy interesantes. Empiezo a pensar con algo de claridad a pesar del alcohol, tal vez haya una solución... Y de repente oigo una especie de ronquido proveniente de esa mujer, sentada frente a mí, con la boca abierta y la cabeza echada hacia atrás. Será mejor que la saque de aquí...

—Vamos... Míriam, hay que volver a casa.

Ella abre sus ojos negros y me mira confusa.

—¿Dónde te llevo? —insisto tendiéndole la mano.

Miriam me sigue, caminando con dificultad, sin responder. Tal vez esté demasiado cansada para hablar. Incluso tengo que ayudarla sosteniéndola por el brazo mientras se apoya sobre mi costado, esperando que se despeje mientras caminamos hasta la salida para coger un taxi.

Sin embargo, en el interior del taxi se queda dormida y no logro despertarla por más que lo intento, hasta que el taxista vuelve a preguntarme por enésima vez dónde vamos. Y finalmente le doy la dirección de mi casa, porque de nada sirve seguir dando vueltas sin rumbo.

Tal vez sea buena idea llevarla a mi casa, así puede que la convenza para hacer lo que se me ha ocurrido, o mejor dicho, lo que me ha sugerido ella.

Capítulo 3

No sé qué pasó anoche, pero tengo un dolor de cabeza brutal. Es como si hubiera salido de fiesta, pero ni recuerdo nada, ni sé si lo disfruté, y lo único que sé es que estoy en una cama muy calentita y agradable, y que no la estoy disfrutando como debería porque estoy tan mareada y dolorida que sería incapaz de sentir ningún placer.

A lo mejor me he muerto y he llegado al paraíso, no por portarme del todo bien, sino a modo de compensación por haber aguantado a mi ex... ¿Será posible? ¿Será verdad aquello de “contigo tengo el cielo ganao”?

Vuelvo a cerrar los ojos y a dejar de intentar levantarme de la cama, porque cada vez que muevo la cabeza es dolor; de cuero cabelludo para abajo sólo hay dolor.

¿Me habré caído por alguna escalera o algo así?

Logro llevar mi mano derecha hasta mi frente y decido intentar dormir un poco más, total, qué más da a estas alturas de mi vida. ¿Qué puede ser peor? ¿Qué más puede pasar? Aunque, un momento, ¿no dijo ayer mi jefe que la empresa iba mal? ¿Tendrán que hacer recortes?

Lo que me faltaba es que me recorten el sueldo, aunque si no tengo que pagar ese maldito alquiler desorbitado, ¿qué más da todo?

Suena la alarma de mi móvil y me doy cuenta de que en el cielo no hay alarmas, o eso espero, así que ya sé que estoy en la tierra, sobre todo cuando me levanto como movida por un resorte para buscar ese maldito móvil y apagar la alarma. Tal vez ni siquiera esto sea la tierra, ahora que lo pienso, tal vez sea algo peor... Sobre todo cuando rebusco y rebusco en el bolso para encontrar el maldito móvil.

Cuando al fin apago la alarma y vuelvo rápidamente hasta la cama, vuelvo a confiar en el destino y en el universo. Todavía me parece más cómoda la cama, tan blanquita, tan mullidita, con ese nórdico tan esponjoso. Hasta creo que se me ha escapado un gemido cuando me he acostado de nuevo y me he tapado con la manta.

Esta habitación es un paraíso blanco y mullido con un aspecto minimalista muy zen... Lo que me da que pensar... Tal vez por ser un lugar tan poco intimidatorio no me he asustado, pero no sé dónde estoy, cómo he llegado hasta aquí, ni si podría salir aunque tuviera las fuerzas para hacerlo, que ya digo yo que no.

Aunque sopesando mis opciones, volver a la realidad es peor que haber sido secuestrada por alguien a quien le gusta este estilo zen. En el mejor de los casos podré estar aquí una semana hasta que mi secuestrador descubra que nadie va a pagar el rescate. Y cuando lo descubra podría fingir que tengo una tía millonaria que sí pagará por mi vida, eso tal vez me daría otra semana.

Y mientras sigo elaborando mi plan de permanecer secuestrada más tiempo no me doy cuenta de que la puerta que hay frente a mi cama se ha abierto hasta que hay un hombre en el interior de la habitación.

—¿Cuánto pide? —pregunto frunciendo el ceño al verlo plantado frente a mí.

—¿Cómo dice? —responde sin responder y no sé qué parte no entiende.

—Que cuánto pide...

—Yo no pago por esos servicios —se apresura a decir.

—Un momento, ¿qué servicios? —pregunto ahora confusa. Yo preguntaba por lo que pedía como secuestrador.

—Le traeré el desayuno —dice antes de irse rápidamente.

Entonces me pongo a pensar sobre la extraña conversación y, sobre todo, en su reacción. ¿Mis

servicios? Desde que me dejó mi ex he estado haciendo declaraciones de la renta y las declaraciones trimestrales a los autónomos que conozco, aparte de mi trabajo normal, para poder llegar a fin de mes. ¿Querrá que le haga la declaración de la renta gratis?

Vuelve a abrir tras llamar a la puerta, pero no es el mismo hombre, ahora es una mujer con una bandeja en las manos y una sonrisa tensa en su rostro.

—No lo hago gratis —le advierto—. Pero por haberme traído el desayuno, a usted le cobro menos.

—¿Cómo dice señorita?

—Puedo hacer una oferta para las trimestrales —añado—. Hago un dos por uno, o cuatro por tres. Yo me adapto, pero soy buena en mi trabajo y no rebajo más, necesito el dinero.

La mujer me mira como si estuviera loca y no entiendo nada, no sé qué he dicho.

—Tendrá que hablar con el dueño, yo no sé qué hago aquí —se disculpa dejando la bandeja en un tocador que hay junto a la puerta y sale tan rápido como el otro hombre.

¿Ahora tengo que levantarme?

Otra vez llaman a la puerta y al fin una cara conocida, y no creo que me haya secuestrado mi propio jefe, así que empiezo a entender y a enlazar los recuerdos de anoche.

—¡Qué alivio! —digo sin dejar de sonreír a pesar del dolor de cabeza.

Él me devuelve la sonrisa y se acerca a la bandeja que ha dejado la otra señora.

—Si tu dolor de cabeza es tan grande como el mío... bueno, he pensado que necesitarías esto —dice con una caja de paracetamol en la mano.

—¡Dios mío! ¿Qué hora es? —pregunto incorporándome en la cama.

—No te preocupes por la hora, hoy nos tomamos la mañana libre.

—¿Eso se puede hacer?

Él sonrío y se encoge de hombros. No sé por qué está tan amable, pero es de agradecer con el dolor de cabeza que tengo.

—Bueno, soy el jefe, puedo hacer lo que quiera... Por cierto, ¿qué le has dicho a mis empleados?

—Querían que les hiciera la declaración gratis, les he dicho que puedo hacer una oferta pero no gratis.

—¿La declaración?

—Sí, es uno de los servicios que hago últimamente para ganarme un dinerillo extra... Necesito ese paracetamol —le ruego llevándome las manos a la frente, aún acostada en la cama.

—Paracetamol, café y algo de fruta te hará sentir mejor —dice cogiendo la bandeja y acercándola hasta la mesita junto a la cama.

Esto es muy raro, mi jefe me trae el desayuno a la cama, e incluso me ayuda a acomodarme cuando me muevo para incorporarme para tomar la pastilla con el vaso de agua que me ofrece, cogiéndolo de la bandeja que ha dejado en la mesita.

Acepto su trato de favor porque estoy en las últimas, pero en cuanto me sienta un poco mejor le preguntaré qué pasa y desconfiaré de todo esto. No, no puedo esperar, necesito saber qué pasa ya.

—¿Pasó... —digo tragando la pastilla—, pasó algo anoche? —pregunto bastante incómoda, apartando la vista de sus ojos.

—¡No! —niega rápidamente.

—Menos mal —digo rodando los ojos y soltando el aire que estaba conteniendo.

Creo que se ha ofendido, aunque ha sido tan rápido que no sé si lo habré imaginado.

—Quería decir que..., bueno, es que mi jefe... No está bien —explico aunque no me ha pedido ninguna explicación, pero no quería tampoco ofenderle.

—Claro, sólo te he traído porque te dormiste en el taxi y no sabía tu dirección, no iba a ponerme a buscar en recursos humanos tu contrato... Y en tu dni la dirección debe estar equivocada, porque pone que vives en Albacete.

—Bueno, ya cuando tenga que renovarlo lo cambio, no tengo dinero para cambiar la dirección ahora.

—Comprendo... Ya me dijiste anoche que tienes problemas económicos.

—Problemas... —repito con una risilla que nace de la desesperación que siento en mis adentros.

—Yo también los tengo, no sé si recuerdas lo que hablamos anoche.

—Vagamente... —reconozco que tengo los recuerdos un poco borrosos.

Él empieza a explicarme de nuevo los problemas en los que está metida la empresa y la difícil situación en la que estamos todos por consecuencia. Mientras desayuno con la bandeja encima de mis piernas, mi rostro va cambiando de expresión a medida que voy interiorizando lo que va diciendo, sin dejar mi boca vacía en ningún momento, porque paso de la fruta que me ha recomendado, y no puedo parar de comer estos panecillos con mantequilla que están de muerte. Él sigue y sigue explicando cómo el contable nos ha jodido y cómo ha intentado sacarnos de esta situación con sus abogados y los ejecutivos de la empresa sin conseguir nada. Es como escuchar que se acerca el apocalipsis y no poder hacer nada para evitarlo, sólo seguir masticando mientras se siente el final acercándose.

—Pero hay una solución... —dice esperanzador y su tono de voz también es más agudo. No sé por qué, pero me hace desconfiar, es como si quisiera convencerme de algo. Me recuerda a esos comerciales que quieren venderme una crema o una enciclopedia por teléfono. Es decir, primero crean una necesidad, lo ponen todo negro, o más negro de lo que era, y luego voilà la solución...

Entonces empiezo a ver la bandeja con otros ojos, y el lugar que me rodea, también. ¿Por qué me trata así? Podría haberme dejado en cualquier sitio, ¿qué clase de jefe lleva a una empleada a su casa y la trata como a una reina? Si ni siquiera se acordaba de mi nombre... Todo me hace sospechar que aquí hay algo más, pero no comprendo qué es.

Y mientras sigo pensando en lo absurdo que me parece todo, a mis oídos llega la “solución”.

—¿Cómo?

—Bueno, anoche te ofreciste para cumplir con esa parte.

—¿Yo me ofrecí? Debía estar borracha... —calculo entrecerrando los ojos y decido dar el último trago al café a ver si me despeja de una maldita vez.

—Un poco —se ve obligado a admitir lo evidente.

—Tengo el dolor de cabeza de "bastante".

—Eso es de dormir poco, yo estaba igual y bebí menos.

—Es posible...

Me mira aún desde su altura y me hace sentir incómoda, pero más cuando se sienta en el borde de la cama y yo abro los ojos tanto que casi se me salen de las órbitas.

—Necesito tu ayuda, no me fío de nadie, ya te lo he explicado, pero creo que tú también necesitas ayuda y si trabajamos juntos nos beneficiaremos.

Me quedo sin palabras durante unos segundos y empiezo a pensar, ahora con más claridad, gracias a mi estómago lleno. Un estómago, por cierto, que puede seguir estando lleno durante bastante tiempo si seguimos el plan que me ha explicado.

—¿Cuánto duraría esto? ¿Cuánto tiempo tendría que aguantar casada contigo? —pregunto y sólo me doy cuenta de cómo ha sonado la última pregunta cuando veo su expresión incómoda. No sé ni cómo arreglarlo y decido cerrar la boca por si la cago más.

—Serían seis meses, tal vez un poco más, como mucho un año. Necesito ese dinero para generar más dinero, porque cuando nos divorciemos tendré que devolverlo, ya que las condiciones para quedarme el dinero son que el matrimonio dure para siempre...

—¿Puedes generar tanto dinero en seis meses?

—Puedo —afirma sin dudar y no sé por qué pero me convence con esa única palabra.

—Vaya... No sé qué decir. Necesitaría pensarlo bien, es decir, no digo que no, pero no sé ahora, así de sopetón... ¿Me has dicho que dormiría aquí? —susurro más para mí que para él, pero lo veo asentir mientras sigo dudando.

—No nos queda mucho tiempo, tampoco tengo tiempo para buscar a otra persona, y menos a alguien en quién confíe. Si aceptas tendrás una buena compensación económica cuando todo esto termine, todos ganaremos —afirma para convencerme definitivamente.

—¿Y por qué confías en mí? —pregunto mirándole directamente a los ojos. No sé qué pasó anoche para que me proponga algo tan importante así a la ligera.

—No lo sé —admite—. Tal vez porque los niños y los borrachos siempre dicen la verdad —sopesa con una sonrisa—. Y anoche estabas muy borracha, y no propusiste ser tú la que lo hiciera, incluso me aconsejaste que la persona que pudiera cumplir con el trato firmara unas cláusulas para protegerme.

—¿Dije eso?

—Si necesitas tiempo para pensarlo... —dice levantándose de la cama y retirando la bandeja de mis piernas.

—Creo... —digo cuando sólo veo ya su espalda—. Creo que no es mala idea..., después de todo —se gira de nuevo y veo su sonrisa complacido por mis palabras, aunque no me hace sentir muy segura sobre lo que estoy haciendo, sobre lo que estoy comprometiendo—. Bueno... no sé... —dudo encogiéndome de hombros.

—Todo saldrá bien, ya verás. En media hora volvemos a la oficina —dice dejando la bandeja en la mesa donde la había dejado previamente aquella mujer y yéndose de la habitación igual de rápido.

—¿Vamos a ir juntos? —pregunto cuando ya ha cerrado la puerta y no sé si me ha oído.

Espero que nadie nos vea entrar juntos al edificio... De hecho voy a ir preparando una lista de cosas que voy a pedir para firmar ese trato... La primera es que no se entere nadie... La segunda es que quiero elegir la habitación..., pienso cuando salgo y veo un pasillo lleno de puertas blancas de madera tallada. Tengo cierta curiosidad por ver cómo son las demás habitaciones.

—¿Son todas iguales? —le pregunto a la mujer que me había traído la bandeja y que ha vuelto para recogerla.

Ella me mira y niega.

—Yo no sé nada, señorita.

Sale de la habitación con la bandeja y desaparece de mi vista bajando por las escaleras que hay al final del pasillo. Me quedo mirando el final del pasillo sin entender qué le pasa a esa señora. Decido actuar por mi cuenta y abrir una de las puertas para comprobar si la decoración es distinta a la habitación de la que he salido.

—Vaya, ésta es un poco más clásica. Mola... A veces lo tradicional está bien, de vez en cuando, claro, no hay que aburrirse... —digo para mí mientras asomo la cabeza examinando las cortinas, muebles, ropa de cama, etc.

Cuando me doy la vuelta veo al otro hombre, el que quería que le hiciera la declaración gratis. Me mira como si hubiera dicho algo raro. Yo no sé qué le pasa al servicio. ¿De dónde los habrá sacado?

He tenido que decir a mis compañeras que he ido al médico y que por eso he llegado tarde, pero es que casualmente he llegado a la misma hora que mi jefe, porque me ha traído él, claro... Tal vez me esté comiendo la cabeza demasiado, pero siento todas las miradas sobre mí. ¿Será mi imaginación? ¿Me estaré preocupando en exceso?

Es que estos líos en las oficinas, son la comidilla de todos, a la gente le encanta el salseo y a mí no me gusta ser el centro de todos los cotilleos... Ya me estoy poniendo nerviosa y todavía no he firmado nada. Tengo que hablar con mi jefe o me voy a volver loca...

Me levanto lentamente y hago como si tuviera que hacer unas fotocopias, cogiendo un montón de papeles de la mesa sin ningún orden o sentido. Me dirijo hacia la sala de la fotocopidora y luego me desvío mirando a un lado y otro hacia la sala de juntas... porque hay una puerta que la comunica con el despacho del jefe. Llamo y oigo la voz de Miguel preguntando quién es.

—Yo —digo abriendo a la vez que respondo, porque no estoy para formalidades, estoy de los nervios...

—Julio, déjanos solos, es importante —dice él al socio que tiene enfrente, creo que es su mejor amigo, porque siempre están juntos, incluso para ir a comer y esas cosas.

—¿Es ella? —pregunta Julio y mi jefe asiente.

Yo me quedo boquiabierta viendo cómo se va y luego dirijo mi mirada hacia mi jefe.

—¿Lo sabe?

—Tiene que saberlo para redactar los términos del contrato... —se justifica.

—De eso precisamente quería hablar... —decido tomar aire profundamente y así de paso me doy fuerzas—. Yo también tengo mis términos, por ejemplo, no quiero que nadie se entere de esto, no quiero ser el objetivo de todas las críticas y cotilleos de la oficina.

—¿Qué más da eso? —pregunta como si nada importara.

Decido sentarme después de dejar todos los papeles que había cogido para disimular, encima de la mesa. Siento aún su mirada confusa frente a mí aunque he dejado caer mi cabeza entre mis manos tras su pregunta y ya no veo su rostro.

—¡Cómo se nota que eres hombre! ¡Y que eres el jefe! —exclamo echándome las manos a la cabeza de nuevo—. Si supieras todo lo que se habla en la oficina... Todo se sabe y todo se comenta, se juzga y se analiza. Hasta sabemos lo de esa modelo.

—¿Qué modelo?

—Esa que te f... Que... Bueno, que salía contigo...

—Yo no he salido con ninguna modelo —niega confuso frunciendo el ceño.

—¿No? ¿Estás seguro? —insisto entrecerrando los ojos y adelantando la parte superior de mi cuerpo para oírle mejor.

Me mira por unos segundos con la boca abierta y luego se cruza de brazos mirándome con reproche.

—Creo que sabría eso.

—¿Y la actriz?

—¿Qué actriz?

—Madre mía, tengo que informar a las compañeras, no se vayan a confundir más —afirmo colocando las manos a cada lado de la silla para levantarme, pero entonces él me detiene.

—No tienes que informar de nada, si precisamente te estabas quejando de los cotilleos de los empleados. ¡Pero si tú eres igual!

—Es verdad —le doy la razón con la mirada perdida en el vacío mientras me dejo caer de nuevo en la silla—. Además cómo justificaría tener esta información. Pensarían que tengo una relación más íntima que me pone en una situación privilegiada para saber todo esto. No, mejor me

callo... Pero qué rabia da saber algo y no poder contarlo.

Le veo poner los ojos en blanco y de repente alguien interrumpe esta extraña conversación llamando a la puerta.

Es ese amigo suyo que ha salido antes, Julio.

—He preparado esto, si lo firmas vamos adelantando los trámites —dice entregándome una especie de dossier con letra muy pequeña que no me apetece leer, porque no invita a ser leído.

—¿Para cuándo tengo que leerme esto? —pregunto con los ojos muy abiertos.

—Si quieres puedo resumirlo ahora. Sólo son algunas formalidades para que podamos fiarnos todos de todos. También se establece que a cambio de tu colaboración, cuando se disuelva el matrimonio, te llevarás un cuarto de millón. Sólo tienes que firmar antes este contrato, como decía, sólo son algunas formalidades —asegura y hace que me fíe menos de él. Será mejor que haga el esfuerzo por leer hasta la última coma, no vaya a ser que sea como vender mi alma al diablo o algo así.

—Lo leo en la hora de comer —digo con una sonrisa, levantándome de la silla para salir de allí lo más rápidamente posible, no me gusta ese hombre, es muy estirado, tal vez más que el jefe, y además me mira de una forma muy rara.

Hasta que llega la hora de comer no puedo leer esos papeles, y siento una gran curiosidad, porque he leído algo de reojo cuando salía del despacho y me he quedado un poco loca. Quería seguir leyendo después, pero están todas las cotillas de la oficina atentas a todo cuanto pueda ocurrir. Cómo me gustaría contarles que no salió con esa modelo de la que tanto hablan y que ahora trabaja en la editorial del hermano de Miguel..., pero entonces, ¿por qué viene a verle tan a menudo esa mujer?

Y justo levanto la vista y la veo, creo que es ella, la mujer de la que todos hablan. Sale del ascensor caminando con una seguridad impresionante, dirigiéndose con una sonrisa preciosa hacia el despacho del jefe. Todas la miran con gran atención..., ya tienen para seguir cotilleando... ¡Ay! Si pudiera decirles que no tiene nada con ella. O eso ha dicho él. ¿Será verdad? Aunque, ¿para qué me iba a mentir?

—Ana... —la llamo inclinándome hacia su mesa ligeramente—. ¿Es la modelo de la que tanto habláis? —pregunto para cerciorarme, porque a lo mejor me he liado con tantos cotilleos.

—Sí, antes salía con su hermano.

—Ostras, ¡qué fuerte! Con su cuñada...

No me he dado cuenta de que estoy añadiendo más leña al fuego con mis comentarios, pero bueno, así no levanto sospechas sobre mí, porque si no hablara se notaría que estoy ocultando algo.

Aunque por otra parte, después de ver a esa mujer, ¿quién creería que yo me voy a casar con él? Digamos que no soy tan “elegante”. Es que estoy un poco descompensada, y hoy en día para ser elegante hay que ser una tabla. Si tienes las tetas grandes y el culo igual, pues la ropa suele quedar como si una hubiera salido de un polígono...

Todas empiezan a cuchichear mientras recogen sus cosas para irse a comer, pero yo hoy tengo que aprovechar para leer esta mierda, es decir, el contrato, que he guardado en mi bolso. Sólo espero no dormirme. Tal vez debería ir al despacho que hay al lado de la sala de juntas para concentrarme. Aunque..., hay un sofá allí, el sofá que iba a usar anoche para dormir... Espero no dormirme...

Y aquí estoy, sentada en el sofá, pero no me he dormido, es difícil aquí. No es que sea incómodo, si estás muy cansada seguro que una se duerme fácilmente. Con unos cojines y unas

mantas..., tal vez. ¿Por qué los sofás de las oficinas están tan duros? Y por si eso no fuera suficiente, son de piel, con lo cual se queda el culo pegado si la falda es muy corta. Es un asco este sofá, y lo peor de todo es que la incomodidad me incita a firmar estos papeles, y la certeza de que tendré que dormir aquí por el resto de mis días. Este sofá está tentándome a no leer el contrato, además de que llevo dos líneas y ya me estoy aburriendo. Sin embargo me acuerdo de la cara de abogado del diablo que tiene Julio y decido seguir leyendo. Y menos mal, porque acabo de leer unas cosas muy raras. Las cosas raras que llaman la atención, no sé si me entienden. Algo sobre abstinencia... ¿Cómo que abstinencia? Ese hombre no me dijo nada de abstinencia...

Seis meses, dijo. En seis meses puede recuperar el dinero y podríamos salir del precipicio de la bancarrota y de este matrimonio de conveniencia, y yo tendría suficiente dinero como para pagar mis deudas y vivir cómodamente. El problema es que no sé si soy capaz de aguantar tanto tiempo, porque es que encima llevo un tiempo soltera y ya me he acostumbrado a la buena vida. Es que no creo que pudiera mantenerme cuerda más de una semana sin sexo.

Bueno, mantengamos la calma, que no cunda el pánico, aunque estoy a punto de entrar en una crisis. De pronto me acuerdo de una prueba de rollo sociológico de uno de esos cursos de empresa que nos obligan a hacer, un examen en el que había como cien mil preguntas estúpidas y súper difíciles, pero que empezaba con el texto: lea todo hasta el final antes de contestar. Y al final decía que si no se respondía ninguna pregunta, se aprobaba... Yo aprobé porque ya me habían explicado la tontería esa en otro curso de otra empresa y venía “resabiá”, pero lo importante de toda esta historia es que hay que llegar, o en este caso, leer, hasta el final, por si la cosa mejora... Este principio se puede aplicar a todo en la vida, también al sexo, nunca se sabe, a veces el más tonto hace relojes... Ya me entienden. Bueno sigamos leyendo el contrato...

Después de gastar mi hora de la comida leyendo esa basura de contrato y zampándome un bocadillo porque ya no me llega el dinero para más, en realidad un bocadillo que le he quitado a uno de los idiotas de recursos humanos..., dejo los documentos a un lado del sofá; maldito sofá. No puedo firmar esto. Se me va a ir la cabeza, no puedo estar tanto tiempo sin sexo, incluso puede que el matrimonio dure un año. Mejor me busco otro trabajo, de hecho voy a hacerlo ahora mismo, estoy dispuesta a aceptar cualquier cosa que haya, aunque sea de esclava. Por lo tanto voy hacia mi mesa, con el papel del bocadillo, y prueba de mi delito, en mi bolsillo y el contrato doblado en mi bolso.

Empiezo a buscar empleo en las páginas que hay para ello usando el ordenador de la empresa en la que aún trabajo, y definitivamente la cosa está muy mal. En algunos sitios tengo que darme de alta como autónoma, no sé con qué dinero... En otros ofrecen una tercera parte del sueldo que ya tengo, y en esos sitios no creo que haya un sofá como hay aquí..., neverita y duchas, y con una tercera parte de mi sueldo ya puedo buscar sitio en el albergue municipal...

No, tiene que haber alguna otra forma, una alternativa a este plan de locos. ¿Cómo me voy a casar con mi jefe? En cuanto vuelva a la oficina voy a hablar con él, puede que sea un error, yo no puedo estar seis meses sin sexo. No puedo estar ni tres días, de hecho esta mañana he visto al mensajero descargando los tóner y las cajas de material de la carretilla y me he puesto malísima viendo su culo cada vez que se agachaba para coger una caja. Si estoy así por estar tres días sin sexo, ¿cómo voy a estar dentro de un mes? Se me puede ir la cabeza. Es que lo que me pide en ese contrato es inhumano.

Tal vez debería buscar alternativas..., pienso cerrando la ventana de búsqueda de empleo y empiezo a mirar caravanas en otra ventana en el ordenador, mientras que en otra veo aparcamientos para caravanas. Mi sorpresa es mayúscula cuando veo los precios, no sabía que fuera tan caro todo esto. ¿Tal vez una casa de madera en un terreno rústico? Decido abrir otra

ventana de búsqueda y escribo: cómo ganar dinero desde casa. ¿Vendiendo bolsos o velas caseras? Mejor abro otra página de búsqueda. Entonces escribo "sitios baratos donde vivir" , y veo varias alternativas en plan hippie, y justo cuando las ideas están pareciéndome lo suficientemente interesantes, se bloquea la pantalla y me cago en todo.

Miro a mi alrededor y como la oficina está vacía, porque todos siguen en su descanso para comer, decido ir a la mesa de Toñi, la secretaria con más antigüedad y mejor ordenador que el mío, para seguir buscando ideas para pobres por Internet. Me siento en su silla y enciendo el ordenador. Primero me pide la clave, que si no recuerdo mal era su fecha de nacimiento, allá por el pleistoceno. Tras dos intentos logro entrar en su ordenador, porque no sé si es el pleistoceno medio u otro, y abro la página de búsqueda, al fin, para seguir buscando las ideas: como la de vivir en una comuna o en una casa en un árbol. Lo de la comuna está bien, además si hay posibilidad de sexo me interesa, pero claro, no creo que haya un montón de tíos buenos todos ahí esperándome, más bien creo que serían viejos... Tengo que buscar en otra página árboles para casas, porque no sé si todos sirven u ofrecen distintas resistencias dependiendo de la clase de árbol, digo yo que será mejor un árbol tipo secuoya que un pino, pero como tampoco entiendo más de árboles que esos dos o el baobab, que también me serviría para vivir dentro, así que mejor busco por Internet, no se me vaya a caer la casa del árbol y tengamos un disgusto.

—¿Qué haces en mi ordenador? —pregunta Toñi a mi espalda. Y yo me quedo muerta, qué vergüenza.

—¡Ay Toñi! Lo siento, es que estaba buscando en mi ordenador y se ha “petao” y me urgía terminar un trabajo.

Ella me mira con cara de pocos amigos y se asoma para ver la pantalla cuando me levanto. Su rostro cambia de expresión a una muy confusa. Giro la cabeza como la niña del exorcista y veo las casas en los árboles en imágenes de búsqueda y acepto el ridículo que estoy haciendo con resignación.

—¿Un trabajo? —pregunta levantando una ceja y cruzándose de brazos.

—Es que me han cancelado el contrato de alquiler y estaba buscando alternativas —me disculpo encogiéndome de hombros antes de moverme para salir prácticamente corriendo hasta mi mesa.

—No vuelvas a usar mi ordenador —me advierte como si fuera una amenaza.

Yo me limito a negar con la cabeza y me escondo detrás de mi pantalla. Tampoco es para tanto, sólo he mirado en Internet unas cosillas, a mí no me importaría que alguien mirara en mi ordenador. De hecho tengo la clave en un postit pegado a la pantalla por si se me olvida. Y ella también tenía la clave en un papel de la mesa hasta hace unos meses. No sé por qué hay gente que se enfada por eso, además no es la primera vez que entro en su ordenador. Voy a tener que vengarme quitándole el túper del almuerzo... Hay que impartir justicia.

Capítulo 4

— ¿No crees que es un poco..., un poco..., es decir, poco confiable? —acaba diciendo al final, tras varios intentos durante la comida por decir lo que piensa.

—¿Acaso hay otra opción? Porque soy todo oídos si encuentras otra solución.

Julio suspira y sigue jugando con la cucharilla que ha dejado sobre el mantel, sin apenas probar bocado de su plato de postre.

—No la he visto muy convencida de firmar.

—¿Habrías firmado tú sin leerlo antes? —me veo obligado a defenderla, porque él no la conoce como yo. No es que la conozca de toda la vida, eso está claro, pero él no la ha visto borracha contando sus problemas y sus pensamientos más profundos. Me fío de la gente que se sincera cuando está borracha o enferma, suelen decir lo que llevan dentro, y si hay algo bueno sale a la luz; si hay algo malo también.

—La he visto cuando hemos salido de la oficina, a mí también me gusta, y como dice Miguel, no hay otra opción —me apoya María.

—¿Te fías de ella sólo porque la has visto y te ha gustado? —pregunta Julio escéptico.

—Llámalo intuición —le responde con una sonrisa.

—No me fío de la intuición.

—La intuición no es más que la máxima expresión de la inteligencia, elaborar un análisis de forma tan rápida que ni siquiera se percibe cómo has llegado a una conclusión.

—Exacto —confirma María cogiendo su copa de vino para chocarla con la mía en un brindis improvisado.

—Os estáis poniendo en mi contra, y yo sólo intento hacer las cosas con cabeza. Es que es mucha responsabilidad para esa chica, estaríamos en cierto modo, en sus manos.

—No nos ponemos en tu contra, sólo tienes que saber que ella también está en una situación bastante delicada. No arriesgaría porque lo que le espera si no firma ese contrato es la ruina. Si vamos a la quiebra, perdemos todos, y esa mujer está de deudas hasta las cejas.

—No sé, no estoy convencido de esto —añade levantando al fin la cucharilla del postre para clavarla en el trozo de tarta que está perdiendo su forma debido a la espera.

Cuando vuelvo a mi despacho y me siento delante de mi mesa alguien llama a la puerta y se me acelera el pulso. Digo "adelante" rápidamente con la esperanza de que sea Míriam, ya no se me olvida el nombre porque he repasado tantas veces ese maldito contrato que se me ha quedado grabado. Pero no es Míriam, es Toñi, no sé qué le habrá pasado pero lleva una cara...

—¿Algún problema?

—Señor Garmendia, sí que hay un problema. Con Baeza —añade cruzándose de brazos, de pie frente a mí, totalmente erguida y con la mandíbula tensa, lo que hace que me preocupe especialmente, dadas las circunstancias.

—¿Qué pasa con Míriam? —desde luego si hay un problema con Míriam quiero saberlo ya.

Decir su nombre le ha sorprendido, pero automáticamente vuelve a su posición inicial de enfado y empieza a soltar por su boca todo tipo de críticas hacia ella que no llego a entender.

—¿Qué ha pasado realmente? —me veo obligado a interrumpirla. No tengo tiempo para estas cosas.

—Estaba en mi ordenador cuando he llegado esta tarde. Y es una ladrona, ya le ha quitado el bocadillo a varios compañeros. Yo sé que es ella.

—Vaya, la situación es peor de lo que pensaba —reconozco en voz alta.

—Lo es, se deberían tomar medidas disciplinarias con ella inmediatamente.

Su voz me saca del ensimismamiento en el que me había sumergido por unos segundos analizando el nivel de pobreza de Míriam. Anoche me explicó su situación, cómo le había dejado en la estacada su ex y cómo había tenido que afrontar los gastos de la ruptura, pero no me contó que no tuviera siquiera para comer. Si está en una situación tan delicada, no será difícil convencerla para que firme las cláusulas.

—¿Por qué estaba en tu ordenador? ¿Qué hacía?

Ella frunce el ceño antes de responder, creando mayor expectación en mí.

—Miraba casas en árboles —afirma tan sorprendida como yo.

—¿Casas en árboles?

—Sí, señor Garmendia, esa chica no está bien de la cabeza.

Me quedo pensativo mirando al vacío y ni siquiera me doy cuenta de cuándo se va esa mujer. Casas en árboles... ¿Casas en árboles? Ésta se lo está pensando y se plantea vivir en un árbol antes que casarse conmigo, concluyo aguantando mi cabeza con la mano en la frente. ¿Tan malo sería? Vamos, lo que me faltaba es esto... Soy fuerte, pero ya son muchas cosas como para mantener la autoestima medianamente bien.

Seguro que la vieja esa ha ido a quejarse al jefe. Lo que me faltaba. Aunque de todas formas iba a rechazar casarme con él, es que no se por dónde coger este contrato. Las condiciones son demasiado duras para mí, no podría soportarlo. De todas formas había pensado negociarlo, por si se puede arreglar, pero visto lo visto con Toñi, me parece que ya tengo las de perder. En fin, lo único bueno de todo esto es que he encontrado el árbol perfecto en un terreno que venden en un pueblecito no muy lejos de Madrid.

—El señor Garmendia quiere verte —asegura Toñi con el tono de voz más alto que tiene para que se entere todo el personal del edificio.

—Es una exagerada —me anima Ana guiñándome un ojo.

Le dedico un "gracias" susurrando y me dirijo hacia mi inexorable destino con pasos lentos.

Abro la puerta del despacho del jefe sin mirar atrás, lo último que quiero es ver a todo el mundo mirándome o cuchichear entre ellos.

—¿Sí? —me limito a decir tras cerrar la puerta cruzándome de brazos.

—Siéntate, por favor.

Hago lo que me dice y él me vuelve a dar un contrato, no sé si es el mismo de antes, pero esto me está recordando a eso de cincuenta sombras con tanto contrato. Sólo que al revés, aquí lo que no hay es sexo...

—¿Lo has leído?

—Y repasado... —admito con desilusión.

—No tenemos mucho tiempo, el dinero no caerá del cielo, hay algunos trámites para acceder a él. Digamos que el tiempo corre en nuestra contra.

—Lo sé, es que hay algunas cláusulas que no creo que pueda, cómo decirlo... Llevar bien. Me temo que no puedo firmar eso.

Él me observa detenidamente con una mirada acusadora que me hace entender que no le gusta la dinámica que está tomando la conversación.

—¿Qué cláusulas exactamente?

—Exactamente... Una —digo con menos seguridad de la que tenía cuando lo he pensado.

Él no dice nada, no pregunta nada más, se limita a mirarme con desconfianza. Es que me da una vergüenza hablar de estos temas con él... ¿Es que no se da cuenta? ¿Es tonto? Me da a mí que este hombre no sabe hablar con mujeres, no me extraña que la modelo esa no haya querido nada con él.

Decido coger el puñetero contrato para buscar la página donde pone que no se pueden mantener relaciones con nadie y enseñárselo, porque me da vergüenza decirlo.

—El punto 3 A —señalo mostrándole el documento abierto ante sus ojos e inclinándome sobre la mesa para señalarlo.

Él se coloca las gafas que hay sobre la mesa y lee con detenimiento.

—¿La 3 A?

—Exactamente.

La vuelve a leer, aunque no creo que haya necesidad de leerlo dos veces, y me mira, ahora boquiabierto.

—¿No puedes firmar el contrato por culpa de esta cláusula?

—Bueno, no puedo, pero no es para tanto, lo hemos intentado y no ha salido bien. La vida es así —digo a modo de defensa, porque me está mirando de una forma muy rara.

—Sólo serían unos meses, es que el matrimonio debe ser, y aparentar ser, real. No podemos dar sospechas de que es un matrimonio de conveniencia para cobrar la herencia.

—Lo comprendo, pero es que no creo que pudiera aguantar seis meses, ni siquiera uno. Necesito sexo o se me va la cabeza —afirmo por primera vez ante alguien. No es algo que se pueda ir divulgando por ahí como si tal cosa. Que una puede ser ninfómana y a la vez tímida, una cosa no está reñida con la otra.

—Me parece una tontería, sinceramente. Cuando has dicho que había una cláusula que no podías aceptar pensaba que era algo insalvable, pero esto no es tan importante. Es absurdo.

—No es una tontería —aseguro sabiendo de lo que soy capaz—. Al principio puedo controlarme, pero estoy segura de que en cuanto vea a algún tío cerca, zasca —admito cruzándome de brazos y asintiendo con los ojos cerrados.

—No puede ser que esto nos frene —se queja negando con la cabeza.

—Yo podría firmar ahora mismo, pero dentro de una semana empezaría a hacer cosas raras, y en un mes, por mucho que quiera controlarme, seguro que me liaría con el jardinero o con un mensajero... O con el mayordomo, o con el...

—Bueno, ya me hago una idea... —me interrumpe, y se lo agradezco, porque bastante vergüenza estoy pasando ya.

—Lo siento —me disculpo colocando las manos en los reposabrazos de la silla donde estoy sentada para levantarme. No hay nada que hacer. Tengo un problema y él también se ha dado cuenta.

—Un momento —me detiene—. Tenías pareja..., y eras, eras fiel.

Yo lo miro y no sé a dónde quiere ir a parar, pero continuo sentada esperando que tenga alguna idea para solucionar esto.

—Sí.

—Durante años. No meses.

—Años —no sé por qué me hace preguntas que ya sabe, si le conté toda mi vida anoche.

—¿Cómo lo hacías teniendo este problema?

—Bueno, porque él me proporcionaba sexo... —vaya pregunta, es evidente la respuesta.

—¿Y si yo te proporcionara lo que necesitas? ¿Podrías aguantar y contenerte?

¿Lo ha dicho en serio? No soy capaz de hablar aunque he abierto la boca. Así que decido cerrarla. Lo miro detenidamente, pensando en su atractivo sexual por primera vez. Hago un

análisis como si yo fuera un ciborg y estuviera estudiando su ADN con mis súperojos... Pues no sé, nunca he pensado en esos términos sobre él, pero creo que sí, creo que me lo follaría. Vuelvo a abrir la boca para decir algo pero son barbaridades lo que se me ocurre y vuelvo a pensármelo.

—Yo... ¿Va en serio? —acierto a decir confusa aunque sinceramente me parece una idea factible. La mejor que he oído o pensado hoy.

—Totalmente en serio.

La idea de follármelo va calando en mi cabeza como un virus mortal y hasta creo que me estoy poniendo cachonda ahora mismo.

—¿Y bien? —insiste.

—Es una idea, desde luego..., pero...

—¿Pero?

Que vergüenza por favor, es una de las situaciones más raras que he vivido en mi vida, con el jefe... ¡Qué fuerte! Y no sé por qué, pero, ¡qué morbazo!

—Pero... Antes de firmar necesitaría saber si, bueno, si funcionaría. No sé si usted me entiende —digo volviendo a usar el vocabulario formal para marcar distancia y no seguir tuteándole. Y acabo la frase con una mirada elocuente alzando las cejas.

Él me mira confuso, como si no entendiera nada, a pesar de mi mirada elocuente. Y ahora es él quien tiene dificultades para hablar.

—¿Quieres hacerlo antes para comprobar si te gusta?

Asiento con la cabeza, creo que yo tengo las mismas dificultades para hablar. Ambos nos quedamos mirándonos durante un momento, evaluando cómo podría salir todo esto. Preguntándonos si lo disfrutaríamos. En realidad creo que él no estaba pensando en eso, o al menos en la misma forma que yo.

—¿Qué te gusta?

—¿Qué me gusta? —repito estúpidamente.

—En la cama —dice como si se tratara de vender algo a un cliente, colocándose las gafas y empujándolas por el centro sobre su nariz.

Realmente está vendiendo algo a un cliente. De hecho coge un folio de la impresora que tiene a un lado y una pluma decorativa que tiene delante. ¿En serio va a tomar notas?

—Es un poco, no sé cómo explicarlo, un poco raro, y a la vez la mejor idea del día.

—Tú lo has dicho, si sale bien podemos firmar cuanto antes y estoy dispuesto a hacer que salga bien. Sólo necesito información para completar el trabajo de la manera más eficiente y satisfactoria posible.

Aunque habla como si fuera un trámite administrativo, que podría quitarle encanto al asunto, no sé por qué, me pone, tal vez por el hecho de saber que va a esforzarse como ningún otro por complacerme en todos los sentidos.

—Me gusta... —digo en un tono más bajo del que pretendía, es que apenas me sale la voz—. Me gustaría saber cómo es...

Él ha comprendido a la primera lo que quería decir, menos mal que no tengo que explicarlo más.

—Iré despacio para no hacerte daño.

—¿Daño? ¿Es grande? —pregunto con un hilillo de voz.

—Te aseguro que controlo, no te preocupes por eso —me tranquiliza como si pensara que es un problema.

—No me preocupo por eso —respondo en un susurro.

Él escribe algo en el papel y yo estiro el cuello para ver si consigo leer algo de lo que ha

escrito ahí.

—¿Qué más? —pregunta volviendo a alzar la mirada y ajustando las gafas de leer a sus ojos para observarme detenidamente.

—¿Podría volver en un rato para pensarlo?

No le doy tiempo a responder, me he levantado y ya estoy en la puerta cuando añado:

—Prepararé una hoja con las peticiones, en una hora estará en su mesa —afirmo como si todo esto se tratara de la firma de un contrato normal y corriente. Necesito que me de el aire, no puedo estar más tiempo en este despacho. Yo también quiero que salga bien y necesito pensar con claridad. Soy tímida a pesar de todo. No lo puedo evitar.

Consulto el reloj de mi muñeca cuando salgo de su despacho, he dicho una hora, pero tendrá que ser menos tiempo. Ya se ha hecho tarde. Sólo tengo unos diez minutos.

—Te va a joder el señor Garmendia —dice Toñi desde su mesa.

¡Cuánta razón tiene!, pienso encogiéndome de hombros.

—He sido una niña mala —respondo sacándole la lengua y mostrando todos los dientes en una sonrisa de maldad.

Hay que ver cómo se ponen algunas por quitarles el ordenador unos minutos. A lo mejor es que con la edad esta mujer ha ido perdiendo el norte.

No puedo redactar nada de lo que tengo en mente con tanta gente por aquí, pero no me queda otra, así que me siento delante del ordenador y abro un documento nuevo. Cierro los ojos unos segundos y decido pensar en lo que estaba pensando cuando estaba en el despacho de mi jefe. Madre mía la cantidad de guarradas que se me han ocurrido cuando ha dicho que le dijera qué quería que me hiciera. Mi cabeza era como un canal porno. Si se pudiera leer la mente cobraría por la suscripción en streaming de todo lo que estoy pensando. Lo peor ha sido sugerir que la tiene grande, porque ahora no puedo pensar en otra cosa.

Estiro los brazos y muevo los dedos al final para prepararme psicológica y físicamente para la redacción, desde luego voy a disfrutar escribiendo. 320 pulsaciones por minuto no son suficientes para todo lo que tengo en mente. Mi cerebro va más rápido que mis manos ideando guarradas, es como una máquina creativa llena de ideas muy malas, que hasta me hacen sonreír mientras escribo. Tan concentrada estoy que cuando se va el último de la oficina yo sigo escribiendo. Entonces me doy cuenta de la hora que es y de que esto vale como relato erótico digno de publicar. Acabo de tener una idea para darle vidilla al texto si no sale bien lo del jefe y no podemos firmar el contrato...

El teléfono de mi mesa suena y veo la extensión del jefe, es hora de seguir con su idea, esa idea que me ha sorprendido y me ha hecho verle de otra manera. Aunque está claro que él sólo actúa movido por el dinero, es como un prostituto en este momento, pienso mientras cojo el documento de la impresora para ir a su despacho.

Llamo a la puerta de su despacho y entro cuando oigo su voz, para cerrarla a continuación dándole la espalda y tomando aire profundamente para calmarme. Llevo los documentos que me ha pedido, apretándolos nerviosa entre mis manos, un poco sudorosas por los nervios. Es que no he pensado en esta situación cuando he redactado todo lo que quisiera que me hiciera, ni tampoco he pensado en él leyéndolo, pero ahora que lo tengo delante es distinto. Vuelvo a imaginar, a preguntarme cómo sería hacerlo con él, cómo será desnudo, cómo la tendrá...

Me pregunto si será atento o detallista, aunque si me ha pedido que le explique qué es lo que quiero, imagino que sí. Imagino que hará todo lo que he escrito para satisfacerme, y no sé por qué pero me da un morbazo increíble. No sé qué edad tendrá, yo diría que más de cuarenta o cuarenta y cinco, es que no tengo ni idea, como viste tan anticuado y lleva unas gafas que podría llevar mi

abuelo... Pero desde que ha sugerido la idea de cumplir con los requisitos sexuales, para arreglar los problemas que me supone aquella cláusula de la discordia que quiere que firme, he empezado a mirarlo con más atención. Y ahora que estoy delante de él, sentada en la silla frente a su mesa y él está leyendo el documento concentrado, como si fuera un informe de trabajo normal y corriente, me dedico a observarle detenidamente, analizando su expresión, sus ojos color avellana, ocultos siempre bajo esas gafas. Creo que si no las llevara sería muy sexy, ahora que me fijo. No he oído a ninguna de las compañeras decir que le parece atractivo, tal vez porque todo lo que le envuelve es aburrido, su actitud, el traje de corte tan sobrio, las malditas gafas, el corte de pelo anticuado...

—¿Qué edad tienes? —pregunto haciéndole levantar la mirada del documento. Desde luego si le ha escandalizado lo que hay ahí escrito, no lo demuestra, porque me mira con la actitud que tendría en la presentación de un informe laboral común.

—Treinta y nueve —responde rápidamente volviendo al documento.

—No puede ser... —susurro ahogada, parecía más mayor.

Me estoy poniendo nerviosa, digamos, impacientando, y no sé si funcionará todo esto. Si no me gusta en la cama, no podremos solucionar ninguno de nuestros mutuos problemas. Pero si no hay química no hay química y no hay nada más que hacer. Sólo acostándonos saldremos de dudas.

—Me parece correcto, puedo hacer todo esto. Cuanto antes mejor, y una cosa menos de la que tendríamos que preocuparnos —dice levantándose de la silla para tender su mano hacia mí tras rodear su mesa.

Vamos a hacerlo ya, de esta noche no pasa... Siento un cosquilleo en la palma de mi mano al sentir por primera vez su tacto, es que ahora que lo pienso no nos habíamos tocado anteriormente. Su mano es suave y cálida cuando la toco, y por alguna razón me quedo mirándolo a los ojos durante unos segundos.

—¿Podrías quitarte las gafas?

Él asiente tras pensarlo, frunciendo el ceño durante unos segundos, pero hace lo que le he pedido.

Me quedo boquiabierta mirando sus ojos. Y sí, tiene unos ojos preciosos, no me había fijado hasta hoy, es que es un hombre en el que nadie pensaría en términos sexuales... De hecho algunas compañeras, cuando hablaban de la modelo que “se suponía” que se follaba, añadían que ella estaba con él por el dinero, porque no concebían que una mujer pudiera estar con él por otro motivo. No sé si tendrán razón, pero de pronto miro sus labios y siento el deseo de saber si serán suaves, tan suaves como lo son sus manos, o cómo se moverán sobre los míos o cómo será su lengua junto a la mía. Dudo sobre si pedirle que haga un adelanto y me bese, pero él suelta mi mano y rompe toda la tensión que había adquirido mientras seguía el contacto.

Me da la sensación de que todo esto no es más que un trámite añadido para conseguir que firme el contrato. Bueno, no es que me dé la sensación, es que es una realidad.

Mientras caminamos hacia el coche en el parking él está revisando algo en el móvil, seguro que son cosas del trabajo, dudo que un hombre así esté mirando las redes sociales para ver memes como hago yo. Menudo tío más aburrido, pienso caminando a su lado hasta que llegamos a un cochazo en el que cabe un equipo de baloncesto. No sé qué le pasa a la gente con dinero que llevan coches tan grandes, sólo para llevarse a sí mismos. No tiene sentido. Él me abre la puerta como si fuera un caballero del siglo XIX y no sé qué pensar, sólo que creo que se va a esforzar bastante por satisfacerme esta noche. Y tengo que reconocer que aunque para él no sea más que un trámite follar conmigo, para mí no lo va a ser.

Como era de esperar, cuando arranca el motor, sin usar la llave, cosa que me parece rarísima de por sí, suenan las noticias como banda sonora. No se puede ser más torro en este mundo.

—Podríamos escuchar algo más, no sé. Algo más...

—¿Qué? —pregunta en su ignorancia. ¡Hombres!

—Pues más..., sensual, para entrar en situación —aclaro envuelta en una timidez mayor de la habitual.

Todo esto me resulta bastante vergonzoso, y pensar que ha leído el documento en el que he vomitado todas mis fantasías sexuales y todo lo que me gusta que me hagan...

Sin embargo él parece ajeno a todo, ¿es que este hombre no siente nada? ¿No siente ninguna emoción? Me pregunto si se le pondrá dura, porque con lo soso que parece... A ver, que no dudo que se esforzará, pero desde luego ahora mismo parece que le importa muy poco lo que vamos a hacer si no es porque le interesa laboralmente. Desde luego esta situación es muy rara. Y sin embargo le deseo, ahora mismo no puedo pensar en otra cosa que en cómo la tendrá.

Al fin llegamos a su chalet, menos mal, porque un poco más y no habría aguantado las ganas de mirarlo fijamente para comprobar si se ponía nervioso.

Aún estoy pensando en lo que va a pasar, sumida en todas mis películas mentales a la vez, cuando él ya está abriendo mi puerta y me ofrece la mano para ayudarme a salir del coche como si se tratara de un robot programado para ser amable. Me pregunto si sentiré algo cuando lo hagamos... Porque parece precisamente eso, un robot.

Vuelvo a sentir un cosquilleo cuando rozo su mano al tomarla, porque no me ha quedado otra opción que aceptarla cuando la ha ofrecido. Nunca nadie ha sido tan amable, claro, que lo hace por el contrato, todo esto no es real. Sin embargo aún así me gusta el teatro que me rodea, por falso que pueda ser.

Le sigo lentamente hasta el salón, donde ya está preparado todo para generar una calidez muy seductora. Hay una mesa con una botella de champán en un recipiente con hielo y dos copas y velas por doquier, sólo espero que no se prenda alguna cortina o moriremos calcinados esta misma noche, pienso mientras observo la distancia entre esas velas y las cortinas. Creo que voy a necesitar una de esas copas, o dos, porque estoy de los nervios. Tendré que usar una de esas técnicas de neurolingüística para relajarse del estilo: “Míriam, ya estás mayor para estar nerviosa” o “No tienes quince años”, y “Esto no es más que un trámite para poder sobrevivir a un matrimonio de conveniencia muy raro”.

—¿Champán? —pregunta de repente cuando deja su chaqueta en el respaldo de una silla, cuidadosamente para que no se arrugue... Madre mía como esto siga así me va a bajar la libido a los pies.

—Te lo ruego —respondo poniendo los ojos en blanco y él me mira analizándome claramente.

—¿Algún problema? Si has cambiado de opinión y no quieres...

—Sí sí, es decir, no he cambiado de opinión. Creo que tenías razón, cuanto antes acabemos con esto mejor —le interrumpo rápidamente y me doy cuenta de las ganas que le tengo, porque al escucharle retractarse no he podido evitar pararle los pies de inmediato.

Me sirve una de las copas y él se sirve otra, que ambos bebemos rápidamente. ¿Es posible que esté nervioso? Aunque no será por la relación en sí, sino por cagarla y que todo lo que había planeado se vaya al traste.

Se acerca a mí tras dejar la copa y no veo ni duda ni indecisión, ni temblor, en ninguna parte de su cuerpo. Esto es raro de cojones, con mi jefe... Me mira bajando la mirada cuando está a un palmo de mí y yo no puedo mantenerla en sus ojos, no puedo seguir mirándole.

—Tengo memoria fotográfica —dice bajando el tono de voz y me cuesta tragar saliva, no sé por qué estoy así, porque lo que ha dicho no tiene ningún morbo—. Recuerdo perfectamente todo lo que has escrito y que tengo que hacerte... —añade bajando la cabeza y deslizando su lengua por

mis labios durante unos segundos. Los suficientes como para generar una corriente eléctrica por todo mi cuerpo ante ese breve pero provocador contacto.

No parece nervioso ahora, debo haberlo imaginado antes, de hecho me quita la copa de la mano y la deja en la mesa para atraparme entre sus brazos con una seguridad muy alejada de alguien nervioso. Desliza su lengua por entre mis labios, que se van abriendo ante su decidido movimiento.

Mis manos temblorosas se dirigen hacia su entrepierna, y descubro que está durísimo. ¿Será que también le pongo o es que se ha tomado una de esas pastillas azules para que la cosa se ponga dura y cumplir? Aunque no es tan mayor para necesitar eso. En realidad, simplemente parece mayor, pero claro, su cuerpo sí responde normalmente como una persona de su edad. De hecho lo estoy notando en mi mano, que se acerca aún más y toca su polla a través de la tela del pantalón. Sí que era grande lo que traía aquí, si supieran las de la oficina... No se comentaría que la modelo estaba con él por su dinero... ¡Qué pena no poder contar todo esto para el salseo con las compañeras! Atrapa mi cabeza por la nuca y empieza a besarme acariciando mi lengua lentamente, tal y como había escrito en el documento. Lo hace incluso mejor de lo que había escrito o había imaginado. Mientras desliza su lengua en el interior de mi boca acaricia también mis labios con los suyos. No sé cómo lo hace pero sólo de besarme estoy a mil. Empiezo a suspirar y a marearme, no sé qué hace este hombre que me está volviendo loca y apenas me ha tocado.

Lo miro a los ojos y no veo emoción alguna, tal vez algo de sorpresa, tal vez tampoco esperaba que fuera así. Es un hombre tan inexpresivo, y sin embargo besa con una pasión... Aunque puede que sea tan aplicado que siempre hace bien los deberes, que es lo que es esto. Porque esto sólo es un trámite más para alcanzar su objetivo. Es que habría que verlo de niño en el colegio, aprobando todo a la primera y estudiando todo el día. Seguro que no tuvo infancia... Lo que está claro es que es un hombre acostumbrado a cumplir con sus tareas de la forma más eficiente.

No sé si me desea, no tengo la certeza de que esta erección sea por mí o por medios químicos, pero con cada caricia de su lengua sobre la mía me va importando menos el por qué y más el cómo. Sigue besándome y de pronto siento sus manos en mi trasero, que me lo aprietan hacia él mientras yo hago lo mismo con el suyo.

Después, mientras restriega su polla contra mi pubis, a pesar de la ropa, comienza a acariciarme las mejillas con su mano izquierda sin soltar mi trasero con la derecha. Eso creo que no lo había escrito, habrá pensado que improvisar también me gusta.

—Vamos a mi habitación —dice de repente, soltándose, y con la voz totalmente controlada. No sé cómo lo hace, si yo apenas podría emitir un sonido inteligible.

Me limito a asentir con la cabeza, mientras él me toma la mano y me lleva escaleras arriba hasta su habitación. Sentir su mano ya me está poniendo mala, mientras imagino cómo las usará para tocarme. Sin darme cuenta estoy acariciando sus dedos, y compruebo que son muy suaves; y los imagino sobre mi clítoris y dentro de mí.

No sé cómo hemos llegado a su habitación, estoy como drogada... ¿Le habrá puesto algo a la bebida? ¿O este hombre desprende unas feromonas que me están afectando demasiado? O tiene una habilidad con esa lengua fuera de lo común... Creo que es eso, y necesito que vuelva a hacerlo.

Sin embargo, él no me besa otra vez, se acerca a mí tras cerrar la puerta y comienza a quitarme la ropa, pieza a pieza, con una lentitud que me da rabia y a la vez hace que lo desee más. Primero desliza sus manos por mis hombros para meterlas por el interior de las mangas de mi chaqueta estilo torera, lo cual facilita lo que está haciendo. Y mientras lo hace no deja de mirarme a los ojos, lo cual me pone más aún, si es que eso fuera posible, porque ahora mismo estoy temblando

de tanta excitación. Después, con la mirada atrapada en la suya, deja caer la chaqueta al suelo y desliza sus manos por debajo de mi camiseta elástica, y mi estómago se contrae al sentir la yema de sus dedos sobre mi piel en ese contacto tan directo. Sus dedos, calientes y suaves, se mueven sin titubeos por mi torso y sin esperarlo roza ligeramente mis pechos, como si se hubiera equivocado o no se diera cuenta de lo que hace, y después mis pezones, a través del sujetador.

Me quita la camiseta con una delicadeza que no he sentido en mi vida, diría las palabras “con cariño”, pero creo que es decir demasiado, dadas las circunstancias. Y sin embargo, se agradece. Si esto va a ser así durante seis meses o un año, me va a parecer poco tiempo... Después, cuando deja caer la camiseta al suelo, sin dejar de mirarme a los ojos, desabrocha mi sujetador, acercándose a mí y deslizando sus manos por mi cuerpo hasta llegar al cierre de la espalda. Si llego a saber que iba a pasar esto hoy, no sé, habría elegido un modelo más sexy, pero bueno, es lo que hay, y es lo que tiene la pobreza, que voy hecha un desastre siempre, además de que tampoco tenía para elegir. Vamos, que con más tiempo para vestirme adecuadamente, no habría podido tampoco vestirme adecuadamente...

Deja caer mi sujetador al suelo junto con el resto de la ropa y por un momento se queda mirándome, y no sé si esto es parte de la actuación o es que quiere pensar por dónde atacar, o simplemente le gusta lo que ve. Me hace sentir deseada, no sé por qué, es decir, puede que no sea así, al fin y al cabo todo esto es un trámite más para seguir con su plan.

Sube su mano derecha hacia mi pecho y lo sostiene acariciándolo con el movimiento de sus dedos, hasta que me hace suspirar, hasta que con el pulgar alcanza mi pezón y empieza a acariciarlo con la yema del dedo. No sé ni cómo me mantengo erguida y de pie, si estoy que me derrito en este mismo momento.

—Dios mío —susurro y creo que ha sonreído, aunque ha sido tan breve que lo mismo lo he imaginado.

Si lo llego a saber no abro la boca, porque me suelta y perdemos el contacto físico, y yo me cago en todo, porque estaba en la gloria bajo sus manos. Sin embargo no estamos mucho tiempo así, porque ha dejado de tocarme el pecho para bajar sus manos a mi falda, acercándose a mi cuerpo tanto como para sentir su calor en cada centímetro a través de la ropa mientras desliza sus manos hasta el cierre de la falda que tengo detrás, en el inicio de mis nalgas. Va bajando la cremallera mientras acerca sus labios a los míos y vuelve a deslizar su lengua por la fina piel y después por el interior de mi boca hasta atrapar mi lengua. No sé cómo puede hacer dos cosas a la vez, pero me está volviendo tan loca por tantos lugares en los que me acaricia, que no soy capaz ni de moverme.

Deja caer la falda al suelo y ésta queda alrededor de mis pies, porque ni siquiera podría levantar uno para apartarla. Él deja de besarme y se agacha rozando con su barbilla uno de mis pezones, para bajar aún más y meter sus dedos por la tira de mis braguitas. Esto es demasiado fuerte, mi jefe, viéndome desnuda así como si todo esto no fuera con él, como si todo esto no fuera la hostia... Cierro los ojos unos segundos cuando veo su cabeza frente a mi sexo y las braguitas que ya están en el suelo. Braguitas, que no hacen juego con el sujetador, como toda la ropa que llevaba, que era como si hubiera ido a un desguace de ropa usada y hubiera compuesto lo menos horroroso, cosa que pasó más o menos así.

Aunque él no parece inmutarse por nada, ni siquiera por eso. Me pregunto si ya no tendrá la erección de antes, como no emite ni un sonido ni se le ve una expresión de deseo... Porque estoy segura de que yo debo llevar una cara de obsesa del sexo...

Mientras tengo los ojos cerrados, de repente siento algo húmedo y suave entre mis piernas, y sí, ha metido su lengua ahí, abriéndose hueco por los labios de mi sexo y acariciando mi clítoris,

ahora abriéndome con los dedos de su mano izquierda.

Emito un sonido parecido a una “A” gutural que ya podrían llamarme de algún grupo de heavy metal para hacer los coros o algo, si pudiera repetir ese sonido a voluntad, claro. Porque si tengo que llevar a éste para que me haga esto para poder cantar, pues sería un poco raro en el escenario.

Elimina esos pensamientos absurdos de mi cabeza con otro lengüetazo, aumentando la presión y haciendo que mis piernas tiemblen, aún más.

—No puedo seguir de pie —digo en un susurro colocando mis manos en sus hombros—. Esto es demasiado.

Él me mira alzando la vista hacia mí y creo que he visto una sonrisa, pero no sé ya ni lo que veo ni lo que oigo, todos mis sentidos están anulados porque hay uno en particular que está a flor de piel, el tacto, y todo mi cuerpo está explotando ese sentido en su máxima expresión quedando el resto al margen.

Miguel se levanta y me lleva hasta la cama, ayudándome a acostarme sobre el mullido nórdico blanco, tan suave. Me pregunto qué tejido será esto, porque es más suave que la seda..., pero más suave es su lengua, de nuevo acariciándome tras volver a meter la cabeza entre mis piernas.

Mi cuerpo, sensible ya en el tacto a unos niveles brutales, está empezando a convulsionar. Como no pare me corro, es que no se puede llevar a una persona a estos límites.

Como si me leyera la mente decide parar y se queda mirándome de una forma muy rara, eso no estaba escrito en el papel. Está improvisando de vez en cuando, pero no lo hace mal, no sé por qué es como si supiera todo lo que tiene que hacer por arte de magia. Es como si tuviera poderes, poderes sexuales, podríamos llamarlos.

Desde luego, si no sale bien lo de su empresa, podría dedicarse a ser actor porno o gigoló, porque esto es brutal. Mientras estoy aquí acostada él se quita la ropa rápidamente. Menos mal, porque si llega a tardar más me abalanzo sobre él y se la quito a “bocaos”.

Los segundos que tarda en acostarse junto a mí y que dedico a analizar su cuerpo milímetro a milímetro, los empleo sobre todo en observar su polla. Vuelvo a preguntarme si habrá tomado algo para ponerla así, no es normal, está a reventar.

—Si no te gusta el pelo puedo afeitarme el pecho —sugiere él mientras se acuesta a mi lado.

No sé de qué me habla, si sólo tengo ojos para lo que lleva ahí abajo. Si embargo, al decir eso mis ojos van a su pecho, y mis manos también. Necesitaba acariciarlo, no sé por qué. Y no puedo evitar cerrar los ojos al colocar la palma de mis manos sobre su pecho cálido y suave. No pensé que el pelo en el pecho pudiera ser atractivo y suave, pero lo es. De hecho no puedo parar de acariciarlo hasta que él se coloca sobre mí y no hay margen de movimiento, más que el de acariciar su espalda, que también es tan suave..., más suave, que el resto de su cuerpo.

Entonces me besa y coloca su polla en la entrada de mi sexo, y la restriega sin dejar de besarme y acariciar mi pelo. Algunas cosas son improvisadas, pero cumple fielmente con todo lo que he escrito para él en ese documento. Aunque escribí mucho más, pero es que no creo que yo pueda llegar a todo lo que puse, porque como me toque dos minutos más me corro.

No sé cuánto más podré aguantar con su tacto sobre toda mi piel. Incluso me muevo y me abro rodeándolo con mis piernas para hacerle entender que o la mete ya o alguien aquí va a morir. No sé cuál de los dos, yo de ganas o él de un golpe en la cabeza por mi desesperación.

Lo hace, obedece mis ruegos deslizando lentamente su polla en mi interior. Y cada uno de los vellos de mi cuerpo se eriza al sentir el impacto dentro de mí. Exhalo un suspiro y él se detiene.

—Sigue —le ruego con mi voz apagada y con mis manos en sus glúteos, apretándolos con fuerza para que me llene aún más.

Él me mira confuso y no entiendo nada, pero al menos continúa sus movimientos mientras me

besa otra vez. Continúa muy despacio y mi cuerpo vuelve a ponerse a su disposición, vuelve a reaccionar al máximo de las sensaciones que me produce. Todo está más sensible que nunca, mi piel ha aumentado las terminaciones nerviosas o algo así, porque cada roce suyo es un placer que no recuerdo haber sentido jamás, no digo que no haya estado así, sólo que ahora no lo recuerdo. No sólo en mi clítoris, sino en cada centímetro de mí.

No sé qué tiene este hombre, es magia lo que hace con su cuerpo, pero no voy a poder aguantar. Sigue moviéndose, ahora un poco más rápido, porque le presiono en el trasero con mis uñas como si estuviera espoleando a un caballo. Incluso se las clavo cuando la sensibilidad es tal que me corro bajo su cuerpo, convulsionando al fin en un orgasmo que no acaba, él lo mantiene con sus movimientos más duros y penetrantes. Grito de puro placer, jamás he gritado así, pero jamás he sentido tanto, durante tanto tiempo. Sigo contrayéndome alrededor de su polla y siento la humedad que debo haber generado con el orgasmo, porque él no se ha corrido, sigue duro penetrándome cada vez con más rapidez. Y con cada embestida de su cuerpo contra el mío siento un escalofrío en cada poro de mi piel, siento el deseo y el placer recorriendo mi cuerpo como si fuera una onda expansiva que se desliza en una corriente eléctrica desde mi sexo hasta cada extremidad.

Y de pronto él también gime, y gruñe incluso, y siento sus espasmos sobre mi cuerpo. Hasta me ha vuelto a excitar su forma de correrse, tan intenso. Es la primera vez que veo tanta expresividad en su rostro y su cuerpo, y es todo placer.

Capítulo 5

No sé si le ha gustado, no he podido hacer todo lo que había escrito en ese documento. Así que creo que debería repetirlo, no quiero que por un error, por dejarme llevar un momento por mi propio placer lo estropee todo. En mi defensa podría alegar que no podía más, si casi me corro cuando se la he metido. De hecho, casi me corro cuando le he empezado a quitar la ropa... Jamás habría imaginado estar con ella, bueno, con nadie así, tan joven, tan atractiva, con tantas curvas. Cuando la veía en la oficina imaginaba que tendría uno de esos novios que van al gimnasio todo el día y salen en esos programas de hombres y mujeres o en esos programas de callejeros, en algún polígono con sus coches tuneados, todo hay que decirlo...

No se me había pasado por la cabeza imagen alguna sobre el sexo con alguien así, hasta que lo hemos hablado en mi despacho, hasta que lo he sugerido ante sus quejas sobre esa cláusula del contrato. Y ha sido peor cuando me ha entregado el documento con sus exigencias en la cama. Leer todo lo que quería que le hiciera, escrito de una forma tan explícita, me ha dejado sin apenas capacidad para pensar. Al menos en otra cosa que no fueran imágenes sobre todas las formas en las que le gustaría follar. Y evidentemente en esas imágenes yo era el artífice de todo su placer. Sin embargo no he podido hacer ni la mitad de lo que había escrito, ni siquiera me he entretenido con ella como había pensado. He pasado de una cosa a otra demasiado rápido. Ha podido mi propio placer a mi deber. Y creo que es la primera vez en mi vida que antepongo mis deseos al deber.

—Puedo repetirlo —sugiero ante su silencio, acostada boca arriba con la mirada perdida en el techo.

Ella me mira girando el cuello mientras yo estoy acostado a su lado observando su reacción.

—De acuerdo —acepta.

Eso debe significar que no le ha gustado y me da la oportunidad de remediarlo volviendo a follar. Bueno, al menos me da otra oportunidad.

Ahora no puedo fallar, ahora tengo que entretenerme más con ella. Espero hacerlo mejor, el problema ha sido que me ha puesto tanto que no podía evitar seguir. Era prácticamente imposible ir más despacio, pero ahora tengo que hacerlo bien o no podremos continuar con el plan. No puedo decepcionarla otra vez.

En mi defensa podría alegar que sólo de leer aquello me he puesto duro, y toda la sangre que debería estar en mi cabeza ha ido a otro lugar, por lo que no podía pensar con claridad. No sé si serviría como defensa, pero es justo lo que me ha pasado. He empezado a imaginar cada una de las cosas que quería que le hiciera, y mientras íbamos en el coche aún era peor, viendo sus piernas mientras estaba sentada a mi lado, imaginando todo lo que había escrito. Y todo por esta maldita memoria fotográfica.

Imagino que habrá estado con cientos de tíos y esto no es más que el polvo de la semana, pero bueno, me esfuerzo. Sólo espero que valore el esfuerzo, pienso sintiéndome como en el colegio, cuando no estaba seguro de haber sacado una buena nota..., y deseaba que se valorara el esfuerzo. Aunque luego siempre sacaba buenas notas... ¿Podría ser que le haya gustado...? Y sin embargo no me atrevo a preguntarle, es que si me dijera que no, no podría tampoco repetirlo, o me pondría más nervioso y aún me correría antes. Sólo ruego poder aguantar un poco más al segundo intento.

Ella me mira con los labios entreabiertos y vuelvo a dejarme caer sobre ellos para besarla de nuevo. Esta vez espero hacerlo mejor.

Al día siguiente.

Julio lleva dándome la brasa toda la mañana con sus gilipolleces, hay días que no lo aguanto, pero hoy tengo más paciencia, no sé por qué. Tal vez estar con Míriam en la cama agotando toda mi energía me ha dejado sin ganas de discutir. O tal vez ya me he acostumbrado a las paranoias de Julio.

—No hacía falta que vinieras para firmar el contrato, estábamos a punto de hacerlo sin ti —le recuerdo para que baje el nivel antes de que llegue Míriam. No quiero que le oiga hablar de todos los riesgos que puede suponer lo que vamos a hacer. Es que si la cosa no sale bien, podría alargarse el tiempo que estemos casados, incluso podrían ser dos años. También podría ocurrir que las autoridades encuentren a mi ex-contable y recupere el dinero antes, pero lo dudo, el muy cabrón se ha escondido como una rata y no hay forma de encontrarlo. Debe estar en algún paraíso fundiéndose el dinero que me ha robado.

Mejor no pienso en ese idiota y pienso en Míriam, es decir, en el contrato.

—Por cierto, ¿dónde está? ¿Y por qué no ha firmado el contrato ya?

—No lo sé, me ha dicho que lo firmaría. No tardará en llegar —afirmo intentando ocultar mis dudas. No sé si lo firmará, aunque ha dicho que vendría en un rato. Sin embargo puede que haya pensado que a pesar de la compensación económica que le ofrezco por cumplir su parte del contrato no sea nada atractivo casarse con alguien como yo.

Consulto el reloj del ordenador moviendo ligeramente el ratón, porque no quiero que Julio note mi desesperación al verme mirar la hora en el reloj de pulsera o en el móvil. ¿Cuánto es un rato para una mujer? Como no he tenido pareja en el sentido estricto de la palabra y no entiendo mucho de mujeres lo mismo un rato es una hora.

—Tampoco entiendo por qué no lo firmó ayer, la verdad.

No estoy dispuesto a explicarle por qué no lo firmó, ni lo que hice ayer para intentar convencerla de que firmara, es que es un poco absurdo, y no es algo para ir contando por ahí, aunque sea un amigo de toda la vida. Tampoco sabría cómo explicarlo, sinceramente. Podría decir que no firmó ayer porque quería sexo y yo le propuse proporcionárselo, y ahora soy como un gigoló... Es todo muy raro, pero llevo toda la mañana pensando en el cuerpo de Míriam y me está costando un mundo concentrarme en cualquier otra cosa que no sea en repetir lo que hicimos, si puede ser esta misma noche, mejor. Aunque si no le gustó, no firmará, ni tampoco querrá repetir. Vuelvo a consultar la hora en el ordenador y noto la mirada inquisitiva de Julio.

—Tendríamos que haber buscado un plan b, porque esta tensión... Yo ya me medico para la tensión alta, ¿comprendes? No estoy hecho para esto —admite, aunque siempre fue muy exagerado, y dramático.

Al fin alguien llama a la puerta y ver a Míriam tras ella después de varias horas sin verla, es un alivio que recorre todo mi cuerpo y me calma a la vez. Tal vez han sido sólo minutos que parecían horas, pero verla de nuevo me hace subir las pulsaciones e incluso me cuesta tragar saliva. Todos los recuerdos de anoche, incluso de esta mañana, cuando se ha despertado a mi lado, me asaltan y me nublan la vista por unos segundos. Sentir su cuerpo caliente junto a mí al despertarme a su lado ha sido una extraña sensación, una maravillosa y extraña sensación que no había vivido antes y que, no sé por qué, no se me va de la cabeza en este momento.

—Al fin —dice Julio, y ella le echa una mirada de reproche—. ¿Vas a firmar ya?

—Sí —afirma rápidamente mirándome a los ojos con timidez.

¿Significa eso que sí le gustó lo de anoche? No me alegro tanto por poder continuar con el plan para salvar la empresa como porque le haya gustado todo lo que le hice. Eso me recuerda que podemos repetirlo, si le ha gustado podemos repetirlo... Me está costando mantener la calma y la

expresión seria que intento tener siempre. Hoy más que nunca me cuesta un mundo ser el de siempre, el hombre imperturbable que conocen todos. Si pudiera me levantaría de la silla y abrazaría a Míriam, y de paso la tumbaría sobre la mesa y le metería la polla hasta hacerla gemir como anoche.

Míriam me mira con sus ojos rasgados entornados y me pregunto si estará pensando en lo mismo que yo, si tendrá ganas de repetir, o todo lo que ha ocurrido para ella es sólo un polvo aceptable para poder mantenerse casada conmigo y sortear la abstinencia a la que no es capaz de adaptarse.

—¿Podríamos acabar ya con esto? —insiste Julio, y en cierto modo se lo agradezco, quiero firmar cuanto antes para poder ir al juzgado y casarnos.

—Quisiera hablar a solas con él, será sólo un momento —le responde Míriam, y Julio da un soplo aceptando con desgana la petición de ella.

—Vuelvo en cinco minutos.

—Relájate un poco, tómate una infusión —le sugiero negando con la cabeza.

Julio emite otro soplo y sale de mi despacho desabrochándose la chaqueta de su traje por el cuello, como si así fuera a relajarse. Lo conozco bien y no será así. Haría falta un spa, un equipo de masajistas y que alguien tirara toda la tecnología que lleva adosada a su cuerpo para conseguir que se relajara un mínimo.

—¿Hay algún problema? —pregunto algo preocupado. Ella no responde en el momento y hace que me ponga más nervioso.

—No hay ningún problema, pero yo también tengo una cláusula.

La observo confuso durante unos segundos y decido levantarme para servirme un vaso de whisky.

—¿Qué cláusula? —pregunto ante su silencio. Todo esto no me gusta. ¿Querrá más dinero? Ella no me quita ojo mientras me muevo por el despacho, noto su mirada clavada en mí, incluso me está poniendo nervioso y no sé por qué.

—Ya expliqué mi situación con respecto al sexo... —susurra tímidamente y no entiendo qué le pasa ahora—. Necesito saber cuántas veces podrías repetir lo de anoche y si será siempre igual.

Por poco se me cae el vaso de entre los dedos, de hecho no he bebido aún, se me ha quedado la mano a medio camino.

¿Está diciendo que quiere repetirlo a menudo o que quiere que lo haga mejor?

—Creo que puedo repetirlo cada día, y puedo hacer otras cosas, ¿no hice bien lo que decías en el documento? Sé que faltaron algunas cosas, es que no sabía dónde conseguir unas bridas a esas horas —me excuso nervioso.

—No no, todo estuvo bien —se apresura a aclarar, y creo que ha oído mi suspiro de alivio—. Sólo es que debido a mi pequeño problema..., voy a necesitar precisamente eso, hacerlo cada día... Incluso diría que más de una vez..

Ahora no se me caería el vaso de whisky aunque tuviera mantequilla en las manos. Ni siquiera soy capaz de tragar saliva.

Julio estaba totalmente equivocado, lleva una hora imaginando estupideces y metiéndome ideas negativas sobre ella, incluso había llegado a dudar si firmaría.

—¿Y bien? —insiste ella.

—¿Lo quieres por escrito?

Ella me mira dudando.

—Prefiero no escribir eso en ningún sitio, me fío de ti, dejémoslo como un contrato verbal. De todas formas si no cumplieras tu parte no respondo sobre mi comportamiento, eso sí podrías

escribirlo o simplemente tenerlo en cuenta —susurra tímidamente apartando la vista de mí y dejándola caer sobre la mesa que nos separa.

Es la amenaza más sutil que he recibido en los negocios, en toda mi vida, ¿si no cumplo se le va a ir la olla? Será mejor que no le cuente nada de esto a Julio o se pondrá paranoico. El problema es que no se fía de nadie, tiene serios problemas afectivos y los paga con todos los que lo rodean.

—Me parece bien —acepto porque en el fondo, y lo que no es el fondo, me encanta la idea de follármela cada día, a todas horas.

Y aún me gusta más la idea de que, en cierto modo, de alguna manera que ni siquiera entiendo, le ha gustado lo que hicimos, aunque sea sólo lo justo para poder seguir haciéndolo. De repente me entran unas ganas tremendas de volver a follármela y demostrarle que puedo hacerlo mejor. Voy a tener que buscar información sobre nuevas posturas o actividades en la cama, porque no quiero que se aburra. Incluso me atrae la idea de poder gustarle todavía más y que no sea sólo "pasable" para ella. Si pudiera gustarle más que los otros hombres con los que habrá estado... Es que jamás habría imaginado que pudiera gustarle ni mínimamente a una mujer como ella. Es demasiado joven, demasiado atractiva, demasiado todo. Siempre he imaginado que este tipo de chicas no bajan del nivel "chulo de gimnasio" o del atractivo de gente como mis hermanos, con ese aura de seducción que desprenden, esa seguridad en sí mismos en estos temas. Porque parece ser que a las mujeres no les gusta tanto la seguridad cuando sólo se aplica al terreno laboral y no sobre el atractivo o la confianza en uno mismo con el sexo contrario.

Ella se levanta de la silla donde se había sentado y me tiende la mano para cerrar el trato. Miro su mano y me quedo paralizado durante unos segundos. Después la tomo y siento que tengo una erección, bueno la tengo desde que ha entrado por esa puerta, pero ahora es todavía peor.

—Puedo repetirlo ahora —aseguro acercándome, tirando de su mano para quedar a la misma altura que ella.

—De acuerdo —responde mirándome a los labios y creo que le ha gustado mi propuesta más de lo que había imaginado cuando la he hecho—. Sí que te importa ese contrato... —susurra antes de besarme y no puedo negar que me importa, aunque tengo que reconocer que en realidad la deseo más de lo que puedo soportar en este momento. En realidad esto es por puro egoísmo, necesito follármela ya o me van a reventar los pantalones.

Ella desliza las manos por mi cuello y sé que lo hace porque no le queda más remedio que follar conmigo, porque no tendrá otras opciones durante el tiempo que estemos casados y tiene que acostumbrarse. Me gustaría que todo esto fuera distinto, que me deseara realmente, pero es a lo máximo a lo que puedo optar con una mujer así. Incluso ni siquiera sé si le gusto físicamente o sólo es porque puede soportarme. Aunque si ha aceptado todo esto y está besándome con tanta ansiedad debe gustarle, aunque sea un poco, algo de mí o de lo que hago. Claro que también podría ser que le guste el sexo tanto como dice, y no tanto la persona con la que lo hace. En ese caso le daría igual hacerlo conmigo que con el conserje. Aunque, sin embargo..., no aceptó el contrato ayer, dijo que si no le gustaba cómo lo hacíamos no seguiría adelante con el plan de casarnos, ni siquiera aunque hubiera dinero de por medio. Todo esto me genera demasiadas dudas..., pero con cada caricia de su lengua sobre la mía voy llegando a la conclusión de que no importan los motivos, sino que lo que importa es subirla a la mesa de mi despacho y empotrarla cuanto antes o me va a dar un síncope.

Dejo de besarla durante unos segundos para ver qué hay en sus ojos, necesito ver su deseo. Y lo veo, está ahí. Y no me importa en este momento si me desea a mí o sólo tiene ganas de follar sin más. Es suficiente para mí que quiera seguir besándome, de hecho desliza sus manos por mi

espalda para llegar a mi trasero y apretarlo contra su cuerpo.

—Vamos a la mesa —sugiere ella como si me hubiera leído el pensamiento.

No respondo con palabras sino con hechos: La miro respirando con dificultad y la levanto agarrándola por sus nalgas para subirla a mí y llevarla hasta la mesa caoba de corte clásico que domina todo el despacho. Cada vez que esté sentado frente a esta mesa recordaré cómo sus piernas se abren mientras observo su sexo húmedo y abierto para mí. Recordaré que no lleva ropa interior y que no he visto cosa más sensual que ésta. Recordaré que ya tenía la idea de follarme cuando ha entrado en mi despacho, porque va preparada para matar... Depiladas y desnuda bajo su falda.

Unos toques a la puerta nos ponen en alerta y grito que no la abran con un “No” ronco y tenso. Y afortunadamente no se vuelve a oír ningún sonido proveniente del otro lado de la puerta. No sé quién era, pero ni siquiera me importa. Necesito entrar en Míriam, necesito sentir su húmedo interior apretado e hinchado para mí, o por mí, quién sabe. Ella no me da opciones para pensármelo demasiado. En cuanto ha oído mi grito para el que estuviera llamando fuera, ha tirado de las solapas de mi chaqueta y me ha atraído hacia ella aún más. Y ha empezado a desabrocharme los pantalones con sus delicados y finos dedos haciéndome sentir más excitado todavía. Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás, y de pronto siento sus dedos en mi polla, acariciándola lentamente, concentrando sus movimientos con el pulgar en el frenillo de una forma tan suave que apenas siento el tacto, lo suficiente para desear más. Emito un gemido y ella gime también, lo que me hace abrir los ojos y mirarla sin entender nada. ¿Le gusta ponerme así? ¿Acaso le gusta llevarme al límite de esta manera?

—Déjame entrar —le ruego apartando su mano con un suave toque de la mía.

Ella asiente y se abre más, subida a esa mesa, mientras yo me acerco y la agarro del trasero para encajarme dentro de su cuerpo. Ella suspira y clava sus uñas en mis hombros mientras voy entrando lentamente, tanto como soy capaz, porque por mí lo haría rápido y duro, pero quiero ver cómo la siente poco a poco. Quiero ver su expresión compungida al sentirla entrar en su interior. Quiero ver cómo se muerde los labios extasiada de placer mientras entro tan despacio como para ver el cambio en su expresión y en sus ojos, a medida que me siente más y el deseo crece en ellos. Quiero ver cómo su respiración se acelera, cómo el vello de su cuerpo se eriza y cómo sus pezones se ponen tan duros como lo estoy yo, mientras acompaño mi movimiento en su interior bajándole el escote y haciendo que sus pechos salgan al exterior.

Ella empieza a gemir cerrando los ojos y noto cómo aprieta su sexo mientras recibe mi polla. No sé si podré aguantar mucho si esto sigue así. Debería calentarla antes, debería haberle acariciado el clítoris, sus pechos o su cuello, pero ahora es tarde y ella empieza a moverse para compensar mi lentitud. No puedo mantenerme indiferente a sus movimientos y empiezo a gemir en su boca cuando vuelvo a atraer su cabeza, acariciando su nuca para acercarla a mí.

Ahora gime con más intensidad y empieza a moverse contra mí sin apenas darme tiempo a pensar. Me voy a correr e intento detenerla, pero ella aprieta cada vez más sus uñas en mi piel y no puedo negarme, ni tampoco evitar sentir el placer previo al orgasmo, así que sólo puedo apretar los ojos e intentar controlarme, pero oigo sus gemidos y mi cuerpo explota dentro de ella mientras noto las convulsiones de su vagina apretando mi polla. Cuando abro los ojos los suyos son el placer hecho mirada. Y su respiración es el deleite hecho susurro.

No puedo moverme, no puedo salir de su interior, no puedo dejar de mirarla, es adictivo. Necesito seguir dentro de ella un poco más, sólo un poco más de tiempo..., y siento que el tiempo se ha detenido y a la vez se me escapa entre los dedos como si fuera un líquido que intento contener entre ellos.

Otra vez se oye a alguien llamar a la puerta y mi voz no es capaz de responder, por las pocas neuronas activas en este momento en mi cerebro. Ella se aparta de mí empujándome ligeramente y bajando de la mesa para arreglar su ropa.

—Un momento —grito de nuevo fingiendo estar enfurecido, porque no estoy en absoluto así, sino todo lo contrario.

Aprovecho el “momento” para abrocharme los pantalones y sentarme en mi silla, porque aún tengo una erección, es decir, otra, y no soy capaz de ocultarla.

Ella me mira atónita y no se atreve a decir una palabra, pero creo que puedo adivinar sus pensamientos en este momento.

Tras respirar profundamente se sienta frente a mí y coloca una mano en la mesa para ayudarse a sentarse, pero rápidamente quita la mano de la mesa, el tiempo que tarda en recordar que estaba sentada justo ahí y que estábamos follando hace unos segundos en ese lugar. Después me mira levantando la vista del borde de la mesa y asiente.

—Ya estoy lista.

Descuelgo el teléfono y llamo a una de las secretarias para indicar que el que quería entrar puede hacerlo. Toñi me responde que era Julio y que está desesperado, y no me extraña, con lo nervioso que es debe estar pensando que todo ha salido mal.

Cuando entra Julio se queda mirándonos como si se tratara de un partido de tenis, la mira a ella y luego a mí, y vuelve a repetir la jugada hasta que habla finalmente.

—¿Qué ha pasado?

Ninguno de los dos responde y él decide sentarse en la silla que queda libre, a la derecha de Míriam.

—Parece que os habéis peleado —dice dejándose caer en la silla.

Míriam automáticamente lleva las manos a su cabeza y comprueba que sus cabellos están en su sitio, pero yo me abstengo de hacer lo mismo, no quiero confirmar que haya pasado nada aquí, básicamente porque Julio no pensaría nada bueno, aunque lo que ha pasado entre ella y yo haya sido algo demasiado bueno. Él pensaría que hay algo más, algo malo tras todo esto. O puede que pensara que es un error o simplemente diría que no es bueno mezclar negocios y placer. Sin embargo estoy seguro de que en una situación parecida él haría lo mismo, y conociéndole ni siquiera lo disfrutaría como estoy lo haciendo yo. Si hay alguien más aburrido y trabajador que yo, es él.

Capítulo 6

Julio, el amigo-socio, o lo que sea, de Miguel, es insoportable, no deja de mirarme con desconfianza. No es más que el típico pijo que no soporta ni se fía de nadie que no sea de su “especie”. En mi pueblo esto lo arreglábamos a pedradas, que es coger unas cuantas piedras del suelo y tirárselas a la cabeza con la idea de que alguna llegue a su malintencionado destino, claro que una cosa es pensarlo y otra acertar. Así que lo mejor es tener un grupo de amigos haciendo lo mismo para tener más opciones. Pero en la ciudad, concretamente en la capital, las cosas son distintas, aquí hay que aguantarse y rabiar. Aunque después de lo que hemos hecho Miguel y yo hace unos minutos, no me siento capaz de rabiar demasiado, estoy sin energías por así decirlo.

Es demasiado intenso todo lo que ocurre con él. Jamás habría imaginado que podría ser así, que este hombre tendría tanta energía. Ya sé que no es tan mayor, es decir, ahora lo sé, lo que ocurre es que como antes pensaba que sí lo era, no había imaginado nada con él hasta que lo sugirió, pero qué potencia... Bueno tampoco desprende el sexappeal que tiene, ni aparenta lo que puede llegar a hacer en la cama, tal vez por eso me ha sorprendido tanto.

Me he quedado mirándolo mientras Julio dice sus tonterías y no me he dado cuenta de que me ha preguntado algo. Hasta que la expresión de Miguel cambia y me mira directamente a los ojos. Dios mío, ¿es que cada vez es más guapo o es cosa mía?

—¿Cómo? —hago la pregunta básica de no haber escuchado nada.

—Que si vas a firmar ya el contrato.

—Sí —me apresuro a decir ante la mirada penetrante de Miguel. Claro que quiero firmar, y ya no tanto por las ventajas que supone para mi vida de mierda, sino porque en realidad sólo puedo pensar en follarme a este tío cada día. Se ha comprometido a hacerlo, no por escrito pero sí verbalmente, además sabe que las consecuencias no serían buenas para él si no cumpliera. Y no era una amenaza cuando le he dicho lo que podría pasar, es una realidad.

Abro la carpeta que tiene el documento para firmar y paso las páginas lentamente para comprobar que es el mismo que me dio ayer Julio, no me fío tampoco de ninguno de los dos a pesar de todo. Sí, es el mismo, y me veo tentada a añadir mi propia cláusula, pero no quiero que se entere Julio de mis problemas o de mi adicción al sexo, que lo mismo luego se entera toda la oficina y vaya vergüenza, además de que lo último que quiero es tener a media plantilla, la masculina, intentando ligar conmigo para probar suerte y follar... Alzo la vista y observo a Miguel, que asiente con la cabeza como si me hubiera leído el pensamiento, confirmando que él está dispuesto a cumplir con su parte, por lo que llego al final del documento y firmo la última página.

—Está bien —dice Julio prácticamente arrancándomelo de las manos—. Esto me lo quedo yo.

—¿Cuándo se celebrará la boda? ¿Y cómo será?

—Mañana mismo, ya lo tengo todo preparado, iremos a primera hora. No hace falta que compres un vestido de novia —añade Julio con el contrato en sus manos como si fuera un hobbit venido a menos y conservara entre sus dedos el anillo de poder... De pronto me lo imagino así, es que se parece un poco a Golum..., qué asco me da y eso que apenas lo conozco. Menos mal que no lo voy a ver mucho.

Al día siguiente.

La boda ha sido un acto tan rápido que ha sido visto y no visto. No es que tuviera entre mis pensamientos casarme como sueño infantil para el futuro, pero si lo hubiera tenido, no habría sido así, creo. Si pudiera elegir me habría casado en un barco, un yate enorme con globos y esas pijadas, con un vestido sexy tal vez, enseñando carne, algo llamativo. Incluso casarme en Las Vegas habría estado bien. Lo que acabamos de hacer ha sido lo más frío del mundo, sólo los testigos que son obligatorios, es decir, Julio y la modelo, que se llama María, y no es modelo actualmente ni ha salido jamás con Miguel, sino que salía con su hermano... Si supieran en la oficina que jamás se lió con Miguel...

Sin embargo, a pesar de lo frío que era el escenario, los roces de la mano de Miguel, sus ojos, y desde luego saber que esta noche habrá sexo, han hecho de ese momento algo raro, podría decir que era algo más que el simple trámite que hemos seguido.

Tengo seis meses, o incluso tal vez un año, para disfrutar de la buena vida, y ahora también del sexo que me va a proporcionar él. A pesar de lo frío que es todo, los dos días que llevo en la mansión de Miguel son la mejor relación que he tenido en mi vida. Es decir, todos los tíos con los que he salido hasta ahora eran unos auténticos gilipollas, pero con Miguel el factor imbécil desaparece, no hay amor, no tengo que aguantar nada, cada uno es libre emocionalmente, y sin embargo tengo todas las ventajas de un matrimonio, al menos las que a mí me interesan, que son sexo diario. Y no tengo ni que pedirlo, sólo con un chasquido de los dedos tengo suficiente. No tengo que escuchar sus historias aburridas, cómo ha ganado en un videojuego o cómo le metió un gol en el "fifa" a un amigo suyo. No tengo que ver series que no me gustan ni hacer nada que no quiera por estar un ratito juntos. Así que todo son ventajas. Es, creo, la mejor relación que he tenido en mi vida.

Mientras firmaba para sellar nuestro matrimonio no podía dejar de pensar en lo que hicimos anoche. Cuando él se ha inclinado para firmar también y he visto su mejilla, no podía dejar de pensar en su mandíbula marcada mientras llenaba su boca con mi pezón y parte de mi pecho. De hecho, ahora que estamos fuera del juzgado y María propone tomar algo para celebrarlo, me dan ganas de tirar de la manga de Miguel para pedirle que cumpla de nuevo con mi propia cláusula, pero claro, no quiero que esos dos se enteren, ¡qué vergüenza...!

—¿Todo bien? —pregunta la causa de mi evasión momentánea.

—Sí, pero no sé hasta cuándo —insinúa susurrándole al oído mientras Julio y María se adelantan caminando en el exterior del juzgado.

Miguel me mira confuso hasta que capta el mensaje. Se queda quieto un momento y después vuelvo a ver la determinación en sus ojos. Debe habersele ocurrido algo, porque de pronto me sonrío. Y su sonrisa, algo que no había visto hasta ahora, al menos tan claramente, me deja sin palabras, me deja paralizada en medio de la calle, hasta que él tira de mi mano.

—Tenemos que volver a casa, uno de los detectives del notario está siguiéndonos, hay que demostrar que nos vamos a celebrarlo —le dice a Julio, que empieza a mirar sin ningún disimulo a su alrededor.

—¿Tan pronto? ¿Qué vais a hacer?

—Habrà que fingir que estamos de luna de miel, aunque sea en casa —dice como si fuera un trámite más de los que llevamos hoy.

—¿Celebrar la luna de miel en casa? —pregunta Julio confuso, pero no le respondemos porque nosotros ya estamos caminando hacia el coche, tan rápido como dan de sí nuestras piernas sin parecer que estamos corriendo.

—Míriam —dice una voz femenina desde el otro lado de la calle, en la acera de enfrente.

Cuando enfoco la vista suelto rápidamente la mano de mi "marido" y me aparto todo lo que

puedo de él.

Ella cruza corriendo para encontrarse con nosotros y yo miro a mi alrededor buscando la forma de esconderme, pero no tengo nada que hacer.

—Míriam, no te he visto el pelo en un mes... ¿Quién es éste? —pregunta al reparar en la presencia de Miguel mientras lo observa fijamente entrecerrando los ojos.

—Soy su marido.

—¿Qué? —grita ella y yo quisiera que me tragara la tierra.

—No es lo que piensas —me apresuro a decir y ambos me miran de una forma que no me gusta.

—¿Te has casado con éste o no?

—A ver, es más complicado que todo eso.

—Vamos, que sí —me interrumpe—. Tu madre no te va a perdonar esto en la vida.

—No tiene por qué enterarse de nada —la interrumpo yo ahora, elevando el tono de voz.

Ella me mira sorprendida y con la boca abierta.

—Se enterará y luego nos matará a las dos, tú por hacerlo y yo por saberlo y callarme.

—No lo sabrá —aseguro de nuevo.

—A lo mejor se da cuenta cuando tengas tu primer hijo, o tal vez con el segundo...

—No va a haber ni primer niño ni segundo.

—¿No queréis tener hijos? Eso no le va a gustar a tu madre.

—No la veo desde hace dos años, no me importa si le gusta o no —aclaro y ella vuelve a quedarse boquiabierta.

—¿No habéis hablado desde entonces?

—No tengo nada de que hablar —digo tajante—. ¿Y tú qué haces aquí?

—Te he mandado mensajes pero como no me lees...

—No me has enviado nada —me defiendo sacando el móvil del bolso y buscando los supuestos mensajes—. ¿Cuándo me enviaste los mensajes?

—Claro que sí —asegura enseñándome el móvil.

—Ese es el teléfono antiguo, tuve que cambiarlo para que me dejara en paz mi ex.

Ahora me tocará explicarle que ya no estoy con ese idiota y que no le cuente nada a mi madre, porque ella cree que estoy con el anterior ex. Y no me fio de dejarla sola porque sé cómo son en el pueblo y sé cómo es Noelia.

—Tenemos que trabajar —dice Miguel interrumpiendo nuestra conversación, y yo asiento con la cabeza.

—Ni se te ocurra llamar a mamá, antes habla conmigo —le exijo cogiéndole el móvil de las manos para grabar mi nuevo número y salir corriendo con mi jefe.

— Ya es casualidad haber encontrado a ésta aquí —me quejo mientras él abre amablemente la puerta del copiloto de su coche.

—¿Es amiga tuya?

—Más o menos. Es decir, sí, pero no quiero que le cuente todo esto a mi madre.

—No debería haberle dicho que era tu marido, pero no es broma que debemos aparentar que es un matrimonio real, no podemos contar que todo es una mentira así como así.

—Pero quedamos en que en la oficina nadie sabría nada.

Miguel cierra la puerta del coche sin responderme, y me doy cuenta de que no me lo ha contado todo.

—¿Y bien? —pregunto cuando al fin entra en el coche.

Él sigue manteniendo el silencio y gira la cabeza para mirarme como el más culpable entre los culpables.

—Si no nos preguntan..., es decir, tampoco hay que ir anunciándolo, pero si nos preguntan como ha hecho tu amiga, vamos a tener que confirmarlo.

—Dios mío...

—Bueno, tampoco será tan grave casarse conmigo —dice ofendido. Y es la primera vez que lo veo así, realmente está ofendido.

—No es eso —le aclaro—. Es que todas son unas cotillas y van a pensar que soy la típica que ha pegado el braguetazo y que sólo me he casado por dinero, los rumores pueden ser terribles...

—¿Es que no existe ningún otro motivo por el que casarse conmigo? —susurra más para sí que para que le oiga yo mientras arranca el motor con la huella de su dedo, qué coche más raro.

—Podría enseñarles una foto de tu polla y lo entenderían todo... —respondo también en un tono bajo, más para mí que para que me oiga él.

Mientras me pongo el cinturón esperando que él acelere el coche me doy cuenta de que no nos movemos. Lo miro y no sabría interpretar lo que hay en sus ojos, ¿podría ser algo así como lujuria?

—Acabo de ver a ese detective, bésame —dice mirando hacia ambos lados y no soy capaz de negarme, ni de comprobar que el detective ese está por ahí fuera, porque cuando lo voy a hacer ya están sus labios sobre los míos y sus manos en mi nuca para acercarme a él.

No puedo hablar ahora, pero iba a preguntarle si me ha ocultado algo más que debiera saber, porque lo del detective, lo de fingir ante los demás que estamos casados realmente y toda esa mierda, no me la había dicho antes. Vamos, que me estaba engañando para que aceptara todo sin rechistar. Menos mal que me dijo lo de la abstinencia, porque si me lo llega a decir después..., lo mato. Aunque seguramente habría acabado haciendo lo mismo que estamos haciendo, pero me habría supuesto unos quebraderos de cabeza totalmente innecesarios. Como los que me están suponiendo las nuevas circunstancias que tenía calladas hasta ahora. Sin embargo no puedo abrir la boca, es decir, la tengo abierta y su lengua dentro, pero no puedo hablar para quejarme, y por si fuera poco ya sólo puedo pensar en llegar a casa y follármelo otra vez. Pero cuando se me pase el calentón y esté satisfecha, pienso pedirle explicaciones sobre todo lo que me ha ocultado.

No sé qué pensar sobre Míriam, supongo que podría entender lo que le ocurre con las de la oficina, pero como a mí nunca me ha importado nada de eso me cuesta un poco. No es que me importe demasiado lo que digan, pero tampoco me gusta, de hecho debería poner orden, se viene a trabajar, no a estar dándole a la lengua todo el tiempo. Incluso pensaban que me había liado con María, ¡pero si era la novia de mi hermano! Están todos locos y encima no se enteran de nada, porque van pasando información falsa de unos a otros durante el horario laboral, que por cierto pago yo.

—No me atrevería a poner un pie en la oficina si esto se sabe —me recuerda una vez más desde que hemos llegado a casa, y ni siquiera hemos follado aún, lo que me recuerda que tengo que cumplir con lo que me comprometí verbalmente.

—Se está haciendo tarde y luego tengo una reunión, quisiera cumplir con mis deberes antes de comer —digo para acabar con la conversación sobre lo que no le dije de las condiciones de la herencia.

Ella me mira confusa, creo que está dudando entre echar el polvo o seguir inquirendo sobre el tema. Decido acabar con sus dudas acercándome a ella y besándola de nuevo. Y por cómo se mueve entre mis brazos sé que ya se ha decidido.

—No quiero desaprovechar la oportunidad, pero no se me olvida —dice apartándose de mí lo

suficiente para poder recordarme que, aunque ahora me libre, no voy a ser perdonado fácilmente. Y sin embargo, en sus ojos ya veo el deseo, ya no hay vuelta atrás, de hecho se abalanza sobre mí y comienza a besarme y a moverse restregándose contra mi cuerpo.

Hay momentos en los que me importa más que otros que sólo quiera follarme por necesidad. Éste no es uno de ellos. De hecho creo que nunca será un problema mientras tenga su cuerpo así de cerca y excitado.

Sus ojos de vicio son adictivos y no puedo dejar de mirarla mientras beso sus labios.

—Vamos a mi habitación —sugiero y ella sonrío.

Miriam sigue enfadada, desde que hemos llegado a mi habitación sus movimientos son bruscos y dominantes. Y por alguna razón me pone todavía más, sobre todo cuando se ha echado encima de mí, haciéndome caer sobre la cama. Por no hablar de cuando ha empezado a besarme y a restregarse contra mi cuerpo mientras sujetaba mis muñecas con sus manos por encima de mi cabeza.

Nunca me he sentido tan deseado, es que ni siquiera pensaba que una mujer pudiera desearme. No había sentido nunca algo así, y comprendo que me gusta más de lo que puedo soportar, porque podría estar follando casi todo el día, tantas ganas tengo cuando está cerca.

Me gustaría pensar que ella siente lo mismo, que si tiene tantas ganas es por mí, y no por su adicción al sexo, pero si me comprometí a cumplir con sus peticiones fue precisamente porque alegó no poder soportar más de tres días sin follar. Es decir, aunque yo fuera otro, ella actuaría igual. No tiene nada que ver que sea yo el que está ahora bajo su cuerpo totalmente excitado y duro para que ella esté así, digamos que va de serie. Que ella esté excitada podría ir intrínseco a su personalidad y no dependería de mí.

De pronto aparta sus manos de mis muñecas y las lleva hasta mi cinturón, que desabrocha como si le fuera la vida en ello. Veo sus ojos de salida y todavía me pone más, si es que eso era posible, que tengo mis serias dudas.

Cuando creo que va a ir más despacio porque se dedica a mirarme la polla me sorprende sentándose a horcajadas y metiéndosela de un solo movimiento. No puedo evitar suspirar al sentir su húmedo interior, realmente está muy excitada, y aquí no hay nadie más, algo de lo que hago o lo que tengo le debe gustar, no sólo es porque esté como una chota, creo.

Empieza a moverse sobre mí y no sé cuánto más podré aguantar, tal vez debería pensar en las bragas de mi abuela o algo así para desmotivarme, pero es que cada vez que se mueve me vuelve loco. Y en el sexo hay cierta contradicción, cuanto más quieres parar, menos caso hace el cuerpo, y cuanto más quieres llegar, más se tarda. El cerebro y el cuerpo van a destiempo. Cierro los ojos para intentar calmarme, pero la oigo suspirar y no puedo evitar abrirlos para ver cómo se corre. Es una imagen demasiado sensual. Y mientras aumenta sus movimientos y comienza a gemir, y noto sus contracciones en las zonas más sensibles de mi polla, no puedo evitar sentir cómo el placer va recorriéndolas y cómo me deshago en su cálido interior. Es tan caliente y tan húmedo su sexo que no he podido aguantar, y creo que cada vez es peor, cada vez me corro antes.

Ella se deja caer sobre mí y sigue moviéndose, ahora más despacio. No sé si se habrá decepcionado por acabar tan rápido, pero me ha puesto tanto que sigo duro.

—Puedo seguir —aseguro temiendo haberlo estropeado todo. Otra vez.

Miriam se levanta de nuevo sobre mí y me mira con los ojos entornados para seguir moviéndose tan despacio como antes.

—Si te vieras desde aquí —susurro sin darme cuenta de lo que digo.

Dos días después.

No sé qué le pasa a Miguel, está rarísimo desde hace unos días. Y creo que está más salido que yo, o a lo mejor no es eso, y es que se toma el trabajo muy en serio, o los contratos verbales, o sus compromisos. A saber. A veces me gustaría pensar que tiene tantas ganas de follarse porque le gusta especialmente, pero otras veces dice cosas que me hacen pensar que sólo es una obligación que ha contraído al casarse y que tiene que cumplir para que no se me vaya la pinza y lo estropee todo tal y como le aseguré. Ahora me arrepiento de haber dicho aquello, porque no sé si realmente le gusta y por eso siempre tiene ganas o sólo es muy eficiente con lo que concierne al trabajo. Y para él esto es parte de su trabajo.

El problema es que cada vez me gusta más, incluso cuando no follamos, porque prácticamente estamos todo el tiempo juntos, según él porque el detective nos sigue y puede que nos esté espionando. Me parece un poco raro todo esto porque no he visto a ningún detective y porque no me lo había dicho antes de firmar el contrato, pero no me quejo porque los últimos dos días han sido como un sueño. Esto se parece demasiado a la realidad, es decir, el matrimonio es una farsa, pero nos comportamos como si realmente estuviéramos enamorados, incluso dormimos juntos, y acabamos abrazados cada noche. Y aunque al principio me pareció bastante raro, e incómodo, ahora despertarme a su lado y sentirle cerca de mí, me encanta. Sentir su piel caliente y su olor mientras dormimos, me hace hasta soñar con él cada noche.

Veo sus ojos abrirse lentamente y cómo me miran entornados y no soy capaz de decir nada, sólo puedo seguir mirándolo. No sé cuánto durará esto, pero espero que sea más de seis meses. Quisiera alargar la mano y acariciar su mejilla, pero me da miedo que piense que soy gilipollas, así que me abstengo y sigo mirándolo en silencio. Él tampoco se mueve, sigue mirándome al igual que hago yo. Se me ocurre que si le acaricio con la excusa de besarle, no será tan ridículo que le toque. Así que lo hago, subo mi mano hasta su mejilla y acaricio su suave piel unos segundos hasta que acerco mis labios hasta los suyos acercándome.

Bajo mi mano hasta su sexo y noto cómo se ha endurecido, en realidad creo que la tenía ya dura antes, básicamente porque por la noche lo noto en mi culo..., porque se pega como una lapa. Lo que no sé es cómo consigo dormir.

No entiendo cómo en la oficina aún no se han enterado de lo que hemos hecho, porque con lo cotillas que son... Sin embargo mientras pueda ocultarlo, mejor, no quisiera que se hablara sobre mí en ciertos términos... Si el único que sabe que estamos casados ya piensa lo peor de mí, ¿qué pensarían todos los demás? Aunque lo de Julio es algo que no entiendo. No sé por qué no se fía de mí, debe ser imbécil o algo. Tal vez deberían hacerle un reconocimiento los de prevención de riesgos laborales, porque podría tener un accidente por lo tonto que es y saldría caro a la empresa, que no atraviesa los mejores momentos económicos...

Cada vez que entro en el despacho de Miguel y está Julio, me mira así, con desconfianza. Y ahora sé que está ahí dentro, y Toñi, me ha obligado a llevarles unos papeles porque dice que ella tiene las piernas hinchadas. Lo hace aposta para que me enfrente con Julio, porque ha notado desde hace unos días que nos miramos como si estuviéramos en el duelo de un western.

Mientras camino lentamente, resignada a verle, llegan a mis oídos las dos voces, las de Julio y Miguel. Y aprovechando que en el ángulo en el que me encuentro no me ven las de la oficina, me quedo unos segundos en la puerta para escuchar lo que dicen. La voz de Miguel suena bastante dura y Julio parece nervioso. Y yo soy una cotilla.

—Tenía a alguien más en la oficina, alguien que le cubría.

—No puede ser Míriam, sé cómo es la gente y sé que ella no era.

—Te ha liado. Si lo piensas bien, puede que todo forme parte de un plan. ¿No ves que todo cuadra?

—Fui yo el que le propuso todo esto, además hay más cosas que no sabes... Es como un matrimonio de verdad, ¿comprendes?

—Podría ser todo para liarte.

—No, Julio.

—Deberías tener cuidado con ella, vigilarla.

—Ya lo hago. Estamos todo el día juntos, y no hace nada sospechoso.

La conversación me ha dolido más de lo que debería. En algún momento pensé que estar conmigo todo el día era algo que hacía más por gusto que por un supuesto detective que jamás he visto, pero ahora estoy comprobando que sólo pasa tiempo conmigo para tenerme controlada. Por lo que he podido escuchar el contable que hizo el desfaldo tenía a alguien en la oficina que colaboraba con él. Todo lo que hemos hecho juntos, comer, dormir, pasar la tarde, y la noche, en casa follando, riéndonos, hablando de nuestras cosas, todo eso era para vigilarme. Me siento mal ahora, y no me gusta. De hecho me da rabia y me están entrando unas ganas de estrangular a esos dos...

Miro a mi alrededor y compruebo que habría testigos, y también me doy cuenta de que alguien de la oficina es el verdadero culpable y siento curiosidad por saber quién podría ser.

Decido esperar para entregar los papeles porque no soy capaz de mirar a la cara a Miguel en este momento, y mucho menos a Julio. Y mientras estoy aún dudando siento la vibración de mi móvil en el bolsillo de mi pantalón.

Vuelvo a mi mesa, ocultando los documentos bajo el brazo del lado contrario a donde está Toñi para que no me dé la brasa diciéndome que no los he entregado, y me siento despacio para comprobar quién es.

—No me has llamado —se queja Noelia en un mensaje.

—Ahora no puedo hablar, pero puedo escribir por aquí o si quieres quedamos luego.

—Puedo quedar a la hora de comer, cuando salga de trabajar. Manda ubicación dónde quedamos.

Le respondo con un Ok y miro a mi alrededor, sospechando ahora de todos. Si pudiera hacer averiguaciones... Porque si encontráramos al contable y el dinero, ya no tendría que estar casada con Miguel. Me duele que no sienta una mierda cuando yo estoy hasta las trancas, sinceramente. Me duele y me jode bastante.

Tal vez podría encontrar al enlace en la oficina... Debe tener dinero, más que antes, aunque también podría ser inteligente y no demostrar que lo tiene, esperándose para gastarlo en el momento oportuno para que no cante demasiado.

—Ana —susurro a mi compañera más cercana.

Ella mueve su silla ligeramente para acercarse sin que se note, porque es evidente que busco confidencialidad para cotillear.

—¿Qué se sabe de la cena de empresa?

—Nada aún.

—¿Y de la lotería? ¿Queda?

—Creía que no querías comprar lotería.

—No sé, lo estoy pensando. Es que si han comprado todos...

—Casi todos, ya sabes cómo es esto.

—Ya, es que si hay que comprar todos los décimos es una locura. No sé si habrá alguien en la oficina que pueda permitírselo...

—Hay unos cuantos que lo están pillando todo.

La miro levantando una ceja y ella sonrío.

—Cuenta.

—José de recursos humanos —empieza a nombrar y me alegro de haberle quitado el bocadillo más de una vez—, Paula de marketing, Julio y todas las de siempre, pero las novedades son esos tres, aunque siempre compran bastante.

—Vamos que como toque uno de los que llevan todavía les odiamos más.

Ana se ríe por lo bajo y asiente volviendo a deslizar ligeramente su silla para llegar a su mesa como si nada hubiera pasado.

Es un comienzo, no he descubierto nada, pero hay gente que ha comprado bastantes décimos, y que antes no tenían dinero para comprar tantos, puede ser casualidad, claro, pero no sabía cómo empezar mis pesquisas y no soy detective. Aunque podría usar mis conocimientos con series de narcos para averiguar más. Analizando esas series, el dinero lo suelen meter en algún sitio, pero como no estamos en Colombia, y aquí no hay selva pues pasaré a otra serie... No lo habrá escondido bajo un árbol tampoco, como no haya ido al Retiro..., que lo dudo. El dinero debe estar en su casa o debe estar intentando blanquearlo comprando una lavandería, como hacen en otra de las series que me obligó a ver mi ex, no sé si era una lavandería o un lavadero de coches, pero algo de lavar y de dinero era, eso seguro. También podría ser que...

—Míriam, te llama Miguel, pregunta por los documentos que te he dado —dice bien alto Toñi para que la oigan todos y dejarme en evidencia.

—Estaba reunido —respondo también bastante alto para que escuchen la respuesta.

—Los necesita igualmente.

—Pues los tendrá, pondré todo mi empeño en ello —digo levantándome y agarrando los putos papeles como si fueran el cuello de esa mujer.

La veo poner los ojos en blanco y yo hago lo mismo, que manía me ha cogido esta mujer. Será cuestión de ir haciéndole putaditas cuando se vaya a comer... De hecho ahora mismo le voy a escupir en la botella, porque cuando salga del despacho es probable que se haya ido a comer, llamémoslo karma instantáneo, y digamos que yo soy el brazo armado del karma... Ésta será la primera de mis acciones...

Mientras camino decidida hacia el despacho, Eva, otra compañera que ya me conoce bien, me guiña un ojo sabiendo que tengo algo en mente, así que le devuelvo el guiño. Ya le contaré, que seguro que se ríe tanto como yo cuando la vea beber de su botella...

Abro la puerta y me cruzo con Julio que me mira entrecerrando los ojos cuando sale.

—¿Qué le pasa a ese? —pregunto obviando que les he escuchado antes.

—No le hagas caso, es un paranoico.

Su respuesta parece sincera y me confunde, ¿tal vez la conversación de antes se pueda interpretar de otra forma? ¿Es posible que Miguel no estuviera pasando el tiempo conmigo porque no se fie de mí y simplemente le guste? Aunque también podría darse el caso de que esté pegado a mí porque ese detective puede estar al acecho en cualquier momento y no quiere arriesgarse.

—¿Por qué?

—Porque de niño debió caerse de la cuna y no se fia desde entonces de nadie, y desde que Javier se largó con el dinero está aún más susceptible.

—Imagino que habéis intentado encontrarle...

—Claro —se limita a decir, pero no especifica más, tal vez tampoco se fie de mí, al igual que

Julio.

Dejo los papeles sobre su mesa y me mira de una forma a la que me he acostumbrado en cierto modo, aunque hoy me hace pensar en algo más.

—Me voy a comer, he quedado con una amiga.

—Espera... —dice desde el otro lado de la mesa de su despacho, sentado como si fuera un rey en su trono.

Me doy la vuelta y me quedo paralizada por su mirada color miel cuando se quita las gafas.

—¿Te gustaría hacer algo luego?

Me ha dejado sin palabras y más confusa que antes. Y por si fuera poco me acaban de entrar unas ganas de follarle...

Asiento con la cabeza y sigo sin poder moverme de donde estoy hasta que él se levanta.

—Hoy no he cumplido con el trato —dice encogiéndose de hombros.

Yo consulto el reloj del móvil y de paso veo que no tengo ningún mensaje de Noelia, así que tengo un margen de unos minutos.

—Puedes cumplir ahora —propongo sin poder ya respirar con normalidad.

Noelia no me interrumpe hasta que acabo de contar todo lo que ha pasado en realidad. De hecho yo aún no he probado la comida y ella casi ha terminado.

—Tía, esto sólo podría pasar aquí —calcula mirando hacia el vacío.

—Supongo.

—Tu madre no lo va a llevar bien.

—Ella no lleva bien ninguna de mis relaciones.

—Algo de razón llevaba —me recuerda y eso me mortifica porque es verdad.

—Teniendo en cuenta que una relación falsa es la mejor relación que he tenido en mi vida, tengo que admitir que sí, tenía razón.

—A lo mejor si se lo expones así lo entiende.

—Es que tampoco estoy segura de si estamos bien.

Le explico aún más cosas, todo lo que ha pasado, lo que siento, lo que él hace y que me confunde y espero su opinión para ver si me aclaro de una vez, porque ya no sé si de tanto pensar en Miguel estoy perdiendo la perspectiva. También espero a que hable ahora ella porque necesito comer, y si hablo es más difícil. Le pido ayuda con la mirada y empiezo a cortar el filete, ya frío en mi plato.

—Yo creo que le gustas —dice tras remover varias veces el café—. Es que si no, no tendría sentido que se le ponga dura... —se calla cuando aparece el camarero tras haberlo llamado hace un rato y le pide cambiar el azúcar por la sacarina.

—Podría ser un hombre muy eficiente que cumple sus contratos al pie de la letra.

Ella me mira cerrando un ojo más de lo normal a modo de expresión de lo absurdo de mi razonamiento y luego niega con la cabeza.

—Pero ningún hombre puede ponerse así por propia voluntad, creo yo.

—No sabemos porque no tenemos polla.

—Podemos consultar a alguien con polla.

—Podríamos hacerlo —asiento mirando a mi alrededor antes de pinchar otro trozo de carne para llevarlo a mi boca.

—Alguien que sea de confianza —recalca.

—Mejor —confirmo con la boca llena.

Vuelve a darle vueltas a su café con la cucharilla mientras el camarero le trae la sacarina, aunque se ha metido entre pecho y espalda como dos mil calorías en un plato combinado lleno de grasas... A lo mejor era para que se acercara el camarero otra vez porque le ha hecho ojitos.

—Si pudiera encontrar algo como lo tuyo —dice tras sorber su café con resignación.

—¿Algo como lo mío?

—No paras de follar, el tío se desvive por ti y estás súper enamorada.

—Un momento, es todo un teatro, nada es real, es como estar en mátrix.

—Pues que viva mátrix y que Morfeo se vaya a tomar por culo, pero yo no me iría de ese sueño. De hecho preferiría que no encontraran al contable si fuera tú...

—Ya, pero Julio no se fia de mí y le puede ir metiendo ideas de mierda a Miguel. Con lo agusto que estamos, aunque sea todo una mentira —me lamento volviendo a meterme el tenedor en la boca con un trozo demasiado grande de carne y un trozo de patata por si quedaba hueco en mi boca.

—Pues aún así no me importaría, si supieras la basura que encuentro en las apps de ligoteo... El mundo se acaba, Míriam, nos vamos a la mierda. No hay esperanza.

Yo la miro sin poder contestar porque tengo la boca llena, pero mis ojos muestran el horror de escuchar hablar sobre el apocalipsis, por culpa de apps de ligar... Asiento mirándola con los ojos muy abiertos mientras empieza a contarme todo lo que ha encontrado últimamente en esas apps desde que está en Madrid. Las primeras semanas se alojó en un hostel en el centro y la cosa no fue bien, vaya personajes encontró, pero es que ahora se ha ido a las afueras y la cosa es peor... Así está la pobre, se está volviendo loca y no se da cuenta. Habría que encontrarle alguien normal para que recuperara la esperanza en el mundo. Empiezo a pensar en los tíos que conozco en Madrid y voy descartando a todos porque están loquísimos.

—Tengo dos amigos en Madrid que son guapísimos, pero son gays, eran mis antiguos compañeros de piso, antes de mudarme con mi ex al piso nuevo... Por cierto se me ocurre preguntarles si un hombre puede empalmarse si no le gusta la otra persona. Así saldría de dudas sobre Miguel.

—Todos los hombres buenos o están casados o son gays, no nos queda esperanza, Míriam.

Capítulo 7

Al día siguiente.

Tenía razón Noelia: qué más da si todo es mentira, despertarme con la mirada de Miguel cada mañana es casi mejor que el sexo. No sólo la mirada, he notado sus caricias mientras estaba despertándome poco a poco. Además, hoy es sábado, y he decidido fingir que seguía durmiendo para que no dejara de acariciarme mientras sentía su erección en mi trasero.

Sus dedos se movían por mi cintura para abrazarme más a su cuerpo y yo seguía fingiendo dormir. Si es mínimamente inteligente sabrá que estaba despierta, pero no me importaba, porque no podía dejar de sentirle. No quería dejar de sentirle. Incluso quería acariciarle también, pero he tenido que contenerme porque entonces habría delatado que fingía dormir.

Después ha pedido que nos trajeran el desayuno a la cama y mientras le contaba cómo Toñi bebía de su botella con restos de mi ADN..., él no paraba de reír. Y eso me ha envalentonado y le he contado otras de las putaditas que les hago a los compañeros cuando se portan mal.

—Soy la mano del destino —afirmo mientras lo observo untar mi tostada con mantequilla—. Y la justiciera de la carretera —recalco por mi comportamiento cuando me adelantan para luego ir pisando huevos delante de mí—. Hay que poner orden en la autovía, y en el mundo. Y el destino y el universo han querido que sea así —aseguro encogiéndome de hombros ante sus ojos sonrientes mientras prepara el desayuno que en realidad ya está preparado, tal vez ha pedido que fuera así, que faltara algo para poder terminar de prepararlo delante de mí.

Decido hacer lo mismo con su tostada, no sé muy bien por qué, pero siento la necesidad de ser también amable con él, aunque todo sea cortesía sin ningún sentido. Él levanta la vista de la bandeja y me sonríe.

Es un poco raro, pero le devuelvo la sonrisa. Ojalá fuera real.

—Sabiendo todo esto, jamás te quitaré la plaza de aparcamiento, ni beberé de ningún vaso de agua que ofrezcas... —asegura riendo de nuevo—. Ni te adelantaría en la carretera...

—A ti no te lo haría —digo sin pensarlo demasiado mientras acabo de untar su tostada.

Se produce un silencio extraño y él ya no se ríe, lo descubro mirándome cuando alzo la vista hacia él, sentado frente a mí en la enorme cama.

—¿Por qué? —pregunta demasiado serio, tanto que me he puesto un poco nerviosa y se me cae el cuchillo en la sábana.

—¡Ya la he liado! —me quejo intentando limpiar la mantequilla de la tela.

—Déjalo —me ruega.

—Se va a quedar la mancha para siempre.

—No me importa —reconoce como si estuviera haciendo una declaración mientras coloca su mano sobre la mía para detenerme. No sé si lo dice con esa intención, porque también puede ser que con tanto dinero no le importe perder una sábana. Sin embargo su caricia en mi mano me deja sin palabras y sólo soy capaz de mirarlo a los ojos como una tonta—. ¿Por qué no lo harías? —vuelve a preguntar y tardo unos segundos en saber lo que está diciendo.

—No lo sé, tal vez me caes bien. Y tampoco haces nada malo como para castigarte, más bien todo lo contrario.

Él recoge la bandeja sin levantarse y la deja en la mesita. Lo observo moverse lentamente y después, cuando nada se interpone entre nosotros, se echa sobre mí tan rápido que no soy capaz de pensar. Sus labios están sobre los míos y se está abriendo la bata con una mano entre nuestros

cuerpos para después correr los bordes de la mía en un micro segundo, el que necesita para empalarme, tan fuerte que por poco se me sale el zumo del desayuno por los ojos. Cómo me ha puesto que haya empleado tanta energía, tanta impetuosidad. Todo mi cuerpo se contrae desde la primera embestida y aún es peor con las siguientes. No sé cómo lo hace, pero me ha puesto malísima. Y cada vez que follamos es peor, me pongo con más rapidez y me corro antes. A este paso me va a mirar y voy a tener un orgasmo.

Yo creía que tenía un problema... ¡Y él está peor que yo...!, calculo mientras bajo las escaleras para pillar algo de la cocina, porque pienso pasar el día escuchando música, comiendo y follando. Y hay que coger energías o no podré seguirle el ritmo. Me parece de locos decir esto, yo, que nunca había conocido a alguien que pudiera seguirme el ritmo a mí.

Cuando llego al final de la escalera, o el inicio, depende de la perspectiva, claro, veo que alguien acaba de entrar y a Rosana que viene hacia mí con la chaqueta del visitante.

—Ha venido Julio, y una chica que se me ha colado y dice que es su amiga.

Sonrío a Rosana que, afortunadamente, ahora sabe que sólo les ofrecí a ella y a Jaime hacerles la declaración de la renta, y no alguna extraña proposición sexual remunerada. Vaya confusión hubo el día que llegué... Al menos son discretos y no armaron un lío...

—¿Qué haces aquí? —pregunto boquiabierto mirando a Noelia de arriba abajo.

—Habíamos quedado —me recuerda y reconozco que tiene razón, pero con la polla de Miguel pierdo la memoria y tengo lapsus—. Además quería pillar ubicación para la app de ligar por otras zonas, porque sólo me van a salir cabras en 8 km a la redonda de donde vivo. No tenía que haberme mudado a las afueras, demasiado campo —se lamenta—. Por cierto, ¿quién es éste?

—Sólo es Julio, es como una cabra, pero no va por el campo... Ni siquiera lo pienses —le advierto por su propio bien.

Esta mujer está desesperada, tengo que ayudarla, porque ha mirado a Julio como si fuera una opción, y ya digo yo que no lo es.

—¿Cómo? —dice Julio indignado mientras me llevo a Noelia a alguna habitación en la que poder hablar sin testigos.

Yo no le presto atención y sigo mi camino hacia la habitación donde dormí la primera vez que estuve aquí.

—No está mal —susurra en mi oído mi amiga cuando cree que ya no nos oye.

—Es un estirado y encima no se fía de mí desde el primer día.

—Sólo hace su trabajo.

—Pues no lo hizo bien con el contable. Además, piensa que yo estoy metida en el ajo y está claro que es otro de la oficina.

—¿Se te ha ocurrido algo más para descubrir quién es?

—No me ha dado tiempo de pensar en ello —reconozco—. Digamos que es difícil concentrarse mientras... Mientras está Miguel cerca y sé que está empalmado.

—Sigo pensando que le gustas lo que no está escrito, porque no es normal que se porte así.

—Raro es, desde luego... A ver si tiene esa enfermedad, esa en la que la tienen dura y no hay manera de que baje, no recuerdo el nombre.

—Sí, la que tenía el chileno ese que conociste.

—¡Sí, era el chileno! Madre mía... —recuerdo y la miro aguantándome la risa—. Corramos un tupido velo.

—Corramos, corramos...

—Nunca mejor dicho... porque él ya se corrió bastante...

—¿Miguel es igual que él?

—Diría que es peor, para que te hagas una idea no se la he visto aún en modo “normal”, siempre está duro —pienso en voz alta, la verdad es que siempre está dispuesto, de hecho esta mañana ni se lo he pedido y ha hecho de todo.

—Pues o le pones muchísimo o realmente tiene esa enfermedad.

—¿Qué probabilidades hay en la vida de encontrar a dos tíos así?

—Las probabilidades aumentan proporcionalmente al número de tíos que has conocido en tu vida... —me recuerda y tengo que admitir que tiene razón.

—Tiene su lógica. O también puede que se tome los contratos muy en serio.

—No creo que siquiera lo pienses en serio, un tío no haría eso si no fuera porque le gustas, de hecho creo que para él es una excusa para follarte como si no hubiera un mañana.

—Sólo le interesa su empresa y recuperar el dinero.

—¿Y si localizáramos al contacto del contable y a partir de ahí al contable? Si recupera el dinero y sigue queriendo follarte sabríamos que es así.

—Está bien el planteamiento, pero hay varios problemas ahí, el primero es que si ellos, contratando a detectives profesionales, no han encontrado al puñetero contable, nosotras lo tenemos más difícil; segundo, si lo consiguiéramos y él no quisiera volver a verme, me sentiría fatal.

—Creo que soy capaz de apostar dinero a que él tiene mayor interés en ti que el que tú crees. Incluso más que tú.

—¿Cuánto dinero?

—Pues el que me queda en el banco —dice entrecerrando los ojos.

—Que deben ser diez euros.

—Pues más o menos —reconoce pensativa—. Tal vez veinte.

—No sé si quiero apostar veinte, es demasiado... Necesitaría conseguir más dinero, porque sólo me quedan diez —bromeo con expresión pensativa.

Ha venido Julio a mi casa, y ha entrado en mi despacho, un sábado por la mañana para, básicamente, molestar. Sobre todo con sus paranoias, pero también con sus preguntas sobre la amiga de Míriam. Tras media hora llenándome la cabeza con las teorías sobre manipulación de Míriam y sobre cómo podría haberlo tramado todo para robarnos junto a nuestro contable decido que ya es suficiente e intento echarlo.

Cuando al fin se ha tranquilizado y creo que se ha ido, irrumpe en mi despacho de nuevo con la cara desencajada.

—Ha dicho que necesita conseguir más dinero —dice fuera de sí—. Nos la va a liar —afirma muy nervioso mirándome con los ojos desorbitados.

Yo me levanto preocupado, aunque le conozco bien y sé que es muy exagerado, pero aún así el estado en el que se encuentra no es normal ni siquiera en él.

Está como cuando le da el jet lag y no hay quien lo aguante.

—A ver, nos calmamos y nos sentamos —digo en plural, pero el que se tiene que calmar es él y yo no pienso sentarme, necesito beber algo mientras él lo hace en una de las sillas frente a mi mesa.

—Las he oído hablar en una habitación. Y Míriam ha dicho que no quería apostar veinte, que necesitaba conseguir más dinero.

—¿Apostar veinte? —pregunto volviendo la cabeza hacia Julio y despegando la vista del whisky que estoy vertiendo en un vaso.

—Veinte mil euros, veinte millones. ¿Cómo quieres que lo sepa? Tendrá todo el dinero guardado, tal vez enterrado en el campo, ¡por eso la otra ha dicho que vivía en el campo!

No sé de qué cojones está hablando pero no quiero entrar en ciertos detalles sobre “la otra”, o esta conversación, o más bien monólogo, porque se puede eternizar.

—No entiendo nada de lo que dices. Sé conciso, por favor.

—No voy a poder estar tranquilo si sigues casado con Míriam, yo también he dedicado mi vida y mi dinero a esta empresa, y podemos perderlo todo por culpa de una chica que hace lo que quiere contigo.

Si supiera lo que hace conmigo..., pero mejor me callo algunas cosas, porque no quiero que piense peor.

—Lo investigaré, puedes irte tranquilo —pruebo a echarlo a ver si hay suerte—. Seguramente has oído mal o fuera de contexto.

—No he oído mal —se queja cuando ya le estoy empujando hacia la puerta aprovechando que se ha levantado para dar énfasis a sus palabras.

—Lo investigaré —repito cuando ya está en la puerta de mi despacho—. No te preocupes. Ahora vete a casa y relájate.

—No voy a poder relajarme en casa —dice resistiéndose a irse, por lo que me veo obligado a empujarle hasta la puerta principal de mi casa, para asegurarme de que se va realmente.

Cuando llego al vestíbulo me doy cuenta de que detrás de nosotros están Míriam y Noelia al pie de la escalera.

—¿Podría quedarse Noelia unos días hasta que encuentre otra habitación?

No soy capaz de negarle a Míriam nada de lo que me pide, y esto tampoco es excepción. Asiento con la cabeza y le cierro la puerta a Julio en las narices, no quiero que diga nada delante de ellas.

Ahora tengo dos problemas, y tienen nombre propio, Noelia y Julio. A primera hora de la tarde se ha vuelto a presentar Julio en mi casa con un ataque de histeria diciendo que tenía pruebas del detective sobre el cómplice de Javier. Le llevo hasta mi despacho porque no quiero que Míriam oiga nada, no es que no me fie de ella, pero al final Julio ha conseguido volverme un paranoico como él. Aunque me resisto a pensar que Míriam pueda tener algo que ver, no tendría ningún sentido. Sobre todo no quiero que oiga nada por si Julio se pasa y la acusa directamente, porque está muy nervioso.

—¿Qué ha averiguado? —le pregunto tras cerrar la puerta a mi espalda.

—Hay acceso desde la oficina a una cuenta donde han hecho ingresos periódicos.

—¿Desde qué despacho?

—No es un despacho, es desde la red de las secretarías... —insinúa alzando una ceja. Está aludiendo a Míriam.

—Podría ser otra.

—Te empeñas en defenderla y todo apunta a ella. Y ahora esa amiga suya incluso se ha instalado aquí... Es todo demasiado sospechoso.

Me hace sentir muy confuso, no sé hasta qué punto pueda tener algo de razón, pero también es tarde para que eso importe porque estoy atado de pies y manos.

—Ahora estamos casados, tú eres testigo de la boda —le recuerdo.

—Ya, pero se me ha ocurrido que mientras no salgamos de esta casa, podremos averiguar la verdad, y si es ella no podrá hacer nada si estamos todos aquí encerrados. Además, si sigue así la investigación podríamos recuperar el dinero, ya sabemos algo más que hace una semana, podríamos anularlo todo y no tendrías que seguir casado con Míriam.

—Un momento —le detengo ahora que se ha embalado—. ¿Has dicho que no salgamos? —pregunto asustado.

—Claro, nos encerraremos aquí y hasta que no confiesen no saldremos ninguno —afirma con los ojos muy abiertos como si hubiera perdido la razón.

—No creo que sea necesario llegar a algo así, que el detective siga haciendo averiguaciones, para eso están los informáticos y la gente que trabaja con él. No nos volvamos locos —intento tranquilizarlo, porque éste es capaz de cualquier cosa como por ejemplo secuestrarnos o meternos en el sótano hasta averiguar todo lo que se haya propuesto—. Será mejor que vuelvas a casa..., te relajas y el lunes nos vemos en la oficina —le aconsejo dándole unas palmadas en la espalda.

—No pienso moverme de aquí hasta que sepamos si es ella. No veo que tengas interés, sé que te gusta más de lo que dices, pero te recuerdo que también es mi dinero el que han robado y no voy a perder a esas dos de vista.

Si esta mañana tenía un problema, ahora tengo dos, Noelia y Julio. Sigo creyendo que Míriam no tiene nada que ver, es que no tendría ningún sentido. Si fuera ella se habría alejado todo lo posible de mí, para no levantar sospechas. Julio se está equivocando, pero como me ha acusado de estar enamorándome de ella y no ver con claridad la realidad, he tenido que consentir en que se quede en mi casa para que se tranquilice. Sólo espero que no nos encierre en el sótano esta noche para averiguar si Míriam tiene algo que ver con el desfalco que hizo mi ex-contable Javier.

Mientras Julio se instala en una de las habitaciones observo cómo Míriam se está arreglando en nuestra habitación y no soy capaz de respirar cuando veo cómo va vestida. Ella me mira y sonrío, y yo sólo deseo besarla. Y lo hago. Me acerco cerrando la puerta con el pie y la sujeto desde la espalda mientras se mira en el espejo de cuerpo entero que hay junto a su lado de la cama. Le doy la vuelta y la miro a los ojos antes de meterle la lengua cuando abre ligeramente sus labios mientras mira los míos.

—Hoy ya has “cumplido” —susurra ella cuando suelto sus labios unos segundos para poder respirar con más normalidad.

—Me tomo mi trabajo muy en serio —alego sujetándola por la nuca para volver a besarla.

—Comprendo —susurra, separándose ligeramente, con un tono grave que no llego a comprender. ¿Acaso he dicho algo malo? — Tengo que irme —susurra de nuevo y no entiendo qué ocurre. ¿Qué he dicho para que se ponga así?

Decido volver a besarla para intentar borrar esa mirada seria de su rostro y comienzo a calentarla acariciando todas sus zonas sensibles, todas las zonas que ya conozco y que sé cómo reaccionan. Noto cómo se destensa y siento un alivio enorme, necesito estar dentro de ella y necesito aliviarme yo también, aunque en otros sentidos. No sólo físicamente, que ya llevamos bastante alivio la última semana, necesito sentir que está bien, que no está enfadada.

Le tomo la mano y la llevo hasta la cama. No se resiste, sino que se acuesta y comienza a quitarse la ropa. Noto algo en sus ojos, deseo y confusión. Sé que hay algo que le ha molestado pero no me atrevo a preguntar, así que decido seguir actuando, que creo que está funcionando bastante bien. Al menos conozco su punto débil y puedo actuar en consecuencia.

—¿Dónde vas a ir? —pregunto abriendo sus piernas y quitándole las braguitas sin molestarle

en quitarle la falda mientras está acostada, observándome con los ojos entornados cómo le acaricio los muslos mientras lo hago.

Su respiración se acelera y entrecorta mientras me mira desde la almohada y abre la boca para responder, pero no dice nada cuando acaricio su clítoris con el pulgar. En lugar de responder gime con un sonido apenas audible. Decido volver a hacerlo para oír de nuevo sus gemidos.

—¿Dónde vas a ir? —vuelvo a preguntar mientras sigo acariciándola en tan delicado lugar, pero ahora la miro a los ojos.

—No lo sé, Noelia me iba a llevar de fiesta. Sólo me ha dicho que me arregle para salir porque quiere ligar y no puede ir sola.

No digo nada más, sino que bajo mi cabeza a su sexo y comienzo a jugar con él con mi lengua, y siento bajo ella cómo se tensa cada vez más, siento su calor y su humedad. Y no sé cuánto podré aguantar sin metérsela hasta que vuelva a gritar y gemir como cada vez que lo hago.

—Julio está insoportable, tal vez deberíamos llevarlo con ella a ver si nos deja tranquilos — sugiero moviéndome ahora hacia su boca para besarla y seguir tocándola con mis dedos en su sexo.

—¿Julio?

—Ya te contaré, pero creo que quiere secuestrarnos, está paranoico...

Ella ya no dice nada porque meto mis dedos en su interior y cierra los ojos para soportar el placer.

—Si pudieras verte... —susurro mientras la observo, es la viva imagen de la sensualidad.

Ella abre los ojos y me mira confusa, pero también con mayor deseo que antes. No me da tiempo a pensar qué hacer porque comienza a desabrocharme los pantalones como una posesa y en menos de dos segundos tengo su sexo pegado al mío buscando que entre en su cuerpo.

Intento bajar los pantalones a los pies, pero no me deja, está como una loca. Ya sabía que le gustaba el sexo pero no imaginaba que tanto. No voy a quejarme, pero quisiera que sintiera esto, este deseo, por mí y no sólo por hacerlo. Es decir, creo que le daría igual si yo fuera otro, y aunque intento no pensarlo, me gustaría que fuera por mí, que le gustara cómo lo hago yo, no que lo haga sin más para aliviar su ansia y poder controlarse. Sé que es un contrato, sé que no hay nada más, que hemos hecho un trato y hay que cumplirlo, pero me gustaría que sintiera algo más. Y a veces imagino que es así, a veces creo que le gusta algo más de mí, y no hay forma de explicar cómo me hace sentir eso, tal vez feliz sería una buena manera de comenzar.

He liado a Julio para que nos acompañe junto a Noelia y Míriam. Se me ha ocurrido que se entretenga con ella, a ver si así nos deja tranquilos, de hecho le he contado mi plan a Míriam, porque realmente no creo en absoluto que sea ella y necesito que alguien más esté al tanto de todo. Claro que cuando he pensado en que sería buena idea no sabía que entraríamos en una discoteca donde yo me siento el abuelo de los presentes. No es que sea tan mayor, pero es que jamás había entrado en una y veo demasiada gente joven. Por lo general llevo media vida entrando en restaurantes o clubes donde la gente supera los cuarenta, o mejor dicho, los cincuenta años, y todo esto es demasiado nuevo para mí. Me siento raro en un lugar así. Miro a mi alrededor y veo a Míriam y a Noelia en su salsa, no les parece un lugar horrendo, sino que tienen sendas sonrisas en sus rostros mientras van moviendo el trasero al ritmo de la música a medida que nos adentramos en el local.

—¿Habías venido alguna vez a un sitio así?

—No me gusta —se limita a decir Julio con cara de pocos amigos, pero ha accedido a venir

para vigilarlas, así que no se puede quejar, porque les ha asegurado a ambas que le encantaba la idea de salir un sábado por la noche y ponerse “hasta el culo”, ha dicho literalmente. No sé de dónde habrá sacado esa expresión, imagino que lo habrá oído en uno de esos programas reality de jóvenes que no paran de beber. Creo que Noelia ha accedido a traer a Julio a este lugar por dos razones: para reírse de él y porque en el fondo le gusta. Cosa que me ha confirmado Míriam, reacia al principio a que Julio se liara con su amiga, pero conforme cuando le he explicado la situación a grandes rasgos, porque no quería explicarle concretamente que sospecha de ella y de su amiga.

—Vamos a emborracharlo —susurra en mi oído Míriam, tirando de mi brazo para que sus labios estén a la altura de mi oreja.

La miro alzando una ceja y, tras pensarlo unos segundos, asiento, creo que es la mejor opción.

—¿Qué música es ésta? ¿Es la que usan en Guantánamo para torturar a los presos? —pregunta Julio desde el otro lado.

—Creo que esa era heavy metal.

—Tienes razón —afirma pensativo—. Esto es peor, al menos no tiene desperdicio como método de tortura.

—Calla que como te oigan van a sospechar que has venido para vigilarlas, deberías beber un poco para disimular lo de “ponerse hasta el culo”.

Él asiente decidido y se acerca a la barra adelantándose junto a Noelia mientras yo suspiro aliviado.

Si Julio supiera que le he contado parte de lo que él me ha confiado a Míriam, se enfadaría bastante, pero es que no puedo creer que ella tenga nada que ver con el robo y necesito una aliada para mantener alejado a Julio de mí o me va a contagiar sus “neuras”, aparte del estrés que me provoca, que no necesito en estos momentos. El detective se encargará de todo, y si hay suerte recuperaremos el dinero, y si no la hay ya estamos saliendo del pozo gracias al dinero que he conseguido de la herencia, al casarme con Míriam. Sólo hay un problema, si encontráramos el dinero y ya no fuera necesario seguir casado con ella... Ya nada sería necesario, es decir, no tendríamos que compartir nuestras vidas en la misma cama, en la misma casa, juntos... Y una parte de mí no quiere que encontremos el dinero. No contaba con ello, a corto plazo al menos, pero parece que ese detective es bueno, y ver cerca el final de todo esto me está generando una ansiedad que tampoco necesito, por eso quiero a Julio lejos. Lo que menos necesito es que me recuerde que lo que tengo con Míriam acabará más pronto que tarde. Y tampoco necesito su estrés añadido por sus paranoias.

Pensando en los problemas de perder a Míriam la pierdo ahora entre la gente y empiezo a ponerme nervioso, no sé qué me pasa con ella, no entiendo qué me ocurre, jamás había estado así por nadie. Claro que, tampoco había tenido pareja, al menos no en el sentido estricto, sólo algún escaqueo amoroso que no llegaba a nada porque la chica en cuestión cambiaba de opinión respecto a mí. Empiezo a ponerme nervioso y ni siquiera entiendo por qué, probablemente esté bailando por la sala o haya ido al baño... Sin embargo, aunque mi cerebro me dice que qué más da, no puedo dejar de mirar a mi alrededor para buscarla.

Está en la barra junto a Noelia, mientras Julio está bebiendo de un vaso de tubo, arrugando la nariz mientras lo hace. Qué imagen más absurda... Entonces cruza la vista conmigo y se acerca intentando no tocar a nadie, o mejor dicho, intentando que nadie le toque, pero es difícil porque hay mucha gente y todos se apretujan entre ellos. Julio llega hasta mí con dos vasos y me da uno, que miro con desconfianza, pero no me queda más remedio que beber, porque se supone que hemos venido porque nos encanta este lugar...

—No sé qué ha pedido esa mujer, esto debe ser veneno —asegura dando otro sorbo. Empieza a toser y con la mano que tiene libre se seca las lágrimas—. No estoy acostumbrado a esta basura.

—Le has dicho esta tarde que prácticamente vives aquí —le recuerdo y acepta poniendo los ojos en blanco y dando otro sorbo.

Miro a mi alrededor y tampoco estoy agusto, pero tengo que soportar este lugar. En realidad estoy aquí porque necesito estar con Míriam, necesito sentirla cerca. Lo mío debe ser un caso clínico digno de ser estudiado. Sigue en la barra cuando mis ojos vuelven a ella. Noelia está pidiendo otra bebida inclinándose sobre la barra de nuevo y Míriam se mueve hacia la zona de baile.

—Vigila a Noelia —le grito a Julio, porque la música techno ya me ha dejado sordo. Espero que este dolor de oídos y la sordera que conlleva se pasen durmiendo y no sea permanente. O de lo contrario necesitaré un asistente que atienda todas mis llamadas por mí, o podría comunicarme por e-mail exclusivamente.

Camino hacia Míriam, que está rodeada de gente, sobre todo del género masculino, mientras baila en medio de la sala. No me siento cómodo en este lugar, pero necesito tocarla, necesito tener cerca a esa mujer. Cuando la tengo a unos centímetros ya no oigo esa maldita música, sólo puedo escuchar cómo palpita mi corazón a mil pulsaciones por minuto y cómo sus ojos se entornan al verme. A veces creo que realmente me desea, a veces, cuando me mira así, cuando gime bajo mi cuerpo o cuando respira excitada en mi piel, creo que, tal vez, le gusto.

No habría imaginado jamás estar siquiera cerca de una mujer como ella, siempre pensé que este tipo de chicas estarían con el musculitos del gimnasio, o incluso con alguno de mis hermanos o amigos de la universidad, que se ligaban con su palabrería a todas las chicas, mientras yo me quedaba solo estudiando porque no le veía ningún sentido a intentar hablar con una mujer para no conseguir nada más que el rechazo. Sin embargo, ella ahora está alargando su mano derecha, ya que en la izquierda está sosteniendo su vaso, para alcanzar mi cuello, para que me acerque a sus labios y besarme.

—Me pones tanto —dice en mi oído y cierro los ojos deseando que sea verdad.

Y cuando la beso noto el sabor a alcohol y tengo la esperanza de que sea verdad porque los borrachos siempre dicen la verdad. El vaso cae de su mano izquierda y sé que acaba de romperse en mil pedazos bajo nuestros pies, pero a nadie le importa, todos siguen bailando y ella alarga la mano izquierda, ahora también libre, para acariciar mi cuello mientras con la derecha agarra mi polla metiendo su mano por dentro del pantalón. No sé qué llevaba el vaso que me ha dado Julio, pero creo que Míriam está notando en su mano lo que me han provocado el alcohol y ella misma por tenerla cerca.

Sus ojos se entornan de nuevo al comprobar lo que me ocurre y empieza a restregarse contra mí al ritmo de la música tras sacar su mano de mi pantalón.

—No sabes cómo me gusta esto —dice en mi oído cuando me acerco para besarla.

Supongo que esto es lo que se siente cuando se sale de “fiesta”, por eso la gente repite cada fin de semana. Hay una emoción especial en este lugar, a pesar de la música estridente y de la masificación. Lo que al principio me parecía agobiante ahora es como si estuviera pensado para crear esta euforia. Es muy extraño.

Ella deja de besarme y me mira decidida. No sé que quiere hasta que tira de mi corbata y me lleva como si fuera su esclavo, creo que he visto esta escena en una película del estilo de cincuenta sombras, pero sin corbata, sino con una correa...

Ahora mismo me dejaría llevar donde ella quisiera.

Capítulo 8

Es tan fuerte todo lo que está pasando entre nosotros. Jamás habría imaginado al "señor Garmendia", mi jefe, en una discoteca, así, bebiendo, moviéndose contra mi cuerpo con una erección que no me cabe en la mano, y besándome con tantas ganas. No puede ser simplemente por cumplir con el trato que establecimos, es que es de locos.

Cada vez que pienso en cómo me mira cuando follamos, en cómo deslizaba esta tarde su lengua por mi sexo tras quitarse las gafas. Es que es el "señor Garmendia", el aburrido jefe que todas miran como si no fuera un hombre, sino "el jefe", el jefe aburrido y serio, y sin embargo hace unas cosas con esa lengua, y con esa polla... Esto es de locos, vuelvo a pensar, mientras tiro de su corbata para llevarlo al coche o al aseo para follármelo de nuevo. El caso es que se deja llevar, y no sé muy bien dónde voy, todavía estoy afectada por el alcohol y mis pies van solos, automatizados, sin que gobierne mi cerebro. O tal vez mi cerebro ahora se encuentra en otra parte de mi cuerpo y no dentro de mi cabeza.

Me sigue hasta salir de la discoteca por una puerta lateral, de emergencia, que es lo que tengo yo ahora, una emergencia, pero por follármelo.

De pronto me acuerdo de Noelia, que se ha quedado sola.

—¡Noelia! —digo recuperando algún recuerdo de mi vida anterior a los labios y la lengua de Miguel.

—Estaba besando a Julio.

Es algo que no quiero analizar ahora, pero qué asco...

—Pobrecilla, esas apps de ligar la han vuelto loca —resuelvo y vuelvo a tirar de Miguel, pero esta vez de su mano—. ¿Dónde está el coche?

—No estoy en condiciones de conducir —reconoce y ahora es él quien me lleva hasta la calle principal, donde hay una parada de taxis.

No hemos dejado de sobarnos y tocarnos durante el trayecto hasta la habitación, incluso cuando hemos entrado en su casa, hasta llegar a la planta de arriba, en cada escalón nos metíamos mano y luego en su habitación ni siquiera ha dedicado tiempo a desnudarme. Esto no puede ser por cumplir con su trabajo, esto es algo más. Aunque esta tarde ha dicho que se tomaba su trabajo muy en serio, como si esto no fuera nada más que eso.

—Señor Garmendia —digo cuando me empala con ese aparato que lleva equipado entre sus piernas. Jamás habría imaginado todo lo que es capaz de hacer este hombre. Siempre parecía tan serio cuando le veía en su despacho, tras sus gafas, enfrascado entre documentos y pantallas...

Mientras sigue moviéndose en mi interior no puedo dejar de llamarlo por su apellido, no sé por qué, tal vez por el alcohol o tal vez por el morbo que tiene llamarlo así... Sin embargo, mientras sigue penetrándome, en mis oídos resuena mi nombre pronunciado con deseo por sus labios.

Al día siguiente.

Me despierto y veo el rostro compungido de Miguel mientras duerme. Me parece que va a tener un dolor de cabeza nada envidiable, pero aún así no puedo evitar pensar que es atractivo, incluso en estado comatoso. Acaricio suavemente su mejilla, ya que ahora no se va a enterar de lo que

estoy haciendo, incluso le doy un beso cariñoso.

Es mejor dejarlo dormir un rato más, no quiero despertarlo y que me vomite encima, pero yo sí tengo hambre y decido bajar a la cocina. Años de experiencia me han proporcionado súperpoderes, súperpoderes alcohólicos...

Cuando cierro cuidadosamente la puerta para no despertar a nadie, la de enfrente se abre también y veo a Noelia, que me mira encogiéndose de hombros.

—¿Qué pasó anoche? —pregunto entrecerrando los ojos.

Ella cierra la puerta también sin hacer ruido y me hace sospechar todavía más.

—No preguntes.

—No estará ahí dentro, ¿verdad? —me veo obligada a preguntar.

—No exactamente.

—Bueno, o está o no está —digo un poco más nerviosa que antes.

—Está, pero no es lo que parece.

Alzo las cejas y no sé qué decir, está claro que se lo ha follado. No es que parezca o no, es que no hay duda. De pronto se vuelve a abrir la puerta y sale Julio con el aspecto de haberle atropellado un camión.

—¿Qué llevaba esa bebida?

—Llevaba nuestra receta secreta —respondo con una sonrisa. Me cae fatal, y encima piensa que tengo algo que ver con lo que hizo el contable. Es un capullo y me gusta verle así de resacoso.

—Tú tienes un problema mental.

—Problema mental era el nombre de mi grupo punk, y también es lo que tú tienes, pero a mí no me echas en cara tus estupideces y tus sospechas de mierda.

—Es verdad, el grupo —recuerda Noelia mirando al vacío—. ¡Qué tiempos!

Julio nos mira y abre la boca para decir algo, pero se ha quedado sin palabras. Decide dar la vuelta y desaparecer mientras Noelia y yo empezamos a reírnos de él.

—¿En serio te lo has follado?

—No me lo he follado, sólo es que llegó a la habitación y luego no teníamos cuerpo para movernos de la cama.

La miro con total desconfianza en lo que dice.

—¿Y cómo llegó a tu habitación? ¿De tu mano?

—Más o menos, es que..., tampoco me acuerdo del todo bien.

—¿No recuerdas que te enrollaste con él en la discoteca?

Pues parece ser que no lo recuerda, porque me mira boquiabierto y luego mira hacia el lado del pasillo por el que ha desaparecido Julio.

—Odio cuando no me acuerdo de lo que ha pasado, es que encima que lo he hecho ni siquiera lo he disfrutado —se lamenta—. ¿Habrá pasado algo más? Aunque llevaba la ropa puesta.

—Teniendo en cuenta que es Julio, es mejor que no lo recuerdes.

—¿Me gustó?

Decido no responder a su pregunta, porque, ¿cómo podría saber la respuesta? Además, no creo que sea buena idea. Anoche me propuso Miguel que podríamos deshacernos de ambos si les dejábamos solos, más o menos, pero de ahí a que una amiga se líe con ese gilipollas, ya va un trecho.

—Vaya cara llevaba... —digo para disuadirla de lo que quiera que sea que esté pensando.

—Pues la tenía entre las tetas cuando me he despertado —asegura caminando hacia la escalera por delante de mis ojos mientras la observo paralizada en medio del pasillo.

Al día siguiente.

Volver a la oficina después de una semana casada con el señor Garmendia y follando como si estuviéramos poseídos, es raro como poco. Y por si fuera no fuera suficiente siento las miradas de las compañeras sobre mí y no sé si es porque me sugestiono con que se van a enterar, porque tengo en la cara grabado a fuego que estoy ocultando algo o porque se han enterado de algo sobre nosotros y los rumores están floreciendo como los pétalos en primavera.

Me siento en mi silla como si no me diera por vigilada y enciendo el ordenador.

—Shhhh —oigo a mi izquierda y acerco mi silla moviendo los pies lentamente para atender a la llamada mientras las ruedecitas se deslizan por el encerado suelo de la oficina.

—¿Qué pasa hoy?

—Hay un compañero nuevo. Todas están hablando de él, y ha preguntado por ti.

—¿Por mí?

—Sí, además está buenísimo.

—Yo nunca tengo suerte, al menos de la buena, la mala suerte ya es otro cantar... —pienso en voz alta—. ¿Quién es? ¿Por qué ha preguntado por mí?

—No lo sé, pero Toñi está que rabia de la envidia.

—Tendré que ofrecerle un vasito de agua... —calculo para mis adentros, pero no me he dado cuenta de que lo he dicho realmente. Ana me mira y se ríe. Será mejor que invente otra cosa. Alguna putadita se me ocurrirá especialmente para ella. Debería ser un honor para cualquiera que dedique una putadita pensada en exclusiva para su ser.

Vuelvo a mi sitio deslizando la silla por el suelo, de nuevo sin hacer ruido, y hago como que trabajo, pero en realidad estoy pensando en qué hacerle a Toñi. Bueno, ya tendrá que ir a comer, o al aseo, y yo seguiré aquí para joder...

Ana finge toser y alzo la vista para toparme con un hombre envuelto en un traje gris que marca lo que hay debajo haciendo pensar que seguramente va al gimnasio más de cuatro horas diarias, por lo menos.

Por la tos de Ana imagino que éste es el nuevo, el que había preguntado por mí. No entiendo por qué preguntaba por mí si no lo conozco de nada.

No le quito ojo de encima hasta que pasa por delante de mi mesa sin detenerse, aunque sí me mira y de paso me sonrío guiñándome un ojo. Con mucha dificultad me mantengo en mi mesa hasta que entra en la sala de reuniones, que es cuando vuelvo a deslizar mi silla hacia Ana para preguntarle cuál es su puesto y qué sabe de él. A lo que ella me responde con que todavía no lo tiene claro, pero que Toñi debe saberlo.

—Con Toñi hemos "topao" —respondo apesadumbrada y regreso a mi mesa.

—Las del fondo que no paráis de cuchichear, aquí se viene a trabajar —grita Toñi desde su mesa.

Nosotras no le respondemos, sino que nos miramos con la complicidad de hacerle juntas la putada que está por definirse aún.

—Hablamos en la comida —le susurro y ella asiente.

Dos horas más tarde Toñi se levanta y se dirige hacia el aseo, es mi oportunidad de hablar con Ana.

—Vamos a joderle el ordenador —le susurro y ella sonrío.

—¿Qué has pensado?

—Cambiarle la contraseña.

—Un poco básico, además, en seguida se lo arreglarían los de informática.

—Es que esa será la primera de muchas acciones. Vamos a ir cambiándole las cosas de sitio, cambiando contraseñas en sitios de su ordenador, añadiendo sólo un número más. Por ejemplo, ahora ya no tiene su cumpleaños, ahora tiene Toñi58, le ponemos Toñi59. No sé si comprendes el alcance. Cuando los de informática le digan que es el siguiente número dudará si lo ha cambiado ella porque le ha vencido la contraseña, y así con todo. Será muy sutil, y la volveremos loca, poco a poco...

Ana me mira frunciendo el ceño pero noto en sus labios cómo le gusta la idea porque se está aguantando la risa.

—Estás loca, pero me gusta.

—Necesitaré tu ayuda, para cubrirme. Tenemos que salir juntas a comer antes que ella o sospechará de mí, ya me ha pillado alguna vez en su ordenador cuando el mío se ha bloqueado.

—Si sale bien seremos las heroínas de la oficina.

—Del edificio... —corrijo.

—Atenta que ya vuelve —me avisa y regreso a mi mesa.

Miguel sale de la sala de reuniones junto al nuevo, Julio y dos abogadas. No sé qué se traen entre ellos, pero algo pasa y no me lo han contado. No sé si me da más rabia no saber qué pasa o que no me lo haya contado Miguel, creía que estábamos juntos en esto.

Miguel me mira de una forma rara, como si quisiera decirme algo, pero no leo ni mentes ni miradas y como no me mande un mensaje al móvil no voy a saber qué quiere decirme. Señalo el móvil con los ojos y él comprende lo que quiero decir, y camina un poco más lento que los demás para sacar su móvil y enviarme un mensaje.

“Nos vemos en el parking en cinco minutos.”

Ana se acerca a mi mesa cogiendo el bolso como seña de que nos vamos a comer, lo hace para que nos vean todos, pero no se da cuenta de que lo ha hecho en el peor momento, al menos el peor para averiguar qué quiere decirme Miguel.

Aunque podría salir de la oficina, decirle a Ana que vuelvo para "arreglar" el ordenador de Toñi y realmente ir al parking; ya me ocuparé de Toñi más adelante, que tampoco me iba la vida en ello, sinceramente.

Esperamos a que todos nos vean irnos y bajamos en el ascensor paralelo al que han usado los “jefes”.

—¿Lo conocías? —pregunta Ana y tardo unos segundos en comprender a qué se refiere.

—No, ¿pero ha preguntado por mí específicamente?

—Más o menos, sólo ha preguntado por la otra secretaria, pero lo ha dicho de una manera... Realmente es más cómo lo ha dicho que lo que ha dicho. Lo que pasa es que la gente magnifica las cosas y parecía que os conocíais y que habíais tenido algo.

—Madre mía —me limito a decir. Si ellos supieran que me he casado con el jefe y que me lo estoy follando cada cinco minutos... Sería la comidilla de la oficina... Menos mal que no se sabe nada, y espero que esto quede oculto por el resto de los días que siga trabajando aquí. Aunque si sale todo bien y finalmente nos divorciamos, tendría dinero para aburrir, o para dejar de ser secretaria. O al menos para buscar otro trabajo con tranquilidad o montar mi propia gestoría.

Sin embargo, ya no vería más a Miguel...

Tal vez aunque nos divorciemos podríamos seguir viéndonos, no tendría que terminar todo en ese momento, pero, ¿y si no quiere? Él sólo está haciendo lo que es necesario para seguir con su plan inicial, no significa que tenga mayor interés en mí, y si a veces parece tenerlo pueden ser imaginaciones mías.

Cuando llegamos abajo le digo a Ana que me quedo en el ascensor y que pararé en otro piso

para subir por las escaleras de emergencia. No habíamos hablado sobre el plan, pero ella asiente ajena a mis propios planes. En lugar de subir, aprieto el botón del -1 para ir al parking, concretamente a la plaza de aparcamiento de Miguel.

Él ha llegado antes que yo y ya está esperándome, tan atractivo como siempre, de hecho está más atractivo que antes. Ahora mismo le besaría, pero para empezar podrían vernos, y en segundo lugar tal vez tenga prisa por decirme lo que tiene que decirme y no tiene tiempo de tonterías.

—No tengo mucho tiempo —confirma mis sospechas.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién es el rubio?

—Es el detective que habíamos contratado, va a estar en la oficina “trabajando” hasta que descubra quién es el que estaba ayudando al contable.

—¡Joder! Pues en la oficina piensan que quiere ligar conmigo —digo rápidamente.

—¿Cómo?

—Lo que oyes, los rumores no paran de correr desde que ha preguntado por mí esta mañana. Habéis cometido el error de ponerlo como ejecutivo, tendríais que haberlo metido como administrativo y así los cotilleos se compartirían con él y no serían sobre él —aconsejo respirando profundamente y cruzándome de brazos.

Miguel frunce el ceño confuso, dándose cuenta de que la persona que colaboraba con el ladrón del contable no debe ser alguien importante, sino alguien de abajo, y que los que están arriba no se enteran de nada de lo que pasa realmente.

—Además, es demasiado guapo —añado cuando está girándose para abrir la puerta de su coche.

Se da la vuelta y me mira boquiabierto.

—¿Demasiado guapo?

—Aunque eso tal vez juegue en su favor, porque puede intentar ligar con todas y así sacarles información.

—Se lo diré.

—No le digas que lo he dicho yo.

—Jamás se lo diría..., y tú no digas nada a nadie, Julio no sabrá que te lo he contado y el detective tampoco —agrega subiendo a su coche y poniéndolo en marcha.

Yo salgo prácticamente corriendo, porque tengo que cambiar la contraseña de Toñi para joderle el día, que bien merecido que lo tiene. Al menos agradezco que Miguel me haya dicho la verdad sobre el nuevo, porque eso significa que confía en mí, y no cree todas las estupideces que dice Julio.

Cuando alcanzo la última planta, subiendo las últimas cinco por la escalera de emergencias para que nadie me vea subir, al menos nadie conocido, estoy sudando y con la lengua fuera. Los últimos escalones se los puede ahorrar de fregarlos la chica de la limpieza, que ya he pasado yo la lengua por ellos. Tengo que hacer más cardio, siempre lo pienso, cuando subo escaleras o cuando hago guarradas, pero luego siempre se me olvida y acabo viendo tonterías en la tele... Sin embargo en momentos como éste me arrepiento de no hacer ejercicio asiduamente.

Abro la puerta que da a las escaleras y lo hago con lentitud, no quisiera hacer el ridículo entrando en estas condiciones y que me vea alguien. Podría decir que el ascensor estaba ocupado o que no iba, pero sonaría muy raro como explicación. Asomo la cabeza y veo que está desierto.

Camino rápidamente hacia la mesa de Toñi y abro su ordenador con la contraseña que ya sé y rápidamente voy hacia la opción de cambiarla. Sin embargo, cuando voy a darle al ratón veo que entra un e-mail. Cuqui es el remitente. Madre mía, debe ser el amante... Esto es demasiado jugoso como para dejarlo pasar, necesito verlo.

Mi cara al leer el e-mail debe ser digna de un meme viral, pero es que es la hostia lo que acabo de ver. No es el amante quien le ha enviado ese e-mail. Saco el móvil y hago una foto a la pantalla, no se me ocurre nada más rápido que eso.

Cierro y no cambio la contraseña, no está el horno para bollos. Vuelvo hacia la escalera con el corazón desbocado cuando una voz masculina y sensual me detiene.

—¿Eres Míriam?

Me giro con la palabra culpable en la frente y sonrío incómoda.

—Ah, el nuevo —digo con todo el disimulo que he podido encontrar.

Tengo que enseñarle esto a Miguel, porque este tío piensa que no sé que es el detective que han contratado y Miguel me ha pedido que no le diga nada, ni a él ni a Julio. No quiero que tenga problemas con Julio, aunque sea un idiota. Y bueno, simplemente porque me lo ha pedido. Aunque no sé si debería decirle al detective lo que he visto en el ordenador de Toñi.

—Me han hablado de ti.

—¿Bien? —pregunto con desconfianza.

—¿Tú qué crees?

—Que depende de quién te haya hablado de mí, porque hay cada arpía por aquí.

—¿Sí?

—Sí —confirmo y no sé cómo escaquearme de su presencia, necesito enseñarle o enviarle esta foto a Miguel.

—¿Tienes prisa?

—Pues mira, un poco, porque he quedado para comer con Ana, pero se me había olvidado el móvil y he tenido que venir y ya llevo veinte minutos perdidos de mi hora de comer —acabo y me doy la vuelta. Tengo que salir de aquí y enviarle el mensaje.

—Yo también bajo —dice el pesado este colocándose a mi lado en el ascensor.

Me abstengo de contestar y tengo que esperar entre paciente y rabiando a partes iguales para poder llamar a Miguel y enviarle la foto. Antes quiero hablar con él y que el detective siga "detectivando", que vaya desastre.

Las puertas del ascensor se abren en la sexta planta y a mí me vale. Cuando entra un hombre en traje y con cara de aburrimiento, pues no le empujo por unos centímetros mientras salgo del ascensor porque me estaba poniendo de los nervios ahí dentro, sabiendo lo que sé y no pudiendo compartirlo con Miguel.

Me dirijo al aseo de la planta y aprovecho la soledad para enviarle sendos mensajes a Miguel explicándole lo que he descubierto, enviándole al final la foto que he sacado, no quiero llamarle porque no me fío de nadie ahora mismo y no quiero que me oigan explicar todo lo que sé.

Miguel no me lee y aún me pongo más nerviosa, pero luego pienso que estará todavía en el coche, por eso nos hemos visto en el parking. Es todo muy raro, ¿a dónde va a estas horas?

Una hora después no sé nada de Miguel y por alguna razón algo me huele mal. Ya me ha leído, pero no me ha contestado. Todos han vuelto a sus puestos en la oficina y todo sigue su curso normal, pero no me siento nada bien. ¿Por qué no han venido Julio y Miguel a someter al tercer grado a Toñi?

—¿No has podido cambiar la contraseña? —me pregunta Ana acercándose sigilosamente a mi silla.

Por alguna razón decido confiar en Ana porque sé que no es demasiado chismosa, al menos con las cosas importantes, y necesito una opinión externa, porque me va a explotar la cabeza.

—No he podido, he encontrado cosas muy raras en su ordenador, y encima ha llegado el nuevo y me ha "pillado" en la oficina.

—¿Qué cosas raras? —pregunta en un susurro.

—Creo que tiene algo que ver con lo del desfalco del contable...

No tengo muy claro que esté enterada de todo, sólo hay rumores por la oficina porque Javier desapareció de una forma muy repentina, pero por cómo me mira ahora ella sé que algo sabe. Y ahora se ha quedado boquiabierto mirándome con una cara...

—No puede ser... Toñi...

—No digas nada a nadie, pero sí, tenía un e-mail de ese tío.

—Vaya tela, ¿y qué has hecho?

—Pues he intentado hablar con Mi... el señor Garmendia, pero no sé dónde está.

—Deberíamos preguntar a Julio, lo he visto entrar cuando he vuelto de comer.

Asiento y me levanto para buscarlo en su despacho, porque siempre ha sospechado de mí el muy gilipollas y se va a enterar de lo inútiles que son todos en cuanto le enseñe la foto. Ana me sigue, no sé si por cotillear o para qué, pero bueno, no me viene mal un apoyo. Alcanzo la puerta del despacho de Julio y entro sin esperar a que me diga que puedo pasar después de golpear la madera.

Julio me mira boquiabierto y luego a Ana.

—¿Qué pasa?

Le explicamos lo que he descubierto, le enseño la foto del e-mail y le detallo cómo ha ido el día, ya que estoy. Y después le pregunto el paradero de Miguel. Él tarda un tiempo en procesar todo lo que he soltado por mi boca, casi sin respirar, y empieza a atar cabos.

—Por eso Toñi se ponía tan nerviosa cuando entrabas en su ordenador.

—Claro... —pienso yo también.

—Todo tiene sentido. Menuda pájara —apoya Ana desde mi retaguardia.

—Miguel ha tenido que irse para resolver un problema, no sé qué problema pero es lo que me ha dicho. Le llamo ahora mismo —afirma cogiendo su móvil de la mesa y buscando el número de Miguel.

—¿Qué pasa? —no puedo esperar de la tensión.

—No lo coge.

—De verdad, que vaya día más estresante.

—Será mejor que volvamos a casa.

—¿A casa? —pregunta Ana confusa—. ¿Vivís juntos?

—No, claro que no, debe referirse a buscarlo en su casa —explico rápidamente esperando que no se haya dado cuenta.

—Ana, vuelve a tu mesa, ya nos encargamos nosotros —acaba ordenando Julio.

Capítulo 9

No podía creer a Alberto, pero los mensajes que Míriam me envió después confirmaron lo que él dijo. Julio tenía razón, por neurótico que pueda ser a veces, tenía razón. Jamás me he sentido tan, ¿cómo decirlo? ¿Decepcionado? ¿Hundido? Pero..., ¿cómo? ¿Cómo no me había dado cuenta antes?

No he sido capaz de volver a la oficina, ni siquiera he podido seguirle el cuento a Míriam, que me ha enviado un mensaje después de que me llamara Alberto explicándome que había pillado con las manos en la masa a Toñi. Alberto sabía, gracias a sus conocimientos de informática, que en la oficina se había recibido ese e-mail, sólo estaba esperando para averiguar quién lo abría...

Míriam, al saberse descubierta, ha intentado escurrir el bulto enviándome esa foto del e-mail, después de que la pillara Alberto.

Para una vez que confío en alguien, que siento algo por alguien, y todo era mentira. Entendía que no tuviera más interés que echar un polvo de vez en cuando, pero esto me supera. Incluso a pesar de las pruebas me cuesta creerlo, una parte de mí se resiste a creerlo. ¿Cómo gestionar psicológicamente que la persona con la que he compartido todo durante las últimas semanas sea un fraude? Julio me llama, pero no tengo ni siquiera voz para poder hablar. No puedo moverme de aquí, ni para volver a casa, porque sé que ella volverá allí como si nada hubiera pasado, creyéndose a salvo por haberme enviado esa foto del e-mail.

Necesito desconectar del mundo, porque no soy capaz de verla, ni siquiera para echarla de mi vida.

Tampoco quiero ver a Julio, sólo para escucharle decir que me lo advirtió, que me dijo que no me fiara de ella.

Al día siguiente.

Julio y Noelia no entienden nada, ni siquiera María, que nos recibe en su despacho confusa por la visita en grupo que hacemos para descubrir qué le ha pasado a Miguel.

—No sé dónde está, no he hablado con él desde la boda. ¿Le habéis preguntado a Juan?

—No, aún no, pero apenas se hablan —afirma Julio—. Dudo que sepa más que nosotros.

—Ni siquiera está en Madrid, se ha ido a ver a Izan.

Yo empiezo a preocuparme, porque mi única esperanza era que María, su mejor amiga, supiera dónde estaba.

—¿Le habrá pasado algo? —pregunto desesperada llevando mis manos a mi boca.

—Ha leído los mensajes que le hemos enviado —responde Julio en un intento de tranquilizarme.

—Pero no contesta, podrían haberlo secuestrado y el que lee los mensajes es un loco psicópata que cada vez que le mandamos algo sirve para que le torturen aún más.

Todos me miran como si dijera algo ilógico y no sé de qué parte no se han enterado.

—¿Para qué lo torturarían? ¿Y por qué los mensajes servirían para que le hicieran más daño? —pregunta María con el ceño fruncido.

—¡No lo sé, no estoy en la mente del secuestrador! Estoy muy preocupada, ¿es que a nadie se le ocurre ninguna idea? —acabo diciendo muy nerviosa.

María nos mira mientras desliza su mano hacia su móvil por encima de la mesa y empieza a toquetear la pantalla.

—Voy a llamar a Juan —dice colocando el móvil en su oreja.

Tras varios intentos no logra hablar con él y acaba dejando de nuevo el móvil en su mesa encogiéndose de hombros después.

—¿Qué hacemos? —pregunto directamente a Julio.

—No lo sé, pero si no le encontramos vas a tener que hacerte cargo de la empresa.

—¿Qué?!

—Lo que oyes, tienes poderes para firmar y para dirigir la empresa.

—Es absurdo, en algún sitio tiene que estar Miguel. Tenemos que llamar a la policía, esto se nos escapa de las manos.

—Si llamamos a la policía todo el mundo sabrá que ha desaparecido y las acciones caerán al suelo.

—¿Estás diciendo que pasemos de él y que sea lo que Dios quiera?

—No, no digo eso, pero podemos buscarlo discretamente.

—¿Con el detective ese? Entonces ya lo podemos dar por perdido.

—Tiene que haber alguna forma de encontrarlo —me apoya Noelia al verme en tal estado de desesperación.

—Calmémonos —dice María levantándose de su silla—. Seguramente haya una explicación para todo esto.

—Yo me voy a volver loca a este paso.

María coge su chaqueta del perchero junto a la puerta de su despacho y luego su bolso de mano para abrirnos la puerta.

—¿A dónde vamos?

—Se me ha ocurrido que puede estar en el apartamento de Juan, ahora que no está.

—¿Y cómo vamos a entrar?

—Digamos que tengo una llave —dice con una sonrisa.

—Mejor no pregunto por qué tienes la llave —susurra Julio pasando por delante de ella para salir de su despacho.

Noelia y yo nos miramos y sé que estamos pensando lo mismo, aquí hay salseo y no podemos hacer nada para saber de qué hablan esos dos.

—Ella es la ex del hermano de Miguel, es lo único que sé —susurro acercándome a la oreja de mi amiga.

—Vaya, ¿y tiene la llave de su casa aún?

—Exacto... Y trabajan juntos... Debieron conocerse cuando ella era modelo para la revista.

Aunque vamos unos pasos detrás de Julio y "la ex", es decir, María, ella se da la vuelta en medio de la redacción y nos echa una mirada de reproche.

—Deberíais hacer algo productivo en lugar de cuchichear sobre la vida de los demás —suelta en nuestra cara y Julio le coloca la mano en el hombro intentando que pase de nosotras y siga caminando.

—Mientras, voy a llamar a Alberto, puede que sepa algo —dice Julio para cambiar de tema y volver a centrarnos en el objetivo, que es encontrar a Miguel.

Después de pasar dos horas en el coche de Julio para llegar al piso de Juan, que estaba a una hora según el gps..., ya se pueden hacer una idea de lo desesperante que puede ser este hombre para conducir, o para cualquier cosa que haga..., yo ya estoy de los nervios.

—¡Dios mío, nunca llegaremos!, para una vez que encuentro a un tío que tiene tantas ganas

como yo y que fo...

—Tía —me interrumpe Noelia dándome un codazo en el asiento de atrás en el coche-tortuga de Julio—. Acuérdate de lo que decía Rosario, que pienses antes de hablar.

—Ya, en eso mi madre tenía razón.

—Creo que ese consejo deberíais aplicároslo las dos —sugiere María, no sé por qué, molesta con nuestros cuchicheos.

—Dudo que te hagan caso —dice Julio mirándonos desde el espejo retrovisor.

—Ahora no hemos hablado de ninguno de vosotros, no sé por qué os ponéis así, además a mí me están entrando los nervios de ir tan despacio. A este paso si no han secuestrado ya a Miguel, lo harán en lo que tardemos en llegar.

—Nadie ha secuestrado a Miguel —afirma María—. Es absurdo... —susurra para sí, pero la hemos oído todos, porque es un coche, no un salón.

—A lo mejor lo ha secuestrado alguna ex, alguna que guarde llaves de ex-novios en su bolso, por si en un arrebato tiene necesidad de ir a buscar a alguno y llevárselo... —susurro yo también, pero igual que antes, todos lo han oído.

—Guardo las llaves porque somos amigos, además no tengo que dar explicaciones a nadie de lo que hago.

—Ya hemos llegado —dice Julio, prácticamente gritando, en un intento de poner calma.

Cuando está girando la llave del apartamento de Juan, el hermano de Miguel, mi corazón está desbocado ya, no sé por qué pero tengo un mal presentimiento. Noto los latidos en mi pecho y una presión fruto del miedo y la tensión. Julio no ha conseguido contactar con el detective, ni con Juan, ni con Miguel. Es todo demasiado raro. ¿Todos tienen la última tecnología y nadie responde? No me gusta nada lo que está pasando. Y mi instinto nunca falla o casi nunca... Lo malo de tener casi siempre razón es que el día que te equivocas es un auténtico desastre, porque estás tan convencida de tenerla que la caída es brutal, pero bueno, de momento sigo creyendo que va a pasar algo malo, aunque me queda una mísera esperanza de que pueda equivocarme. Quiero equivocarme.

María abre la puerta deslizando la mano por el centro de ésta lentamente. No sé si es que quiere imprimir emoción al momento o es que es gilipollas, pero haciendo caso a mi instinto, va a ser lo último. Acabo pasando por delante de Julio y le doy una patada a la puñetera puerta para entrar de una vez.

Veo a Miguel sentado en el sofá con un aspecto terrible y me mira de una forma muy extraña, creo que está borracho.

—¡Dios mío! —no soy capaz de decir nada más y sólo soy capaz de echarme las manos a la boca.

Julio, María y Noelia entran corriendo tras de mí y casi me hacen tropezar agolpándose a mi espalda.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunta Miguel desde el sofá con el aspecto de no entender nada.

—Te hemos estado llamando, estábamos preocupados —dice Julio.

—Fuera todos de aquí —le responde con la voz ronca. No le he visto jamás en ese estado, no sé qué cojones le pasa, pero no me gusta. Si es que mi instinto no me falla, sabía que algo malo iba a pasar, y también me dice que viene algo peor.

—Pero... —intenta de nuevo Julio.

—¡He dicho fuera! —grita levantándose e imponiéndose a todos con su altura superior a la nuestra.

María y Noelia salen porque la cosa no van con ellas, eso está claro, y Julio se queda mirándolo unos segundos dudando.

—No sé qué te pasa pero cuando quieras hablar sabes dónde estoy —dice él girándose.

Yo no sé qué hacer pero Julio me mira y asiente. Debe conocerlo lo suficiente como para saber que es mejor dejarlo solo.

—Tú no —dice Miguel cuando me giro confusa, porque mi instinto me dice que es mejor irse, por mucho que me duela.

Julio asiente con la cabeza y me sonrío.

—Te espero fuera —me susurra Julio.

Me giro muy despacio y veo todavía en pie a Miguel, mirándome de la misma forma extraña que cuando he llegado. Oigo la puerta cerrarse y, cuando finalmente oigo el portazo, un escalofrío recorre mi cuerpo.

—No entiendo nada, no entiendo por qué estás así —digo y me arrepiento enseguida porque sé que algo malo le pasa y que me va a caer la mierda a mí y a todos los que hemos entrado por esa puerta.

—Tú lo tramaste todo —se limita a decir, escupiendo cada palabra.

—¿Tramar?

—Julio te dará los papeles del divorcio mañana.

—Antes quiero saber qué cojones pasa —digo con el tono de voz tan alto como el de él.

Miguel empieza a decir tonterías por su boca, cosas sin sentido y después menciona a Alberto, ese detective que han contratado, así como el ordenador de Toñi, y una historia rocambolésca que no tiene ningún orden. Lo ha tergiversado todo y conforme lo va contando mi cara va cambiando de expresión, entre la incomprensión y lo absurdo.

—Nada tiene sentido, pero si crees antes a ese gilipollas que a mí, desde luego que firmaré los papeles en cuanto me los dé Julio, mañana mismo, pero si es antes, mejor. Hemos venido porque me estaba volviendo loca. Si hubiera sido yo la que recibía ese e-mail, ¿por qué he insistido tanto en buscarte si Julio ya me estaba proponiendo dirigir la empresa hasta que te encontráramos?

No dedico ni un segundo a explicarle cómo se ha equivocado al juzgar al revés todo lo que ha ocurrido, porque vaya idiota. Ha decidido pensar lo peor de mí sin preguntarme ni contrastar la información absurda del detective.

Me vuelvo para salir de este horrible lugar donde el oxígeno se ha vuelto más espeso y apenas se puede respirar sin esperar a que él responda. Prácticamente me voy corriendo porque si me quedo, creo que si lo hago voy a empezar a llorar y no quiero que me vea así, por él. Todavía me queda algo de orgullo.

Julio está flipando durante el camino de vuelta a la casa de Miguel, donde tengo que recoger mis cosas. No entiende nada y como se ha enchochado de Noelia, ha decidido acogernos en su casa. Ha afirmado que lo hace porque cree que no debo firmar ese divorcio y que debo seguir para que la empresa no pierda el dinero de la herencia de Miguel, pero sigo creyendo que es casi una excusa para que Noelia se quede en su casa. He intentado convencer a Noelia de quedarnos en su casa, aunque esté en el quinto pino en medio del campo, también le he propuesto que me acompañe a Benidorm, que es una idea que se está gestando en mi cabeza, porque tengo a mi tía allí y podría empezar de nuevo y olvidarme de todo este embrollo en el que me he metido. Y alejarme de Miguel. Sin embargo, Noelia quiere quedarse en casa de Julio y es importante que yo esté allí, porque si no, ¿con qué excusa podría quedarse ella en su casa?

—No estoy segura de que sea buena idea, además quiero firmar esos putos papeles mañana.

—Yo no pienso entregártelos, tendrá que ser Miguel el que te los dé. Si te vas tendremos serios

problemas, no tenemos el dinero aún, nos obligarán a devolver el dinero de la herencia... Yo no pienso darte los papeles —vuelve a insistir.

—A esta velocidad le da tiempo a Miguel de ir a la oficina, recogerlos y traerlos.

—No creo que se le ocurra salir, al menos hoy. No sé qué le pasa, es rarísimo.

—Es imbécil.

—Yo creo que está enamorado y tiene miedo —dice Noelia interrumpiéndonos—. Y ha aceptado la explicación de Alberto como válida porque era lo que más temía.

—¿Miedo?

—Miedo a algo nuevo para él.

—Es absurdo. Además, si es así, es un inmaduro —me quejo resoplando al final y cruzándome de brazos—. Y ya no quiero saber nada más de él.

—No nos precipitemos —intenta calmarme Julio—. Hay mucho en juego, si no sale bien esto no sólo peligra la empresa, es decir, peligran muchos puestos de trabajo en consecuencia. Y te recuerdo que tú también tienes mucho que perder.

—Cuando me cabreo me da igual el dinero y me da igual todo. Además, podría trasladarme a La línea o a Galicia, tengo los conocimientos básicos para montar algunos negocios...

Julio despega la vista de la carretera y me mira frunciendo el ceño para negar después.

—Bueno, pero tú misma has dicho que no has encontrado otro que te siga el ritmo... No sé si me explico —sigue intentando convencerme y ahora ha probado con mi punto débil.

Guardo silencio, porque en primer lugar tiene razón, y en segundo lugar no tengo ganas de que Julio, que hasta hace poco me caía fatal, y además era recíproco, se dedique a convencerme de las ventajas de seguir casada con Miguel. Esto parece el mundo del revés.

—Pues yo no me fío de ese detective, o es un inútil o hay algo más —rompe el silencio Noelia—. ¿Por qué no contesta al teléfono?

—Diría que es un inútil, es mejor que busquéis otro —le aconsejo a Julio y lo veo asentir a mi lado mientras sigue mirando la carretera concentrado en ella, como si no fuera el camino a su casa y no se lo conociera como la palma de su mano.

Al día siguiente.

Miguel no ha venido a la oficina, no creo que aguante mucho más de un día sin venir, porque por lo poco que lo conozco creo que no puede abandonar por nada del mundo su trabajo más tiempo que ese. Sin embargo el que sí ha venido ha sido ese detective tan tonto. Me ha estado siguiendo hasta que me ha encontrado a solas en el cuarto de las fotocopias. Y ahí me he enfrentado a él, le he dicho que sé quién es y de paso le he preguntado si al fin ha descubierto algo. El muy estúpido ha confirmado que está en ello y con otras palabras ha dicho que no tiene ni puta idea.

—Hijueputa malparido... —escupo con un aire a acento paisa colombiano mal definido que no era mi intención imitar, sólo es que de oírlo tanto en series se me ha quedado grabado cuando digo eso.

Ana se queda mirándome boquiabierta en la puerta del cuarto cuando ya ha salido Alberto.

—¿Estás bien?

—Si algo aprendí de ver tantas series de narcotraficantes fue a insultar con propiedad, bueno, también aprendí a cantar unas canciones de un estilo que no había escuchado en mi vida o a deshacerme de un cadáver.

—No sé qué series ves tú, pero yo lo más raro que he visto ha sido una de vampiros.

—Al menos sé cómo deshacerme de un cadáver, no sé si me servirá de algo en el futuro.

—Espero que no —dice quedándose con la boca abierta y las cejas formando una extraña línea.

—Yo también lo espero. Aunque algunos tienen más papeletas que otros.

—¿Qué le pasa a ese?

—No lo sé, es un idiota y me ha buscado problemas con Miguel.

—¿Con el señor Garmendia?

—Sí, bueno, es que entre Toñi y Alberto, al final no sé dónde acabaré —intento justificar para que no descubra que tengo algo con Miguel, o mejor dicho, tenía.

No entiendo nada, si Alberto sabe lo que pasó, ¿por qué no se lo ha dicho a Miguel? ¿Por qué no investiga a Toñi? Esto es muy raro, tengo que consultarlo con Julio y con Noelia. Es que no es algo para consultar con Ana, aunque tenga confianza con ella. Necesito, en realidad, a alguien que conozca a Miguel mejor que todas las cotillas de la oficina, necesito hablar con Julio. Y con Noelia, que aunque no conoce tanto a Miguel, sí conoce bien a la gente y las relaciones humanas, por experiencia en la vida y sexto sentido.

—Tengo que buscar a Julio, ¿está en su despacho?

—Lo he visto salir hace una hora, no sé si volverá. ¿Qué vas a hacer?

—Voy a buscarlo —afirmo con determinación.

—¿Dónde?

—Hasta en el infierno si hace falta.

—Puede que te encuentres a más de una de la oficina —asegura riendo—. A lo mejor ya está Toñi, que por cierto hoy no ha venido.

—Es muy sospechoso...

Salgo del cuarto de las fotocopias pensando que todo esto es muy raro. Aunque está claro que Toñi sabe que la han descubierto y por eso no ha venido, para no tener que responder preguntas. Lo raro es que no se comente nada entre la gente de la oficina.

Me preparo para salir, aprovechando que es la hora de la comida y nadie va a estar rumoreando con que me he ido al médico porque estoy embarazada o cualquier otro cotilleo típico cuando alguien sale del edificio a horas intempestivas. También decido bajar por las escaleras para no toparme con Alberto, que acabo de verlo dirigirse hacia los ascensores. Lo último que quiero es encontrarme con él otra vez.

Llego al vestíbulo desgañitándome por las escaleras..., ¡cómo las odio!, aunque al menos es hacia abajo, que ayer las subí y fue peor... Y tanto esfuerzo no sirve de nada, porque me encuentro a Alberto al abrir la puerta de emergencias.

—¿Hay algún problema con el ascensor?

—Intento hacer glúteos —digo irónicamente, está claro que quería esquivarle.

—Creo que no lo necesitas —asegura alzando las cejas y luego me dedica una sonrisa que me hace pensar que este hombre no está aquí para investigar nada, y que no sé de dónde lo habrán sacado. Puede que antes de ser detective fuera bailarín de striptease o gigoló, porque no se explican de otra forma esas miraditas que va echando.

—¿Qué quieres?

—Perdona, entiendo que desconfíes de mí, sólo quería hablar contigo a solas, quiero compartir la información que tenemos para averiguar qué implicación tiene Toñi en todo esto.

Lo miro unos segundos y decido ceder, al fin y al cabo es detective, aunque en un principio me ha parecido un poco idiota. Tal vez si colaboramos se descubra todo, aunque no arreglará las

cosas, porque Miguel me ha decepcionado y no sé si seré capaz de mirarlo a los ojos. De hecho ya había pensado largarme, en cuanto se arregle todo. De todas formas en Madrid no tengo ni dónde vivir ni voy a tener trabajo, porque aunque encontrara otro está todo carísimo y con estos sueldos no se puede vivir aquí. Así que probablemente me vaya a Benidorm o a Roquetas de Mar, quién sabe, porque lo de ir a La línea o a Galicia lo descarto... De momento. A no ser que conozca a algún profesor de química en un futuro, al que llamaré Heisenberg... a modo de apodo. Demasiadas series de narcotraficantes... Mejor me voy a Benidorm con mi tía Marga.

—Está bien, ¿dónde vamos? —acepto al fin.

Alberto me precede al entrar en un bar a dos manzanas de la oficina y sólo espero no ver a ningún compañero o descubrirán que estamos investigando algo y se acabó la tapadera.

—Tendríamos que haber ido a otro sitio, más lejos, seguro que nos encontramos a alguno de la oficina —me lamento siguiendo cabizbaja a Alberto.

—Entonces nos sentaremos al fondo —sugiere girando la cabeza hacia mí y tranquilizándome con una sonrisa.

No digo nada, simplemente le sigo hasta el fondo, movida por la curiosidad.

—¿Y bien? —pregunto con algo de desconfianza, pero es que este tío me ha jodido bastante con Miguel—. No sé si te das cuenta de que Toñi no ha venido. Y supongo que Julio te ha contado lo que encontré en su e-mail —pruebo aunque ya sé que él lo sabe.

—Sí, tengo acceso a todos los ordenadores. El problema es que no hay nada más y no es suficiente para incriminarla.

—Bueno pero eso se puede arreglar, la cogéis aparte y la sometéis al tercer grado. Al menos ya sabemos por dónde empezar.

—No es tan fácil, ni siquiera creo que sea ella.

—¿Cómo?

Me pregunto si sigue sospechando de mí, en ese caso ahora mismo esto sería lo más parecido a un interrogatorio, y me habría metido yo sola en la boca del lobo. Aunque, evidentemente, yo no tengo nada que ver con el contable, no me hace ninguna gracia que siga sospechando de mí, cuando estoy aquí para averiguar lo mismo que él.

—Hay un rastro informático y no es en el ordenador de Toñi. Hay alguien en la oficina, en la misma planta, que ha estado accediendo a los archivos del contable. Alguien que ha entrado en todos los ordenadores.

—¿Alguien que ha entrado en todos los ordenadores? Hay un descontrol con ese tema... Va a ser difícil encontrarlo.

—O encontrarla... —sugiere mirándome directamente a los ojos y pienso que me está acusando.

—No me gusta cómo me miras, te lo advierto.

—Suenas como una amenaza.

—Lo es, estoy harta de que me acusen.

—Es que todo apunta a ti, no sé si te das cuenta, y el hecho de que aceptaras el trato que te propuso el señor Garmendia, hace pensar que lo tramaste todo.

—Es de locos. Sabía yo que esto era una encerrona, será mejor que me vaya —digo levantándome del banco de madera. Sin embargo él me detiene colocando su mano en mi antebrazo.

—No es una "encerrona", sólo intentaba esclarecer los hechos. Te pido disculpas. Por favor —añade ante mi escepticismo—. Te estoy pidiendo ayuda.

Decido sentarme de nuevo mientras un camarero trae las cervezas que ha pedido Alberto

cuando hemos entrado en el establecimiento.

—Te equivocaste conmigo y pusiste a Miguel en mi contra —me quejo aunque haya decidido quedarme.

—No lo puse en tu contra, sólo expuse indicios, él decidió pensar que eras el enlace del contable en la oficina —me asegura con una media sonrisa que parece querer servir de bandera blanca entre ambos.

No sé si creer a Alberto, porque aunque parecía sincero hay algo que me dice que no me fie de él, ese instinto que tengo. De hecho me he ido del bar en cuanto he podido, sólo agradezco haber aguantado mejor las cervezas que él, porque así he podido dar una excusa rápidamente y salir por patas de allí. Hay algo raro, no sé si es que le gusto, pero se acercaba demasiado a mí y no paraba de halagarme por tonterías, y hemos acabado hablando de todo menos del caso del contable, como por ejemplo de Miguel. ¿Por qué quería que le hablara de Miguel? Ya no sé qué pensar, o le gusto o investiga cosas que no tienen sentido por deformación profesional.

Regreso a la oficina más tarde de lo que había previsto y sigue sin aparecer Toñi, su mesa está vacía. Sin embargo, hay alguien que sí ha aparecido.

—Míriam, ha llegado Miguel —me susurra Ana en cuanto pongo mi culo en la silla.

Me cuesta tragar saliva. No me atrevo a verlo, creo que sería doloroso en este momento, después de lo que pasó ayer. Y después de lo que me ha dicho Alberto. Según él sólo le expuso indicios, Miguel decidió creer lo peor de mí.

—¿Y Julio?

—También, de hecho han entrado juntos.

—Gracias, creo que será mejor que vaya al médico. Tenía cita con la ginecóloga —miento intentando una sonrisa que no me sale.

Ana me mira boquiabierta mientras me levanto y vuelvo a coger el bolso que he dejado sobre la mesa hace sólo unos segundos.

—¿Qué te pasa con el señor Garmendia? —pregunta entrecerrando los ojos.

—Nada, es que seguro que le han hablado mal de mí, ya sabes, entre Toñi y Alberto...

Ana frunce el ceño sin entender nada, o tal vez entendiendo más de lo que debería. Sin embargo no tengo tiempo de comprobar si sospecha que tengo algo con Miguel o no, mejor dicho, si he tenido algo con Miguel, porque lo que tengo claro es que no lo va a haber más. Por mucho que me haya gustado el tiempo que hemos pasado juntos, no puedo estar con alguien que desconfíe de mí, es horrible.

—¿Vas a volver?

Miro la hora en el reloj que hay en la oficina, bien grande para joder al personal, y calculo la hora que probablemente no me dejaría margen para regresar.

—Tengo la cita a las seis, entre coger el metro y tal ya no me da tiempo —me excuso.

—Tú sabrás —acepta no creyendo una sola palabra de las que he dicho en el último minuto.

Salgo del edificio sin saber a dónde ir, tal vez intente coger cita con la ginecóloga, no era mala idea ir. Es que no soy capaz de volver a la oficina si sé que está Miguel, no soy capaz de enfrentarlo ahora, de firmar esos papeles en su presencia. Cuando Julio regrese a casa firmaré el divorcio, pero ahora no tengo cuerpo para todo eso, y menos si está Miguel presente. Es demasiado doloroso, después de todo lo que hemos compartido, que no crea en mí, que haya pensado directamente lo peor. Incluso Julio, que fue celoso desde el principio, me creyó

inmediatamente. Y ese detective finalmente también ha admitido que sospecha de cualquier otro y no de mí. De hecho creo que hasta le gusto, cosa que me da repelús. Seguramente las tendrá a todas a los pies, se ve que es un narcisista desde lejos, pero si viene con esa personalidad a por mí ya se puede ir alejando. Si fuera más como... Más como... Miguel...

Para una vez que encuentro un hombre hecho a mi medida, en todos los sentidos..., y resulta ser gilipollas al final. El problema de mi suerte es que es mala, ese es el problema, por eso no me sale bien nada de lo que me propongo, ni siquiera en un matrimonio de conveniencia, ni en encontrar un novio normal, ni en encontrar una casa para vivir, ni tampoco me han salido bien ninguna de las ideas que intenté aplicar para poder pagar el alquiler.

Me siento en un banco en medio de la calle y pienso en la mierda de vida y otros temas filosóficos. Creo que cuando todo va mal el ser humano se vuelve filósofo instantáneamente, al igual que cuando se hace una cuenta en cualquier red social, que nos volvemos sociólogos, psicólogos y expertos en todo...

Llega un mensaje a mi móvil y veo que es de Miguel, preguntándome dónde estoy. Julio me manda otro cuando estaba pensando si contestar o no. Julio me ha preguntado lo mismo. Voy a descolgar el teléfono para hablar con Julio, porque no tengo cuerpo para hablar con Miguel, cuando de pronto una mujer vestida de forma muy ridícula, como si fuera una espía rusa, se queda parada frente a mí. Realmente parece una espía de la guerra fría, con un pañuelo en la cabeza y unas gafas de sol enormes, además de una gabardina que podría abrigar a su familia rusa también. Se quita las gafas y me mira tras comprobar que nadie la ve, girando la cabeza a ambos lados.

—¿Qué cojones?! —exclamo sorprendida.

Capítulo 10

No sé nada de Míriam desde ayer. Es como si hubiera desaparecido. Leyó los primeros mensajes que le envié, pero no ha contestado a uno solo de ellos y no leyó los dos mil mensajes siguientes. No debí creer lo que dijo Alberto, pero todo apuntaba a que era ella. Además, Julio me había llenado la cabeza de paranoias.

Tampoco había estado enamorado antes, así que todo me ha venido un poco de sorpresa. De hecho, me sentó peor que cuando supe que Javier me había robado. Supongo que esto es distinto por la implicación emocional, algo a lo que no estoy acostumbrado. Mi vida se limitaba a trabajar, básicamente. No he sufrido decepciones, ni desamores, ni nada relacionado a tener pareja, porque no la he tenido, al menos en el sentido estricto. Mi experiencia en ese campo era muy, pero que muy limitada.

Si hubiera hablado con Míriam antes que con Alberto, como hizo Julio, no habría pasado todo esto. Ahora no sé dónde está, y si esto sigue así no podré demostrar que estamos casados realmente, es decir, quedará claro que esto es un matrimonio de conveniencia y perderé la herencia. Sin embargo, eso no es lo que me preocupa, de hecho no me importa, cometí el error de confiar en quien no debía, pero si algo sé o he aprendido últimamente, es precisamente eso, que de los errores se aprende. Y si he levantado la empresa de la nada podría hacerlo de nuevo. No necesito el dinero de la herencia, no lo supe ver en su momento y cometí otro error para tapar el anterior, ahora me doy cuenta. Aunque también reconozco que de no haber sido así jamás habría podido establecer una relación con alguien como Míriam, más allá de la laboral o de la amistad. Porque una chica como ella jamás se habría fijado en mí, eso lo tengo claro. Y cada vez que pienso esto me doy cuenta de lo idiota que soy y me gustaría incluso flagelarme, pero es una idea estúpida y lo más productivo es seguir buscándola. Sin embargo, esta vez voy a recurrir a otros métodos, porque de Alberto no pienso volver a fiarme después de fiasco. Y si algo he aprendido es que no hay que tropezar dos veces con la misma piedra.

Recibo una llamada y deslizo mi mano por encima de mi mesa hacia el móvil con la esperanza de que sea ella, de que sea Míriam.

—¿Míriam? —pregunto directamente, porque no me ha dado tiempo ni de ver quién llamaba, mis dedos se han deslizado sobre la pantalla por el puro deseo de que fuera ella.

—Soy María, tengo que hablar contigo, es importante.

—Estoy de los putos nervios, si es importante dímelo ya —le exijo levantándome de mi silla y dirigiéndome hacia la puerta.

—No, no podemos hablar por teléfono. Te espero en la redacción.

Tardo media hora en llegar, porque el tráfico en Madrid no ha bajado a pesar de todas esas normas que se supone que harían bajarlo. No he cogido el metro porque no sé ni cómo funciona, en el mapa todo son líneas de colores como serpientes enredadas, pero de haberlo sabido, lo habría intentado, ahora sé que habría llegado antes...

Lo peor de todo es que cuando llego al despacho de María ella me mira con reproche primero y con resignación después. Aunque, pensándolo bien, lo peor es que repite lo que ha dicho por teléfono:

—No podemos hablar aquí —asegura frunciendo el ceño.

—Estás muy rara, y yo estoy muy nervioso para tanto teatro.

—No es teatro, es que no me fío de nadie ahora mismo. De hecho no me gusta que nos vean

juntos.

—¿Qué hago entonces? ¡Si ya me han visto entrar aquí!

—Lo sé, es que no se me ha ocurrido que venir aquí tampoco era buena idea. Perdona por no saber de espionaje... —dice fingiendo estar enfadada y cogiendo el bolso de su mesa a la vez que se levanta de la silla que la preside.

—No entiendo por qué no me puedes decir ya qué cojones pasa.

Ella se queda paralizada mirándome como si hubiera visto a un fantasma.

—¿Qué pasa?

—Te ha dado muy fuerte... —dice en un susurro, todavía mirándome sin mover un músculo de su cuerpo, salvo los necesarios para hablar—. Hasta te ha cambiado el lenguaje.

—¿Muy fuerte?

—Estás enamorado.

Me limito a poner los ojos en blanco mientras me dirijo hacia la puerta para incitarla a salir de una maldita vez de su despacho, ya que allí no quiere contarme lo que ha pasado.

Finalmente se digna a seguirme y salimos del edificio, ante la mirada de todos los trabajadores. Que realmente, pensando en lo que dijo Míriam sobre los cotilleos de oficina, deben pensar que tenemos algo. Es decir, según Míriam, es lo que pensaban en mi oficina. Menuda panda de cotillas...

—¿Dónde está mi hermano?

—Aún no.

—¿Pero hasta dónde hay que ir para que hables? No he tenido tanta impaciencia en toda mi vida, y sabes que siempre he sido el más paciente de los tres.

—Lo sé, es que no quiero que se entere Juan.

—No lo veo por aquí —digo mirando a nuestro alrededor en la oscuridad, plantado en medio de la calle mientras nos cae toda la humedad del inicio de la noche—. Si ni siquiera se ve a más de dos metros con tanta niebla.

—No se ve, pero se oye. Prefiero que nos metamos en el coche.

—Al fin —digo aliviado.

Al menos el coche está cerca, pienso mientras caminamos hacia él. Que por cierto, es el camino más largo que he hecho en mi vida hasta el coche, y eso que estaba cerca. Es que la impaciencia me está matando.

—Vamos, sube y no perdamos más tiempo —la apremio antes de que me de un infarto de la tensión que tengo.

Encima tiene la desfachatez de reírse. ¡Pero si ella misma ha dicho que era grave e importante! No sé por qué se ríe tanto.

—¿Y bien? ¿Qué pasa con mi hermano? ¿Dónde está? ¿Por qué no puede enterarse de que estamos hablando? ¿Qué es tan importante? —suelto las preguntas sin tomar aire entre cada una de ellas.

—No te voy a hacer esperar más, siento haber sido tan precavida. Para empezar tu hermano está cabreado, y mucho. ¿Recuerdas que rechacé la propuesta de matrimonio que me hiciste para conseguir la herencia de tu madre? —se detiene el tiempo justo para que yo asienta con la cabeza—. No acepté porque estaba empezando una relación con alguien. Pues bien, ese alguien es Izan.

Mi cara debe ser como si en realidad fuera una marioneta y mi mandíbula se hubiera descolgado del ensamblaje.

—¡La hostia! —me limito a decir—. Menos mal que no tengo más hermanos.

—Bueno, no es para tanto. Sin embargo Juan no lo sabe, él cree algo peor, bueno no es que sea

peor, pero si es peor para ti. Juan cree que estoy contigo. Y sabes cómo es, es vengativo. A veces entra en ese estado, y es insoportable.

—Juan vengativo... ¿Y cree que estamos juntos? —repito preguntándolo de nuevo aunque no espero una respuesta, simplemente es que no puedo entender nada de lo que está pasando.

—Sí, te puedes imaginar la situación.

—Pero, ¿por qué cree que estamos juntos?

María se encoge de hombros y niega con la cabeza.

—No lo sé, pero le oí decir a Míriam que en tu oficina todos pensaban que teníamos algo, son una panda de cotillas, y me temo que en la redacción también lo piensan. Hay gente que no entiende que un hombre y una mujer puedan ser simplemente amigos. Lo peor de todo es que Juan ha estado jugando muy sucio. Él es el causante del desfalco de Javier, y estoy segura de que ha hecho más cosas.

—Desde niño era terrible. No razona cuando se enfada.

—Exacto, y ahora no es distinto. Él cree que tenemos algo y lo ha planeado todo para hundirte. Ha contratado a Alberto, tu detective.

—¿Cómo?

—No estoy segura de qué papel juega Alberto, pero Izan me ha dicho que Juan estaba enfadado cuando llegó a su casa hace dos días. No habíamos podido hablar antes porque Juan se presentó en su casa y no lo dejaba ni a sol ni a sombra. Izan no quería que se enterara, quería decírselo con más calma. Sin embargo Juan empezó a confesar parte de su plan anoche, cuando se emborrachó en casa de Izan. Lo primero que he hecho cuando me ha llamado ha sido entrar en su despacho y buscar cualquier cosa que pudiera darme información de qué más tramaba. Y he encontrado un cheque a nombre de Alberto García... Y otro a nombre de Antonia, tu secretaria.

—Comprendo. Voy a llamarle inmediatamente —digo intentando contener la rabia que siento en este momento.

—¡No! —exclama ella deteniendo mi mano, que ya estaba marcando el teléfono de Juan.

—¿Por qué? —pregunto irritado—. Si todo esto es culpa de Juan tengo que decirle cuatro cosas. Como por ejemplo que es un egoísta y un gilipollas.

—Es que él no sabe que tengo las llaves de su casa y de su despacho.

—Eso ahora es lo de menos, lo importante es que me ha jodido en todo lo que más quería, la empresa y..., y Míriam...

—Y no quiero que sepa que estoy con Izan.

—Estar con Míriam... Era la única relación que quería que funcionara en mi vida, ¿comprendes? Él puede tener a quien quiera y ni siquiera le dolería perder a la persona con la que esté, porque no tiene ni un sólo sentimiento en su cabeza, pero para una vez que encuentro a alguien con quien quisiera estar el resto de mi vida tiene que venir a joderlo todo. Es injusto —me quejo como si fuera un niño, pero es que es así como me siento, rabioso y vulnerable a la vez.

—Lo siento —dice soltando mi mano.

—No te implicaré en esto.

—No le temo, es sólo que no quisiera que pensara que sigo enamorada de él.

—¿Y lo estás?

Se hace un silencio en el interior del coche y no entiendo muy bien si eso significa que sí o sólo está dudando.

—Llámale y arregla todo esto —acaba diciendo sin confesar lo que piensa realmente—. Me voy a casa. Ya es bastante duro trabajar con él —dice con la voz cansada antes de salir de mi coche.

Decido no insistir en acompañarla a su casa, no creo que tenga ganas de aguantar a otro Garmendia por hoy.

—Hablamos mañana —le respondo mientras me mira con una débil sonrisa, ahora de pie con la mano apoyada en la puerta del coche.

—Será mejor que busques a Míriam, pero no sólo por teléfono —me aconseja antes de cerrar y desaparecer entre la niebla.

A mi hermano Juan, por ser el pequeño, siempre se le consintió demasiado, digamos que le malcriamos entre todos, y éste es el resultado... Un ser insoportable incluso para sí mismo. Cuando se portaba demasiado mal de niño acabábamos dándole hostias entre Izan y yo, como hermanos mayores, responsables y garantes del buen comportamiento del hermano más rebelde. Hoy en día, a nuestra edad, hacer eso sería un poco raro, pero me veo obligado a buscarlo en casa de Izan para meterlo en cintura. Porque no ha respondido a mi llamada, de hecho me ha colgado el teléfono.

El móvil suena y descuelgo verbalmente mientras conduzco en dirección a la casa de Izan, a una hora de Madrid por la autovía del norte. Siempre le gustó la montaña, pero ahora me estoy cagando en sus gustos por vivir en el quinto pino.

—Miguel, no vengas, Juan ha regresado a Madrid. Yo estoy yendo hacia allí.

—¿Le has contado que no tengo nada que ver con vuestros líos? —pregunto intentando encontrar en la oscuridad el cambio de sentido más próximo.

Izan guarda silencio durante unos segundos y sé que debe haber oído mi suspiro de rabia.

—Sí, siento que todo haya caído sobre ti, no tenía ni idea hasta anoche de todo lo que había hecho Juan. Me ha llamado María hace un rato. Le he contado todo a Juan y se ha ido hecho una furia, está insoportable, por eso voy también hacia Madrid.

—Nos vemos en su casa, tal vez tengamos que arreglarlo como cuando éramos pequeños, ya sabes... —le recuerdo antes de colgar el teléfono para concentrarme en el gps y dar la vuelta.

Capítulo 11

Toñi me ha sorprendido bastante. Es decir, no imaginaba que estuviera pasando por tantos problemas. Al final, su cabeza ha explotado y no ha podido soportar todo lo que ocultaba. Todavía me cuesta creer toda esta historia. El hermano de Miguel la chantajeó para que colaborara con Javier, el contable que robó el dinero. Es una historia rocambolesca pero está tan asustada que no he dudado de que sea verdad.

—No me atrevo a volver a la oficina, no he obedecido en todo lo que me ha pedido Juan, y si cumple con su amenaza, no me atrevería a volver... Además, Miguel no me perdonaría nunca que haya ayudado a su hermano a hundirle.

—No lo entiendo ni yo... —reconozco encogiéndome de hombros.

—Lo sé, es que empecé aceptando ayudarle en pequeñas cosas, para que nadie supiera de mi adicción, y luego todo se fue agrandando. No sabía que quería robarle tanto dinero, ni siquiera sabía que se trataba de eso hasta ayer —dice a modo de defensa.

—Supongo que estas cosas empiezan así, por un pequeño paso —digo pensativa mirando al vacío.

—¿Quieres más té? —me pregunta levantándose del sofá estampado en flores rosas. La verdad es que nunca había pensado en cómo sería la casa de Toñi, pero ahora que estoy aquí, reconozco que es muy de su estilo. Esta mujer, además de adicción al juego también tiene adicción al crochet, que no sé si es peor, viendo el resultado de su decoración.

—Voy a estar meándome toda la noche —intento detenerla, pero ella agarra la tetera y me llena la taza como si le fuera la vida en ello.

—Lo sé todo, lo de la boda..., Juan me lo dijo ayer, y entonces me di cuenta de que todo esto era una locura. Hay que arreglar todo esto.

—¿Arreglar?

—Podríamos volver como si nada hubiera pasado.

—Lo dudo mucho —digo aceptando la taza de té porque no me ha dejado alternativa. Espero que no sea como yo y haya escupido dentro. Si supiera todas las putaditas que le hacía en la oficina... Aunque con todos los problemas que tenemos eso sería una nimiedad.

—Hablares con Miguel. Tal vez con la ayuda de Juan puedan encontrar a Javier.

—Yo no tengo nada que hablar con él.

—Le explicaremos que todo fue cosa de Juan, así encontrarán a Javier y el dinero —insiste.

—Si te va bien podemos hablar con Julio, que al menos es más comprensivo.

Ella me mira confusa, y decide sentarse de nuevo sobre el sofá floreado.

—Pensaba que no se fiaba de ti.

—Habrá cambiado de opinión, pero es con el único con el que me atrevería a hablar.

Miro el reloj del móvil y me doy cuenta de que es demasiado tarde para ir a ver a Julio, pero tengo el móvil petado de llamadas y de mensajes.

—¿Deberíamos esperar a mañana? —me pregunta con la preocupación en su voz.

—Es un poco tarde, sí, tal vez deberíamos ir mañana a la oficina, media hora antes que el resto, y hablar con Julio. Yo firmaré el divorcio y tú le explicarás lo que pasó, si recuperan el dinero estarán agradecidos contigo y ya no será necesario que siga aquí.

—¿El divorcio?

—Claro, ya no necesitarán el dinero de la herencia. Y no creo que pudiera seguir trabajando allí.

Al día siguiente nos presentamos en la oficina siguiendo el plan que pensamos anoche. Esperamos a Julio en su despacho, con el que he quedado enviándole un mensaje esta mañana.

Cuanto antes se aclare todo, antes podremos acabar con esta farsa. Julio y Miguel entran en la sala de reuniones, donde se suponía que habíamos quedado únicamente con Julio. Menudo traidor está hecho.

—¿Qué hace aquí? —le pregunto a Julio con el reproche dibujado en mis ojos.

—Has dicho que tenías información importante sobre la empresa. Él es la empresa, tiene que estar presente.

—Yo no soy la que tiene la información, es Toñi, aquí presente, y no tengo por qué estar en la misma sala que él —digo aludiendo a Miguel antes de darme la vuelta para salir de la sala, que cada vez me parece más pequeña.

Hace dos días que no veo a Miguel y todos los recuerdos de su cuerpo desnudo me acaban de asaltar. Además, llevo dos días sin follar y no me siento bien, incluso me estoy mareando.

—¿Estás bien? —pregunta Miguel acercándose, aunque no le veo, pero sí oigo sus pasos.

—No me toques, me siento en mi mesa y cuando Toñi os explique todo volveré para firmar el divorcio.

Mis palabras parecen haber surtido efecto, porque Miguel se detiene y deja que me vaya.

Espero, tal y como he dicho, sentada en mi mesa y sólo ruego porque esto termine lo más rápidamente posible, porque han empezado a entrar algunos compañeros y parece que me va a dar un síncope, aunque intento disimular removiendo el café que he cogido de la máquina hace un rato.

No puedo dejar de pensar en lo guapo que estaba Miguel, y a la vez en cómo desconfió de mí y probablemente siga desconfiando hasta que le explique Toñi lo que ha pasado realmente. No lo entiendo, si él me propuso lo de la boda, no tendría sentido pensar que yo había tramado todo ese plan rocambolesco.

Mientras sigo sumida en mis propios pensamientos la puerta de la sala de reuniones se abre y Julio asoma la cabeza.

—Míriam, ¿estás bien?

—Sí, ¿ya habéis acabado?

Él asiente sin decir nada más y yo encuentro las fuerzas para levantarme y caminar hacia mi destino.

Entro en la sala y miro a uno y otro, y a Toñi, que está sentada en una de las sillas con un pañuelo birrioso lleno de mocos que contiene su llanto.

—Bueno, como puedes ver yo no soy quien creías —le reprocho a Miguel, mirándole directamente a los ojos a modo de desafío.

—Tenemos que hablar, a solas —dice Miguel devolviéndome la mirada y caminado hacia la puerta que conecta con su despacho.

—No pienso moverme de aquí —le respondo cruzándome de brazos.

—Será mejor que les dejemos solos —sugiere Julio ayudando a Toñi a levantarse.

Miro boquiabierto a Julio y a Toñi mientras se escabullen como dos cobardes por la puerta lateral que da a otro de los despachos. La puerta se cierra y me doy cuenta de que nos acabamos de quedar solos y que hace dos días me decepcionó como nadie lo había hecho antes.

—¿Tienes los papeles?

—¿Qué papeles? —pregunta Miguel, como si no supiera de lo que estoy hablando...

—Los del divorcio, por supuesto.

—Esos no.

—Cuando los tengas me los envías a Benidorm.

—¿Cómo? —pregunta confuso acercándose.

—Tengo una tía en Benidorm, te mando la dirección al móvil —respondo intentando una naturalidad y una calma que no tengo.

—No puedo divorciarme aún. Sabía que era Juan el responsable de todo —me explica como si sirviera de algo—. Se le fue de las manos y Javier también le engañó a él. Después contrató a Alberto, por eso desapareció la mañana que te encontró en el ordenador de Toñi. Juan quería que dejara de investigar al auténtico enlace de Javier porque le llevaría a él y de paso le encargó comprobar si realmente estábamos juntos o era un matrimonio de conveniencia.

—¿También era el detective del notario? —pregunto mirando al suelo confusa, intentando atar cabos.

—No, sólo lo contrató Juan. Mi hermano hizo todo eso por creer que María, su ex, estaba conmigo. Pero cuando tú y yo nos casamos empezó a dudar de que María estuviera conmigo, porque ella podría haber aceptado casarse y sin embargo no lo hizo. Por eso contrató a Alberto, para que no siguiera investigando para mí, porque llegaría a él, y para comprobar si nuestro matrimonio era real.

—Pero... —intento formalizar un pensamiento coherente, sin embargo, de pronto me doy cuenta de que no se puede.

—Alberto quiso acercarse a ambos para investigar nuestras reacciones y comprobar que no sólo era un matrimonio de conveniencia y que realmente no tengo nada con María.

—No entiendo por qué Juan llegó a pensar que María y tú...

Entonces Miguel cambia de expresión y entorna los ojos mientras se cruza de brazos.

—¡Oh! —admito pensando en todos los rumores que han corrido por la oficina sobre ellos dos.

—Sí. Los cotilleos que parecen inocuos casi hacen que vayamos todos al paro.

Me quedo mirando al vacío otra vez y llego a la conclusión de que no sé qué hacer, todo es demasiado complicado en estos momentos.

—Es todo muy raro.

—No podemos divorciarnos aún, Javier sigue en paradero desconocido, ni siquiera Juan sabía todo lo que había robado. Su plan era darme un susto, no que quebrara la empresa. Todavía necesito que sigamos casados, como si nada hubiera pasado en los últimos dos días.

—No te acerques —le ordeno alzando la mirada del suelo para comprobar que sí se estaba acercando.

—Sigues teniendo un problema con el sexo —me recuerda, como si no lo tuviera bien presente en este mismo momento.

—Eso es lo de menos ahora. No quiero seguir aquí, me voy a ir a Benidorm igualmente, será un matrimonio en la distancia.

—Sabes que eso es imposible. El notario se enteraría y se anularía todo.

—Pues para cuando se vaya a enterar ya habrás podido invertir bien el dinero de la herencia y habrás recuperado lo que te robó Javier —calculo entrecerrando los ojos.

—No puede ser que Juan haya hecho tanto daño —dice acercándose a mí y tomando mi mano derecha entre las suyas.

—Soy orgullosa y vengativa —reconozco soltando mi mano de entre las suyas.

—No creo que seas vengativa, al menos no tanto como mi hermano... O eso espero —dice suspirando, como si estuviera recordando las putadas de Juan en este momento—. Te propongo un trato mejor para que sigamos como hasta hace dos días.

—¿Qué trato?

—Dime qué quieres

Me quedo bloqueada, no sé qué quiero. Me siento como un ladrón al que, tras robar un banco, le llama el negociador de la policía para ofrecerle cualquier cosa y que suelte a los rehenes. Pide lo que quieras, suelen decirle. Y el ladrón pide un helicóptero para huir. Pero no quiero un helicóptero para huir. Ya me había decidido a ir a Benidorm, pero es incompatible con el trato que me ofrece.

—No lo sé ahora.

—Tómate tu tiempo, no tienes que decidirlo ahora.

—No lo sé, no creo que haya nada que me puedas ofrecer para quedarme, creo que lo mejor será que me vaya. Sólo necesito sentarme un momento para que se me pase el mareo —digo dándome la vuelta y caminando hacia mi mesa, fuera de esta sala de reuniones que parece haber tenido una fuga de oxígeno, porque no me está llegando al cerebro. Dos días y me encuentro fatal.

Me siento en mi silla y de pronto una voz madura y familiar resuena en mi cabeza.

—Míriam Juana Baeza García. Te has casado y no me has dicho nada, ¿ni me has invitado a la boda! ¡Una boda en un juzgado! ¡Con ese hombre! Ese hombre que te saca más veinte años.

—La madre que me parió —la describo con la boca abierta mientras Ana tose a mi izquierda, sentada en su silla, y otros compañeros nos miran paralizados desde que han salido del ascensor junto a mi madre.

—No es sitio para hablar de esto —digo con la voz grave y bajando un par de tonos para darle a entender que no quiero que se entere nadie—. Y no tiene veinte años más que yo.

—La del vestíbulo me ha dicho tal cual: Miguel Garmendia tiene cincuenta y tantos años.

Me echo las manos a la cara para taparme los ojos con la esperanza de que el suelo bajo mis pies se abra y desaparecer cayendo al abismo.

—No es tan mayor, esa no se entera —le explico negando con la cabeza.

—Vas a tener que darme muchas explicaciones. No me gusta salir del pueblo y menos para venir a Madrid, que con tanta gente me pierdo.

—¿Y para qué vienes? Mamá, vuelve al pueblo, haz el favor —le ruego al borde de las lágrimas.

—No pienso volver hasta que me expliques qué está pasando. No he criado a cuatro hijas para que se me descarríen y se conviertan en esto.

—¿En esto? —pregunto ofendida.

—Te has casado con un viejo por su dinero. ¡Con tu jefe!

—Creo que en el edificio de al lado no te han oído —digo levantándome de la silla para cogerla del brazo y sacarla de allí por la puerta que da a las escaleras de emergencias.

—¿Te das cuenta de que no voy a poder volver a sentarme en esa silla? Voy a ser la comidilla de los cotilleos durante meses. Años.

Ella me sigue escaleras abajo porque no puede dejarme ir sin soltarme todos sus pensamientos más extraños.

—¿Quién te ha dicho lo de Miguel? —interrumpo de repente todos sus reproches.

—Eso no importa.

—¿Ha sido Noelia?

—¿Noelia lo sabía también? Claro..., si estáis las dos aquí, haciendo lo que os da la gana.

—Mamá, por favor, no te callas nunca —digo al borde de las lágrimas.

—Y menos que me voy a callar, después de lo que estoy viendo.

—Quiero desaparecer.

—¿A dónde vas?

—Hasta que no me digas quién te contó lo de Miguel no te lo voy a decir.

—Un hombre que trabaja contigo, me dijo que se llamaba Julio.

La miro boquiabierta y decido volver a darme la vuelta y bajar hasta el vestíbulo, con ella a mi espalda como si fuera mi sombra.

Cuando salgo a la calle y el aire frío me da un bofetón, que después de ver a mi madre, me parece una caricia, decido meterme en la primera boca del metro que encuentro.

—¿Dónde vamos?

—¿Tienes dónde alojarte?

—Acabo de bajar del tren, he venido directamente. Como para pararme a buscar hostel con el cabreo que tenía...

—Muy bien, pues yo te he encontrado uno.

Tras media hora de machaque psicológico como no he vivido antes en mi vida, consigo dejar a mi madre en la casa de Julio, de la que tengo aún las llaves. Porque ya que la ha llamado él, y seguramente a causa de Noelia, que la aguanten ellos. He logrado coger mis maletas tras asegurarle que no tengo nada con Julio, y que está, en realidad, con Noelia. Mientras ella se instala, me dirijo ahora hacia la casa de Miguel. Le he enviado un mensaje diciendo que aceptaba su propuesta y que ya sabía qué quería.

Lo que quiero es que envíe a unos guardias de seguridad y se lleven a mi madre hasta la provincia de Albacete, que la dejen en una gasolinera y ya ella sabrá volver... Sé que suena mal, pero si no tengo algo de ventaja, a las cuatro horas vuelve a estar en Madrid para seguir machacándome con sus "neuras" durante unas cuantas semanas más.

Para llegar al chalet de Miguel me veo obligada a coger un taxi, porque no llega el metro. No sé ni cómo voy a pagar el taxi, tal vez coja la cubertería de plata y se la eche por la ventanilla, con el cubertero incluido a modo de propina.

Sin embargo cuando llego, en la puerta está Miguel, esperándome.

—Ha habido un gran revuelo en la oficina. Tu madre es... especial —dice con una sonrisa mientras paga al taxista y coge mis maletas.

—Acepto seguir aquí, pero no habrá sexo. Consigue tu dinero rápido porque no sé cuánto aguantaré en esta casa.

Él me mira confuso pero asiente aceptando que las cosas han cambiado.

—No quiero estar en la misma habitación —exijo en cuanto pongo un pie en el interior de la casa.

Oigo que Miguel se detiene a mi espalda y deja caer las maletas en el suelo.

—No es posible. Si no parece un matrimonio real tendré que devolver el dinero.

—Está bien —acepto resignada—. Pero no me toques.

—¿Por qué has decidido seguir con esto? —pregunta dando un paso hacia mí.

—Creo que por llevarle la contraria a mi madre —reconozco encogiéndome de hombros.

Él niega con la cabeza y se abstiene de decir nada más, creo que no le ha gustado la respuesta que ha obtenido y no quiere más dosis de realidad.

Aunque le he advertido que no me toque, tengo que reconocer que no estoy tan segura de que yo misma pueda mantener las manos quietas, porque sabiendo lo que tiene entre las piernas y de lo que es capaz de hacer con ello... O que llevo más de dos días sin sexo. Vamos que... un día más y no respondo... Aunque cada vez que recuerdo que me acusó de colaborar con ese contable que engañó a todos... Ahí me baja la libido a los pies, sólo de la rabia que me entra por todo el cuerpo.

Tengo que hacer un esfuerzo como no he hecho en mi vida por mantenerme firme y no ceder a mis instintos. Incluso me planteo seriamente ir a terapia cuando veo a Miguel volver a coger mis maletas y subir las escaleras delante de mí. Dos días... No sé si llegaré a un tercero.

Le sigo hasta la habitación sin despegar mis ojos de su trasero y de pronto deja las maletas y se vuelve hacia mí.

—Tenemos que volver a la oficina —dice sacándome de mi ensimismamiento o mejor dicho, "enclavamiento".

—Después de la que ha liado mi madre creo que no debería aparecer por allí.

—Pues yo creo que sí deberías, estoy harto de tantos rumores y tanta mierda. Todo eso sólo ha tenido malas consecuencias —dice acercándose a mí—. Ya es hora de acabar con todo eso.

—¿Cómo?

—Ya lo verás, vamos juntos a la oficina.

Una hora después estamos todos reunidos en el auditorio de la primera planta, absolutamente todos los trabajadores, a los que ha convocado Julio por orden de Miguel Garmendia.

No sé qué pretende, pero ha hecho que Julio y yo nos sentemos en la primera fila. Las luces bajan de intensidad y las del escenario suben. Entonces aparece Miguel con un micrófono en la mano dispuesto a dar un discurso, con la chaqueta del traje abierta y sin corbata. De pronto me ha recordado a esos coach americanos que hacen conferencias para enseñar cómo ser positivo en los negocios, o más productivo, o simplemente soportar esta vida con dignidad. Nos mira a todos y finalmente a mí. Desde luego si había alguna duda sobre lo nuestro acaba de aclararla. Lo cual es confirmado por el rumor de cuchicheos que comienza a llenar la sala.

Empieza su discurso hablando de cómo la empresa está atravesando algunos problemas y nos explica que están resolviéndose gracias a las últimas ideas que han tenido los de marketing, después pide que sigamos trabajando como lo estamos haciendo. Es un discurso muy positivo, y ha captado la atención de todos por sus formas desenfadadas, su traje menos formal y su lenguaje más cercano, aunque sigue teniendo ese aire de "jefe". Eso es difícil de dejar a un lado, pero desde luego ha mejorado. Tras una breve pausa comienza a dar otro mensaje. Explica que los problemas económicos que hemos tenido han sido causados por todos esos rumores y cotilleos que circulan por el edificio. Relata, de forma bastante light, cómo todos esos problemas surgieron de la desinformación, de las horas perdidas inventando historias sobre los demás. Y para terminar explica cómo estamos saliendo del pozo y cómo podemos seguir hacia adelante gracias al trabajo de todos.

Mientras habla oigo algunas voces femeninas a mi espalda susurrando que ha cambiado mucho y que tiene un polvo. Y yo sólo pienso en que se ponga las gafas de una maldita vez para que nadie más se dé cuenta de lo bueno que está. Aunque ya no tenemos nada, me molesta demasiado que esas que antes decían que era un aburrido y que alguien como María sólo estaba con él por su dinero, ahora digan que se lo follarían. Menos mal que no saben la talla que se gasta ahí abajo...

Ya está acabando y yo intento hacerle señas para que se ponga las gafas, pero este hombre no se entera. Señalo las gafas de Julio, de hecho acabo quitándoselas y poniéndomelas para que lo entienda. Sin embargo sigue sin pillarlo.

—¿Qué haces? —me pregunta Julio quitándome las gafas de las manos y mirándome después como si estuviera loca a través de sus cristales, que por cierto no ve muy bien, porque casi me mareo con ellas puestas.

—Intentaba decirle que se pusiera las gafas —le explico negando con la cabeza.

—Lleva lentillas.

¿Ahora lleva lentillas? ¿Por qué? ¿Qué pretende? Vuelvo a escuchar algún rumor sobre Miguel y el morbazo que tiene con esa actitud y su nuevo aspecto, y me da más rabia todavía. ¿Acaso no se dan cuenta de que por tanto cotilleo es por lo que casi nos vamos todos al paro?

—No puedo seguir aquí —le susurro a Julio intentando levantarme, pero él me detiene sujetándome por el brazo.

—No puedes dar mal ejemplo ahora.

—Pero si yo no soy nadie.

—¿Recuerdas cuando desapareció Miguel hace unos días? —él me mira esperando que asienta y luego prosigue—. Te dije que tenías que dirigir la empresa...

—Lo sé, es sólo que no quiero que se enteren los demás.

—¿Acaso no estás escuchando el discurso de Miguel sobre las habladurías en la empresa y toda esa mierda?

En primer lugar estoy sorprendida por el lenguaje que acaba de usar Julio, creo que se le ha contagiado de pasar demasiado tiempo con Noelia y conmigo. En segundo lugar, tiene razón, ya no estoy escuchando el discurso de Miguel, sólo puedo pensar en que las demás empleadas están viéndolo como yo lo veo, y no me gusta nada. No lo admitiría ante nadie, pero esto se parece demasiado a los celos.

—¿Ha hablado de Alberto?

Julio me mira ahora alzando las cejas y niega.

—Algo así, luego le preguntas.

Le ofrezco una sonrisa y asiento con la cabeza mientras calculo la hora a la que llegará a su casa y descubra que he dejado a mi madre allí. Un pequeño regalo por haberla llamado y haberme descubierto ante todos en la empresa. Seguramente ese era su objetivo, para que no tuviera excusas para irme. Sin embargo, le ha salido el tiro por la culata, porque aunque ha conseguido lo que quería, la contrapartida es mucho peor, no le desearía ni a mi peor enemigo aguantar a esa mujer más de dos días...

No sé hasta cuándo podré aguantar. Ha sido un día demasiado raro en la oficina. Ana no se ha sorprendido al enterarse de que me había casado con Miguel para salvar la empresa con el dinero de la herencia, pero el resto han flipado.

Es raro volver a la anterior situación, la que teníamos antes de que se armara todo ese revuelo por culpa del detective reenviado por Juan. Miguel entra en la habitación donde tenemos que volver a dormir juntos, en la misma cama, y yo realmente no entiendo hasta qué punto todo esto tiene sentido. Es decir, nadie podría descubrir si estamos usando la misma cama si no fuera con unas cámaras o micrófonos por toda la casa, lo cual sería impensable. Lo miro entrecerrando los ojos y me doy cuenta de que oculta algo. Es el instinto, o tal vez la lógica. Porque, ¿qué sentido tendría que tuviéramos que fingir en casa que somos un matrimonio? Los únicos que podrían hablar, Rosana y Jaime, jamás dirían nada. Es decir, no hay forma de saber si dormimos juntos o no. Esos dos son la discreción en persona. De hecho, cuando llegué aquí pensaron que era una prostituta y no han abierto la boca para decir una sola palabra. Son como la antítesis de lo que se puede encontrar en la oficina donde trabajo. Desde luego no sé cómo lo hacen, es como si la parte del cerebro que controla los chismorreos no les funcionara...

—¿Has llevado a tu madre a la casa de Julio?

Me giro para observar a Miguel que está leyendo su móvil, medio desnudo en medio de la

habitación, con una toalla enrollada en la cintura.

Asiento con la cabeza porque no soy capaz de hablar aún. No esperaba verlo así. Ni recordaba lo atractivo que está desnudo. De pronto siento un deseo terrible por deslizar la palma de mi mano por su pecho y sentir su vello y su piel en la mía. Cómo me gustaría acariciarle ahora.

—¿Cómo se te ha ocurrido?

—¿Cómo se le ha ocurrido a él llamarla?

—No tengo la menor idea.

No me parece que esté diciendo la verdad. De hecho me parece que está mintiendo. He descubierto un gesto que hace cuando miente y es que mira hacia la derecha y se rasca la nariz de una forma muy sutil.

—¿Y qué tal está pasando la noche tu amigo?

—Creo que te lo puedes imaginar, lo está volviendo loco.

—¿Sigue esa traidora en su casa? Es decir, Noelia.

—Está bien, la llamamos para que te quedaras.

—¡Lo sabía! —exclamo apretando el puño derecho y dando una patada a la base de la cama—. ¿En qué más me habéis mentido? —pregunto ahora sospechando de más cosas que han pasado hoy. Hay cosas que simplemente no encajan.

Él niega con la cabeza sin decir nada y no puedo saber si miente, porque no mira hacia ningún lado ni se rasca la nariz.

Es todo muy raro, en el discurso que ha dado en el auditorio del trabajo ha asegurado que estábamos saliendo de todos nuestros problemas. Y sin embargo cuando hemos llegado a casa me ha dicho que la cosa no iba bien y que necesita más tiempo del que me prometió para conseguir el dinero. ¿Ha mentido a los empleados o a mí? Lo que está claro es que miente. Sólo habría que descubrir hasta qué punto y a quién.

Le miro entrecerrando los ojos y él me devuelve una sonrisa. E inmediatamente después se quita la toalla quedando totalmente desnudo frente a mí.

—¿Qué haces?

—Estoy en mi habitación. Quiero ponerme el pijama y dormir —explica como si no tuviera una erección enorme entre sus piernas.

—¿Dormir? —pregunto sin apartar mis ojos de su polla, pero es que es imposible no mirar esa cosa.

—Dormir.

—Sabes que llevo dos días sin follar, y sabes que tengo un problema. Me estoy cabreando y me enseñas esa cosa para ponerme más nerviosa.

—Sigo queriendo dormir —asegura de nuevo colocándose el pijama y metiéndose en la cama como si no supiera que la tiene así de dura.

—A mí no te me acerques.

Al día siguiente.

No dormí nada anoche porque, por si fuera poca provocación que se paseara desnudo por la habitación antes de dormir, a media noche decidió quitarse el pijama y acabó acercándose a mí. Por lo que me he despertado con su boca en mi cuello y su polla en mi culo. No creo que pueda aguantar mucho más. No soy de piedra, ni soy una persona de voluntad fuerte. Y menos en esos ámbitos, es decir, en el plano sexual.

Ya son tres días sin sexo. No recuerdo haber pasado tanto tiempo de abstinencia. Si pasó alguna vez en el pasado, debía estar enferma para aguantar tanto. Estoy empezando a pensar que el orgullo no sirve de nada. Aunque tal vez haya una manera de soportar con orgullo todo esto. Es decir, no tendría que soportar esta abstinencia, podría follarme a Miguel con absoluta indiferencia. ¿Existe la expresión “follar con despecho”? Porque si no existe podrían inventarla y sería mi salvación.

Miguel está vistiéndose frente a mí con una lentitud fuera de lo común. Mi instinto me dice que intenta provocarme, que lo hace aposta. Aunque también puede ser que el deseo y las ganas me estén llevando a la locura o esté adquiriendo las propiedades de un agujero negro y el tiempo se ralentiza a mi alrededor. ¿Pero es que tiene que vestirse tan lentamente?

—¡Dios santo, acaba ya!

Él se gira y me mira con una sonrisa. Y entonces sé que lo estaba haciendo aposta. Decido levantarme de la cama y hacer lo mismo que él. Me quito el pijama lentamente hasta quedarme desnuda, sólo con las braguitas, y camino por la habitación como si estuviera buscando algo. Y no me he quedado en pelotas completamente porque puede que se de cuenta de que estoy más excitada que él. Porque yo creo que ahora mismo se podrían usar mis pezones para cortar vidrio...

Siento su mirada quemándome la piel. Siento cómo se detiene en cada centímetro de mi cuerpo y decido ir más allá, porque qué más da. Me quito el sujetador abriendo lentamente el cierre como si no me diera cuenta de que me está mirando. Me giro para que no me vea y dejo caer el sujetador encima de la cama de forma despreocupada, como en un anuncio de perfume. Después meto los dedos por las tiras de mis braguitas para bajarlas mientras me agacho sabiendo que va a verme tan profundamente como si se tratara del médico, porque le dejo el culo en pompa como si fuera la postura más normal para quitarse unas bragas.

No entiendo por qué ha estado provocándome desde ayer. Si él sólo quería follarme porque si no lo hacía podía perderlo todo. Es decir, yo le aseguré esta vez que no foliaríamos pero que cumpliría con mi parte del plan. Claro, que lo dije y sabía en el fondo que no podría aguantar las ganas. Tal vez él lo sepa, sepa que se me puede ir la cabeza y cometer algún desliz y por eso intenta follarme de nuevo, para asegurarse el dinero de la herencia.

En ese caso, ahora mismo sólo estaría haciendo el ridículo, intentando provocarle. Sería una situación totalmente fuera de lugar.

Decido vestirme rápidamente y dejar de jugar a este juego tan estúpido y no me doy cuenta de que él tiene una erección que quita el hipo hasta que me doy la vuelta y lo veo totalmente desnudo y con los ojos abiertos de par en par.

Sabía que no debía jugar a estas cosas o saldría perdiendo. Siempre salgo perdiendo porque yo tengo más ganas que los demás. Es un verdadero problema. Debería ir a terapia. De hecho ahora mismo debería coger el teléfono y llamar a algún número de ayuda psicológica o temo que voy a quedarme mirando a Miguel como una posesa, como estoy haciendo ahora mismo. Y no respondo de lo que pueda ser capaz después.

—Será mejor que vayamos a la oficina —me limito a decir cogiendo el móvil lo más rápidamente posible de la mesita junto a la cama.

—¿Qué ha sido eso?

—¿Qué ha sido qué? —le devuelvo la pregunta haciéndome la ingenua.

—Lo sabes muy bien.

Lo miro frunciendo el ceño y apretando el móvil contra mi pecho como si me protegiera de Miguel con ese aparato, y de mí misma.

—He hecho lo mismo que tú.

Miro el móvil con la intención de pedir ayuda, aunque no sé a quién y veo unos cien mensajes de Noelia y otros tantos de Julio, y después de mi madre.

—¿Qué pasa?

—Mi madre, Julio y Noelia vienen para acá.

Oigo las voces de esos tres desde la ventana que da a la parte delantera de la casa y me acerco rápidamente pasando por delante de Miguel, que sigue desnudo y por si fuera poco huele demasiado bien, por lo que me cuesta llegar hasta esa ventana.

—Están abajo —corroboro mis sospechas deslizando mi mano por la cortina para ver el coche de Julio aparcado justo debajo.

—Rosana los llevará al salón, no tenemos prisa.

—¿Cómo que no tenemos prisa?

Él me agarra del brazo y me hace girar hasta quedar entre sus brazos para mirarme primero a los ojos y comprobar que estoy demasiado excitada como para poder negarme. ¡Qué rabia me da que sepa mi punto débil! Pero no puedo, tiene razón, no puedo soportarlo más. Mis ojos bajan sin darme cuenta hasta sus labios y los míos se abren por reflejo ante los de él.

—No sé cómo he aguantado toda la noche sin hacer esto —dice antes de acercarse a mi boca y lamer mis labios de una forma tan suave y húmeda que no puedo evitar que un suspiro salga de mi pecho.

¿Ha dicho lo que creo que ha dicho? ¿Que él ha aguantado? ¡Pero si la que ha aguantado he sido yo!, y casi muero en el intento, de hecho no me siento bien ahora mismo, creo que me estoy mareando.

—Necesito sentarme en la cama un momento.

Él no se da cuenta de que lo que me pasa es que no me llega la sangre al cerebro y me coge en brazos para llevarme a la cama y subirse encima de mí.

No puedo rechazarle ahora, ni tengo fuerzas ni puedo controlarme. Tres días sin sexo para mí es como un mes para una persona normal, o un año para mi ex...

Esto es difícil. Demasiado.

Sus labios suaves, que tanto he recordado estos días, su sexo duro rozándose contra mí. Es que no puedo ni controlar mis manos, que han ido directamente a ese lugar de su cuerpo.

No puedo controlar mis gemidos. ¡Cómo sabe el muy cabrón lo que me gusta! Aunque se lo di por escrito... ¡Es que encima sabe todo de mi puño y letra!, y sabe cómo me pongo cuando hace todo lo que me está haciendo, tocando con la presión adecuada, con la humedad correcta y con los dedos y la lengua en los lugares que me van a volver loca.

Miguel está como poseído, no entiendo qué le pasa, o se ha tomado una de esas pastillas azules o se le ha contagiado mi adicción. Tal vez sea como un virus y ahora él también está salidísimo. O le va la vida en conservar el dinero de la herencia por mucho más tiempo... Aunque cada vez que me besa, cada vez que siento su lengua contra la mía me va importando menos la razón por la que está sobre mí y por la cual me está desnudando. La razón por la que sus dedos están ahora moviéndose dentro de mi cuerpo.

Sus besos se hacen más profundos y acompaña el movimiento de su lengua con las embestidas de sus dedos en mi interior. Empiezo a gemir descontroladamente y él acerca su polla a mi cuerpo, lo siento duro contra mi muslo y me muevo sin voluntad buscándole.

Alguien llama a la puerta y Miguel deja de mover su mano dentro de mí, pero no saca ni un solo dedo, sólo se queda paralizado.

—Señor Garmendia, los invitados están poniéndose nerviosos —dice Rosana desde el otro lado de la puerta.

Nos quedamos mirándonos en silencio. Sus ojos marrones y profundos, entornados cuando está excitado, me dejan sin palabras. Pero es que tampoco puedo moverme, me tiene atrapada en su mirada y sólo puedo pensar en que necesito tenerle dentro.

Él, sin embargo, se aparta de mí sacando al fin sus dedos de mi interior húmedo y caliente. Tan húmedo que tiene que secar sus dedos en la sábana. Mi cerebro tiene que trabajar por encima de sus posibilidades en estos momentos para dar la orden a mis extremidades de moverse. Porque hasta hace un momento era incapaz de hacerlo.

Mientras él se vuelve a vestir yo me dedico a hacer lo mismo pero sin perderle de vista. ¡Qué fácil ha sido para él volver a tenerme gimiendo bajo sus manos! No puedo ser tan previsible ni tan débil. Esto sólo me matará. Porque yo sí siento demasiado. No puedo volver siquiera a tocarlo porque esto va a ser muy doloroso para mí cuando acabe...

Ojalá no sintiera todo tan intensamente. Sus manos, sus ojos. Tal vez para alguien como Miguel Garmendia todo esto no sea más que un negocio, un trámite para lograr sus objetivos, pero para mí es tan distinto. Por eso acabo de decidir ignorarle por el resto de los días que tengamos que estar juntos y continuar con este teatro, esta pantomima de matrimonio de conveniencia.

Cuando bajamos al salón, donde Jaime los había encerrado a todos, Julio dice cuatro palabras y se larga, por si se me ocurre devolverle de nuevo a mi madre. No me ha dado tiempo si quiera a despedirme de él. Sólo ha dicho que nos veríamos en la oficina, que tenía mucho trabajo.

—Se la tenía que devolver —intento justificarme.

—¿Devolver qué? —pregunta mi madre frunciendo el ceño.

—¿Por qué no vuelves la pueblo? He visto en la aplicación que sale un tren en una hora — sugiero pasando el móvil por delante de sus ojos sin demasiadas esperanzas, porque la conozco bien y hasta que no logre su objetivo no se irá.

—Eso es lo que tú quisieras.

—¡Claro! Te lo estoy diciendo...

—Lo siento, Míriam, es que me llamó tu madre cuando estaba en casa de Julio y lo cogió él, preguntó por ti y bueno, no fue a drede —se excusa Noelia.

—Pues vaya casualidad —respondo sabiendo que fue cosa de Julio y de Miguel, porque lo ha confesado hace un rato en la habitación.

—No querías que me enterara de todo lo que estabas haciendo en Madrid. Primero te vas con ese atontao sólo para llevarme la contraria y hacerme rabiar, y luego te casas con éste por dinero. He venido para llevarte a casa.

—No estamos en la edad media, vuelve al pueblo. Y no me he casado con él por dinero —le aseguro aunque mi voz no suena muy convincente.

Ella se acerca más a mí encarándome. Que no me provoque o empezaré a ponerme nerviosa, de hecho ya me estoy alterando bastante.

—¿Entonces por qué? —pregunta alzando el tono de voz y cruzándose de brazos.

—Pues mira, porque folla de puta madre —respondo en un tono más alto que ella.

Oigo a Noelia toser tras mi madre mientras empiezo a darme cuenta de que me han puesto muy nerviosa.

—Eres como tu tía Marga —dice mi madre negando con la cabeza.

—Pues con ella me iba a ir a Benidorm, mira por donde, porque contigo al pueblo no volvería ni muerta.

Por primera vez en su vida mi madre no abre la boca y empiezo a pensar que me he pasado. Ella siempre me dijo que pensara antes de hablar, es el único buen consejo que me ha dado en su vida. Y siempre me digo a mí misma que lo siga, el problema es que se me olvida, sólo lo

recuerdo cuando la cago.

Mi madre se da la vuelta y nos deja solos en el salón.

—¿Dónde vas? —le pregunto cuando está aún bajo el umbral de la puerta.

—Voy a coger ese tren.

Oigo a Miguel preguntarle a Noelia por la tía Marga y a ella respondiéndole que se fue a Benidorm porque en el pueblo estaban las cosas un poco tensas.

—Marga se lió con su padre —aclara Noelia a mi espalda.

—Sí, y mi madre no puede ver ni oír hablar de su propia hermana desde entonces —digo yo sin volver la vista hacia ellos. Sólo puedo seguir mirando la puerta por la que ha salido mi madre.

—Y yo que pensaba que en mi familia había problemas... —suelta Miguel sorprendiéndonos, porque normalmente es bastante comedido con todos los asuntos que se refieren a las relaciones sociales, familiares, etc. Lo único que le interesa es el trabajo.

—¿Debería seguirla? No es que haya paradas de taxis cerca —digo pensativa, mirando hacia la puerta por la que ha salido hace un minuto.

Miguel decide seguirla y encargarse de todo y no sé por qué lo hace, pero se lo agradezco. El orgullo me impide ir detrás de ella, pero tampoco quiero que le pase nada, seguro que se perdería, esto no es el pueblo, que hay cuatro calles y sólo una principal. Además, ni siquiera se aclara con el móvil...

Yo sabía que la presencia de mi madre no podía traer nada bueno, ahora no sólo me siento culpable, sino que en la oficina se han enterado de todo. Saben que Miguel y yo nos hemos casado. Y a pesar de las palabras de Miguel para cortar con los chismorreos, está claro que todos hablan sobre nosotros.

Cuando he llegado a la oficina me he sentado en mi mesa como cada día, ha sido un poco raro, pero al final todo estaba como siempre. O incluso mejor, porque Toñi me debe un favor y Ana me ha estado informando de todos los rumores que hay en la oficina.

La única diferencia es que ya no hablan de la modelo que creían que estaba con Miguel, ahora todos se centran en mí.

—Ya me olía que había algo. Lo que pasa es que no quería alimentar al monstruo —susurra Ana acercándose más.

—¿Cómo que te lo olías?

—Lo de Miguel lo tenía claro, pero tú me lo confirmaste cuando le llamaste por su nombre en lugar de decir “el señor Garmendia” o el jefe.

Estoy a punto de quejarme cuando de pronto me doy cuenta de una cosa:

—¿Lo de Miguel lo tenías claro? —pregunto frunciendo el ceño confusa.

—Estaba claro que estaba interesado en ti. De hecho ya se comentaba antes por aquí. Te miraba de una forma... Y luego cuando vino Alberto y desapareció dos días... Se decía que era porque te gustaba el nuevo y Miguel no pudo soportar verte con otro.

—Madre mía, qué historias se monta la gente —pienso en voz alta mientras niego con la cabeza.

—Me gusta más Miguel, además hacéis buena pareja —susurra antes de deslizarse con su silla hacia su mesa.

No ha servido de nada el discurso de Miguel, me parece que todos seguirán cuchicheando sobre tonterías por el resto de sus vidas.

Me quedo mirando la pantalla del ordenador como una tonta pensando en lo que ha dicho.

Todos pensaban que Miguel estaba pillado por mí. ¿Tal vez porque llegábamos a la vez al trabajo? Pero ella ha dicho que me miraba de una forma distinta. En realidad no ha dicho de qué forma me miraba. ¿Como garante del dinero de la herencia? Así es como me miraba. Eso lo tengo claro. El problema es que yo no lo miro igual, yo lo miro como si fuera el “satisfaiier”...

Y cada vez es peor. De hecho ahora acaba de salir de su despacho y creo que hasta me llega su olor. Es posible que se me hayan agudizado los sentidos, como he perdido uno, el del sexo, todos los demás están a flor de piel. Es como cuando estás a dieta y hueles una panadería a doscientos metros... ¡Putos hidratos!, pero qué buenos están. ¡Y puto Miguel!, pero qué bueno está. Mi única opción para soportar su presencia es huir de él en la medida de lo posible.

Capítulo 12

Llevo todo el día intentando quedarme a solas con Miriam, pero es difícil cuando ella se dedica todo el tiempo a esquivarme. Por eso he decidido esperar a llegar a casa, donde no tiene escapatoria. No estoy seguro de lo que estoy haciendo, ni siquiera sé si funcionará, si me desea, si siente lo mismo que yo. Pero conozco su punto débil, y sé que necesita sexo, y sé que lleva tres días sin su adicción. Ni siquiera estoy seguro de que me desee tanto como yo a ella, pero al menos sigue viviendo conmigo. Es decir, una parte del plan funcionó, gracias a la presencia de su madre, que hizo que se quedara conmigo, y todo por llevarle la contraria. Noelia nos ayudó con ese tema. Ahora el plan es seguir casados el máximo tiempo posible, es decir, el tiempo que pueda ocultar que ya tengo el dinero y que no es necesario que sigamos casados.

Durante el trayecto a casa no dice una sola palabra. Aunque en el interior del coche no tiene escapatoria ella intenta hacer como si hubiera varios metros que nos separan. No sé qué decir. He abierto la boca varias veces pero ella tiene el cuello girado y la vista puesta en su ventanilla, en una postura que no invita en absoluto a mantener una conversación.

—He dejado a tu madre en la estación.

Al fin se gira hacia mí, mirándome con preocupación.

—Le habrá costado una buena parte de su orgullo dejar que la llevaras.

Yo sonrío y noto que ella también quiere hacerlo, pero se controla antes.

—He tenido que seguirla durante cincuenta metros a diez por hora, casi se me cala el coche.

—Le habrás caído bien. A mí me tuvo así una vez durante quince minutos.

—Es dura...

—No te haces una idea.

—¿Qué pasó para que te fueras? —pregunto sin la certeza de que vaya a contestar, porque ha vuelto la cabeza de nuevo hacia la ventanilla.

—Conocí a un chico, ella no quería que estuviera con él, no sé por qué. Vine a Madrid con él y estuvimos juntos dos años, en los que empecé a estudiar y a trabajar y él acabó yéndose con otra. Volví al pueblo sólo para visitarla y me estuvo repitiendo tantas veces que ese chico me pondría los cuernos, diciendo que era como la tía Marga o como mi padre... Así que no le dije que me había dejado porque habría sido peor, no tuve más remedio que defenderlo, sólo para que me dejara tranquila. Ella tenía razón, pero habría sido insoportable escucharle decir que me había equivocado.

—Puede ser... Insistente.

Por fin la veo sonreír, aunque rápidamente vuelve a girar la cabeza para que no la vea.

—¿Qué te ha preguntado cuando la has llevado a la estación? Porque estoy segura de que te habrá acibillado a preguntas.

—He respondido a todas ellas con paciencia. Diría que se ha ido... contenta. En primer lugar me ha preguntado si te quería, después si tenía malas intenciones —digo dejando escapar una sonrisa—. Y por último me ha preguntado cuándo será la boda "de verdad". Con esta última pregunta he tenido dificultades porque he pensado por sus palabras que ella sabía que es un matrimonio de conveniencia y que estaba preguntando si vamos a casarnos de nuevo. Pero luego ha dicho "como Dios manda" y he entendido que se refería a casarnos por la iglesia.

—Tomo nota, y la próxima vez que me case, si es que la hay, será en Las Vegas...

—Cómo te gusta llevarle la contraria.

—Tú lo has dicho antes, es muy dura.

—Como su hija —respondo sin darme cuenta de que acabo de romper el momento, porque tras decirlo me mira frunciendo el ceño.

Mantiene el silencio hasta que llegamos a casa y cuando detengo el coche en la puerta, baja antes de que me de tiempo a parar el motor. No sé qué he dicho ahora. A veces es complicado para mí socializar y más con las mujeres. Creo que no estoy acostumbrado a hablar de estos temas y todo esto es terreno virgen para mí.

Cuando llego a casa la dejo a solas y me entretengo en la cocina más tiempo del que necesito para cenar. Porque normalmente cojo cualquier cosa que haya o Rosana me prepara algo rápido, suelo estar demasiado estresado y cansado como para una cena normal.

—¿Se encuentra bien? —pregunta Rosana a mi espalda cuando tengo la cabeza metida aún en la nevera.

—Sí, Rosana, no te preocupes —digo devolviéndole la sonrisa.

—Yo no me meto en nada que no venga conmigo pero es que he visto a Míriam llorando cuando ha entrado.

—¿Cómo?

—No me ha querido decir qué le pasaba, sólo que no puede estar aquí mucho más tiempo. Que no lo puede soportar.

¿Tanto asco le doy? ¿Ya no tiene adicción al sexo?

—No entiendo nada —confieso hundido como no lo estaba hace tiempo. Y últimamente me pasa muy a menudo.

—Está enamorada, es evidente.

Me quedo mirando a Rosana durante unos segundos y no sé qué pensar. Pero ella asiente con la cabeza para apoyar sus palabras.

—Suba y haga que se quede. Aún tiene que terminar nuestras declaraciones de la renta —añade con una sonrisa. Vaya confusión hubo con ese tema cuando llegó aquí la primera vez.

A Rosana le ha faltado empujarme para que subiera, sin embargo, aunque he hecho lo que me ha dicho, no estoy tan convencido de que tenga razón. Míriam no está enamorada, creo que me odia. Ni siquiera tiene ganas de mirarme o tocarme. De hecho, entro en la habitación y se da la vuelta en cuanto me ve entrar.

—Nunca he visto a ese detective que envió el notario para espiarnos. Creo que podría dormir en otra habitación y no afectaría en absoluto al resultado de nuestro matrimonio.

—No podemos fiarnos, nunca se sabe cómo nos vigilan —aseguro quitándome la ropa confuso aún por lo que ha dicho Rosana—. Tal vez haya alguien con unos prismáticos ahí fuera.

De pronto Míriam se da la vuelta y me mira durante unos segundos para después meterse en la cama y taparse hasta el cuero cabelludo con la manta.

No tardo en quitarme la ropa y en meterme en la cama con ella. Necesito sentir su calor. Necesito abrazarla. Y lo hago.

Deslizo mi mano por su brazo bajo las mantas, bajo la oscuridad que lo inunda todo. Ella no me rechaza. De pronto siento su mano sobre la mía y la dirige hacia su sexo, metiéndola por debajo de sus braguitas. No sé si lo hace por su adicción al sexo o porque tal vez haya algo de razón en las palabras de Rosana, y en alguna parte de su odio hacia mí hay también deseo, u otra cosa. Sin embargo, en este momento no me importa tanto, y es un comienzo. Al menos deja que la toque, y no sólo eso, porque acaba de soltar mi mano, cuando se ha asegurado de que la mía no se movería de donde la ha dejado, para deslizar la suya hacia mi polla.

No dice nada, sólo oigo sus gemidos y el aire escapándose de su garganta cada vez que vuelvo a acariciar su clítoris o a meter mis dedos en su interior, más húmedo a cada momento que pasa.

—Me faltó hacer algo la primera vez —susurro rompiendo el silencio—. No tengo las bridas, pero puedo hacer lo mismo que haría con ellas —le aseguro colocándome sobre su cuerpo y sujetando sus muñecas por encima de su cabeza para inmovilizarla.

Noto su pecho hincharse cada vez que respira, cada vez más rápido, como si se ahogara. Mientras que con sus piernas, que están libres, me rodea y se inclina hacia mí.

—No tan rápido. Quiero ser fiel al documento en el que describiste lo que querías que te hiciera...

—Llevo tres días —se queja con la voz ronca, atrapándome con sus piernas y no dejándome más margen para moverme que seguir hacia adelante y clavársela.

Está tan húmeda que siento en cada milímetro de la piel su sexo apretando el mío con una suavidad que me está volviendo loco. Suelto sus manos e inmediatamente atrapa mi cuello con ellas para besarme. Un gemido ronco se escapa de mi boca para acabar en la suya. Y ella también gime, y se contrae alrededor de mi polla y comienza a moverse apretándome con sus piernas. Intento resistirme a su rapidez, intento controlar el movimiento y hacerlo más lento, pero no me deja. Es como si estuviera poseída.

—Sí sigues así no aguantaré mucho más, no sabes lo difícil que es contigo —le confieso y siento cómo afloja la presión de sus piernas en mi espalda—. Tengo que parar un momento.

Me aparto de ella lo suficiente como para bajar hasta su sexo y comienzo a acariciar su clítoris con mi lengua.

—Creo que si sigues así aguantaré menos que tú.

—Entonces volveremos a repetirlo.

Oigo sus gemidos mientras sigo deslizando la punta de mi lengua por la punta de su clítoris. Decido hacerlo más despacio aunque me está pidiendo con sus movimientos que vaya más deprisa. Sin embargo, no sé por qué, necesito verla disfrutar como lo hace, sólo un poco más. Es una imagen demasiado sensual, aunque apenas hay luz, sólo la que entra por la ventana a través de las cortinas, y no veo más que sus curvas y su silueta moviéndose, contorsionándose por el placer. Buscando mi lengua con sus movimientos.

—Apriétala —susurra—. Por favor —ruega sin apenas voz.

Presiono mi lengua y la muevo más rápido contra su clítoris hinchado y tenso. Acaricio con mis dedos su sexo hasta meterlos dentro y noto su humedad y sus contracciones cada vez más intensas, al mismo tiempo, acompañando los movimientos de la presión de mi lengua contra ella.

Noto en la tensión de todo su cuerpo que se levanta hacia mí, que en menos de un segundo se va a correr y decido acelerar los movimientos de mi lengua y mis dedos. Su cuerpo entra en rápidos espasmos que siento como si estuviera explotando bajo mi boca. Mientras que mis dedos están cada vez más húmedos y calientes en su interior. No puedo soportarlo más y me muevo hasta volver a meterle la polla y sentir todo lo que estaba sintiendo en mis dedos, ahora en mi sexo.

Es demasiado para contenerse y ahora ella está más húmeda que antes. Y por si fuera poco se le ha ido de las manos y sigue moviéndose como si volviera a estar poseída.

—No sigas, no puedo más —le ruego yo ahora, pero ella hace caso omiso de mi petición y sigue moviéndose contra mí rodeándome de nuevo con sus piernas para obligarme a entrar aún más profundamente en su cuerpo.

No aguanto mucho más, todo mi ser se deja llevar por su voluntad y me corro en su interior sintiendo el placer recorrer mi cuerpo, desde mi polla hasta llegar a cada extremidad. No sé si quería acabar pronto o le pueden las ganas. Sin embargo, sigo duro y ella lo ha notado. Y de pronto me empuja y caigo sobre mi espalda para colocarse sobre mí y continuar.

Sé que soy muy tonta, y que lo que pasó anoche no debería haber pasado, pero joder cómo lo necesitaba. Estaba llegando a niveles de desesperación bastante altos. De hecho sigo teniendo ganas de follármelo y eso que estuvimos horas, anoche... Pero es que es normal que vuelva a estar así, a modo de defensa diré que con esa polla apretada ahora a mi culo mientras fingimos que estamos dormidos no se puede pensar en otra cosa. Y está claro que él también finge dormir, porque creo yo que es humanamente imposible que este hombre esté durmiendo con esa erección... De no haber nacido con ese cerebro para los negocios podría haberse dedicado al porno, eso lo tengo claro desde la primera vez que le vi desnudo. O mejor dicho, desde la primera vez que se la toqué. Porque vaya cosa que tiene entre las piernas.

Me engaño a mí misma, diciéndome que todo sea por mi estabilidad mental, y alargo la mano hasta coger esa cosa enorme que tiene contra mi trasero. Oigo un gemido a mi espalda y noto en mi mano cómo todavía se le pone más dura. Cuánto tiempo desperdiciada la potencia del señor Garmendia... Si se supiera en la oficina todo este potencial... Dios mío... Espero que jamás se entere nadie. Aunque, un momento, ¿qué me importa a mí todo esto? Si yo me iré a Benidorm en cuanto Miguel recupere el dinero.

El problema es que en este momento no quisiera que lo recuperara nunca, y él sólo desea recuperarlo.

Tras el choque inicial de saber que estoy casada con el jefe, las compañeras han perdido la poca vergüenza que tenían y han empezado a envalentonarse para preguntarme que qué tal es en la cama. Mis respuestas son bastante atípicas para mí. Desde un "por favor" airado hasta un "Dios santo" acompañado de una negación con la cabeza.

He terminado por ofrecerles una botella de agua. A modo de amenaza, porque saben qué es lo que hago cuando me piden agua o un café, sobre todo con la gente que me cae mal o se pasa tres pueblos. Soy como un superhéroe, una justiciera...

Tras horas de cotilleos, y muy poco trabajo, Noelia llega para salvarme y de paso comer juntas. También quiere disculparse por la inesperada visita de mi madre.

—¿Un vaso de agua? —pregunto en cuanto pone un pie en la planta. Todas la miran esperando su respuesta y se crea un silencio alrededor de mi amiga.

—No, gracias. No tengo sed. Vamos a comer.

Todas la miran y sueltan el aire contenido en sus pulmones. Y yo me limito a poner los ojos en blanco.

—No es para tanto —les digo a todas, que me miraban con una tensa sonrisa.

—¿A qué te refieres?

—Nada, son cosas de administrativas... —intento quitarle hierro al asunto y tiro de su brazo tras coger mi bolso desde el otro lado de la mesa, para no tener que volver a mi silla.

Oigo a alguien toser a mi espalda, o mejor dicho, mi trasero, y me incorporo rápidamente. Es Noelia, para avisarme de algo que pasa y de lo que no me he enterado aún. Me doy la vuelta y veo a un hombre pasando por delante de nosotras, se parece a Miguel pero es más joven y con un aspecto bastante más despreocupado. Sabe dónde va, aunque yo no lo he visto nunca por aquí. De repente, aunque iba caminando decidido hacia la sala de reuniones, gira la cabeza y se queda mirándome confuso, sólo unos segundos, sin detenerse. Eva y Ana se quedan mirándolo como si fuera una galleta de chocolate.

—Ana —susurro cuando ese hombre ya ha entrado en la sala de reuniones—. ¿Quién es ese?

—El hermano de Miguel, Juan.

—¡La hostia! —susurro boquiabierta.

A los pocos segundos aparece otro hombre, uno que ya conozco, cruzando por delante de las mesas de todos desde el ascensor hasta la sala de reuniones entre los susurros y cuchicheos de todos.

—¡Lo han encontrado! —le digo a Ana entre la sorpresa y una incipiente tristeza.

—¡Qué fuerte!

—Vamos a comer —dice Noelia, pero no le hago el menor caso—. Tengo hambre, vámonos, ya te enterarás de lo que pasa luego—. No sé por qué insiste tanto, incluso tira de mi brazo.

El hombre que ha entrado es Javier, el contable que robó el dinero de la empresa. No entiendo qué significa esto, ¿han llegado a un acuerdo con él para no salir en la prensa? Porque debería estar en la cárcel por todo lo que hizo, no paseándose por la oficina como si nada. Esto no es normal.

—¿Por qué habrá venido? —le pregunto a Ana sentándome a su lado para oírla mejor e ignorando por completo a Noelia.

—Va a devolver el dinero, supongo. Lo que no entiendo es por qué lo hace voluntariamente — responde Ana.

—Exacto —digo levantándome sin saber muy bien lo que hago—. Será mejor que haga unas fotocopias. Vuelvo enseguida, Noelia —me excuso cogiendo un puñado de papeles para entrar en el cuarto de la fotocopidora y así colarme por los despachos hasta llegar a la sala de reuniones, sin que se note demasiado que voy a intentar escuchar lo que están hablando esos tres. Aunque creo que es muy evidente lo que voy a hacer y la excusa es malísima, supongo que lo hago por costumbre.

Juan tramó todo, pero el contable se llevó el dinero porque quiso. Entonces, ¿por qué ha vuelto? ¿Cómo lo han encontrado? Estaba claro que Alberto, el detective que habían contratado, trabajaba para Juan y no estaba buscando a Javier, ¿o sí? ¿Acaso lo encontró él? No tiene sentido. Miguel dijo que había cambiado de bando, pero a lo mejor al descubrir que Juan estaba detrás de todo, Alberto volvió a ocuparse del caso. Aunque creía que lo habían despedido.

Llego a mi destino y oigo las voces al otro lado de la puerta.

—No tenías que traerlo aquí —dice Miguel muy enfadado, nunca le he oído hablar en ese tono.

—Pero creía que...

—Eres idiota —es la voz de Julio.

—A ver si os aclaráis. Lo he citado aquí para que organice de nuevo todo el trabajo contable y vuelva el dinero a su sitio.

—Te dije que ya lo arreglaría yo a mi manera.

—No, me diste un puñetazo y luego dijiste que ya lo arreglaríamos —dice la voz que no conozco, que debe ser la de Juan—. Todavía tengo secuelas, cuando toso me duele el estómago.

—Más cosas te van a doler —le amenaza Miguel.

—Puedo volver en otro momento —dice Javier, el contable.

Alguien toca mi hombro y no puedo evitar gritar ante el susto que me acaban de dar. La persona que me ha descubierto aquí agazapada es demasiado sigilosa.

De pronto la puerta se abre y me topo con Miguel que me mira boquiabierto.

—¿Qué hacéis ahí?

—Yo unas fotocopias —me defiende alzando los papeles que he cogido.

Alberto, la persona que me ha descubierto escuchando la conversación de Miguel y su hermano, sonrío y niega con la cabeza.

—La he visto entrar y tenía curiosidad por saber qué haría. Son gajes del oficio...

—Y vosotros os quejabais de los chismorreos de la oficina, y de que somos unos liantes, pero vosotros sois peores —les acuso, mirando directamente a Miguel a los ojos—. Sí, lo he oído todo.

—Dejadnos solos —ordena Miguel sin apartar la vista de mí.

El resto del personal abandona la sala y me contengo de acusarle hasta que el último de ellos cierra la puerta.

—Me has mentido. No necesitabas el dinero de la herencia... Ahora podría estar en Benidorm.

Miguel se acerca más a mí y me mira entornando los ojos, como si me fuera a besar.

—¿Pero cómo podría hacer esto si estuvieras en Benidorm? —pregunta acariciándome la nuca para atraerme a él y besarme.

—Un momento —le rechazo, tras sentir sus labios sobre los míos durante unos segundos, algo que me ha costado bastante, porque aún noto las secuelas de haber pasado varios días sin sexo y haberlo probado anoche y esta mañana ha despertado más las ganas; esta adicción es horrible—. Es que no lo entiendo, ¿por qué me has mentido?

—Yo... —responde dubitativo—. Sólo quería ganar tiempo para convencerte.

—¿Convencerme de qué? —pregunto con desconfianza apartándome todo lo que puedo de él a pesar de que tras mi espalda sólo hay una pared.

Él mira hacia un lado buscando las palabras.

—De que te quedaras —dice al fin—. Conmigo.

—Contigo... —no soy capaz de razonar para componer una frase completa en estos momentos. No tiene sentido lo que dice. Él sólo quería el dinero de esa herencia y sólo estábamos juntos porque había que "cumplir" con el contrato y con las condiciones del testamento—. Yo creía... ¿No querías follarme para que no se me fuera la olla y así no perder la herencia?

—¿Quién en su sano juicio haría eso?

—No lo sé, un hombre que lleva toda su vida obsesionado con el trabajo.

—¿Pero tú crees que sería humanamente posible follar tanto sólo por trabajo? En mi vida he llevado este ritmo, si apenas trabajo ya. Últimamente se están encargando de la empresa Julio y los demás, si ni siquiera me puedo concentrar. ¿Cómo podías pensar que lo hacía porque estaba obsesionado con el trabajo?

Se queda mirándome como si hubiera perdido un tornillo.

—No lo sé, yo no estoy obsesionada con el trabajo. No sé cómo razonáis vosotros.

—Yo tampoco estoy obsesionado, al menos con eso. Si estoy obsesionado con algo, es contigo. Desde que me diste ese documento con todo lo que querías que te hiciera no puedo pensar en otra cosa que no sea hacerlo. Recuerdo una y otra vez cada palabra y cada momento en el que he estado dentro de ti. Es por culpa de la memoria fotográfica. Y cada vez que te veo caminando por la habitación desnuda o cada vez que recuerdo cómo me besas y cómo te pones cuando yo te beso o te acaricio, me pongo enfermo. ¿Es que no te das cuenta de que cada vez que estás cerca tengo una erección?

No sé qué decir, porque acaba de ponerme malísima con sus palabras. Y por si fuera poco se está acercando a mí de nuevo. Y como le he dicho, he estado tres semanas sin sexo. ¿O eran tres días que parecen tres semanas?

—Pensaba que tomabas viagra... —susurro encogiéndome de hombros.

—¡Viagra! —exclama negando con la cabeza—. Esto no lo provoca ninguna pastilla —asegura acercándose hasta coger mi mano y colocarla en su erección.

—Faltaron cosas por hacer... —le recuerdo acariciando esa cosa enorme y aludiendo al documento que le di sobre todo lo que quería que me hiciera.

—Lo sé, pero ya me encargué de eso —susurra en mi oreja soltando su cálido aliento y haciendo que mi piel se erice alrededor de sus palabras—. Ya tengo las bridas.

—¿Las tienes aquí? —pregunto mordiéndome el labio inferior y excitándome sólo por ver el brillo en sus ojos.

—En mi despacho.

Su respuesta es una promesa del placer que me va a dar ahora mismo.

—Espero que se hayan ido todos a comer.

—Julio se habrá encargado de todo, y si no es así, me importa una mierda.

Me quedo clavada en el suelo ante su lenguaje, bueno, ante su actitud hacia todo. Cómo ha cambiado en el último mes, o tal vez ya era así, sólo que no lo conocía.

Le sigo cuando él se gira hacia mí desde la puerta que da a su despacho y me sonrío. Creo que huelo sus feromonas desde aquí, o puede que sean esos ojos rasgados, entornados, que pone cuando está excitado, o la forma en que me mira, pero me siento como una polilla acercándose a la luz.

Él no deja que camine más de dos pasos cuando entro en su despacho y me sujeta de la muñeca para atraerme hacia sus labios.

—No sabes cómo me pones —confieso empujándolo hacia el sofá que hay a un lado de la puerta, haciéndole caer para colocarme encima y seguir besándole allí.

—¿Soy yo o es por tu problema con el sexo? —susurra mirando hacia el suelo, como si no se atreviera a preguntarlo y mucho menos a escuchar la respuesta.

Ahora soy yo la que no entiende nada. Incluso me he detenido en los movimientos que había iniciado cuando me he subido a horcajadas sobre él.

—Oye, me ofendes, no estoy así por cualquiera —le espeto frunciendo el ceño.

—Siempre digo lo que no debo cuando estoy contigo —se lamenta con ojitos de cordero degollado.

Me limito a poner los ojos en blanco y niego con la cabeza.

—Entonces no hables, y saca esas bridas de una vez. ¡Que teníamos un trato!

No responde con palabras, sino con hechos. Me aparta de su regazo y se levanta para llegar hasta la mesa de su despacho y abre el primer cajón, del que extrae las dichas bridas.

—¿Qué vas a hacer con eso? —pregunto sólo por la emoción cuando lo veo acercarse con ellas, aunque más o menos ya sé la respuesta.

Él permanece callado y creo que esa actitud me pone más..., crea demasiada expectación.

Llega hasta mí y me ayuda a levantarme tendiéndome una mano para llevarme después hasta una de las sillas que hay frente a la mesa. Me mira durante unos segundos y me baja las braguitas metiendo los dedos por debajo de la falda.

—Siéntate —dice con la voz ronca por el deseo.

Usa una de las bridas para atar mis muñecas a mi espalda. Después ata mis tobillos cada lado con las patas de la silla.

Lo hace tan lentamente que me falta la respiración, cuando de pronto sube sus manos hasta mi camisa y la abre de golpe, haciendo saltar los botones. Pero no sé detiene ahí, coge unas tijeras de su mesa y corta el sujetador por delante para abrirlo y dejarme desnuda de cintura para arriba. Con las manos atadas a mi espalda parece que mis pechos son más grandes. Están totalmente expuestos a su mirada y a sus manos.

Mi respiración se acelera y mis ganas aumentan exponencialmente. Sobre todo cuando siento el tacto de las palmas de sus manos en mis pezones. Su mirada abrasa mi piel cuando la deja caer sobre mi cuerpo, que ahora le pertenece, que está enteramente a su disposición. Se quita la corbata

y la usa para rodear mis ojos mientras no puedo defenderme para que no lo haga, no puedo hacer más que dejar que haga lo que quiera conmigo.

Pierdo la visión y su tacto y no sé qué está haciendo, porque oigo sus pasos alejándose, aunque no debe estar muy lejos porque creo que ha abierto la nevera.

De nuevo se acerca y siento algo frío sobre un pezón y luego sobre el otro.

Un calambre recorre mi cuerpo, desde donde acaba de pasar el hielo hasta mi sexo, palpitante y ya totalmente excitado por lo que está haciendo. Cada vez que desliza el hielo por mi piel siento que una tormenta eléctrica se está desarrollando en mi interior. No sé cuánto más podré aguantar esta dulce tortura.

No puedo más y él lo sabe, pero no le importa que sufra, sólo puedo seguir sintiendo cómo me tortura de esta forma. De pronto siento el frío hielo sobre mis labios y cómo se desliza hacia abajo por mi cuello y mi pecho hasta llegar de nuevo hasta mis pezones, que los roza alternativamente para después seguir bajando por mi ombligo. Llega a mi falda, que aparta para meter sus dedos fríos y húmedos por debajo. Desliza el hielo por mis muslos y siento cómo roza tan ligeramente mi clítoris que creo que ni siquiera ha ocurrido. Y de repente oigo cómo el hielo cae al suelo y se rompe en mil pedazos, al igual que mi paciencia. Porque yo no puedo más, pero él no va a acabar esto aún.

Siento sus dedos unos segundos en mi clítoris, pero rápidamente sigue bajando por mi muslo, siguiendo el mismo camino que había hecho con el hielo, pero no son sus dedos, es su lengua que me invade mientras con las manos me abre las piernas, separándolas por las rodillas. No puedo hacer nada, salvo dejar que siga tocándome todo lo que quiera. Con sus dedos y su lengua entre mis labios y mi clítoris. Sus dedos abriéndome y su lengua no dejándome tregua, y a la vez de una forma tan sutil que hace que desee aún más.

—No puedo más —susurro con un hilillo de voz.

Él no habla, sino que me provoca más volviendo a subir su lengua hasta mis pechos mientras deja sus dedos en mi sexo para jugar con él.

Intento moverme contra su mano pero las puñeteras bridas están muy tensas y no dan más de sí. Y su mano empieza a presionar más, dándome algo de calma en este momento en el que apenas puedo respirar. Mete sus dedos dentro de mí con fuerza y hasta el final y un gemido se escapa de mi boca. No puedo conformarme sólo con eso, y él lo sabe, sólo es que quiere hacerme desearlo más. Lo que no sabe es que ya no se puede desear más una polla.

Su lengua sigue lamiendo mis pechos y después mi cuello hasta que llega a mi boca y comienza a deslizarla por mis labios mientras su mano sigue provocándome, haciendo lo que sólo él sabe, porque no tengo la menor idea de lo que hace ahí abajo... Sólo siento que me voy a ir en breve si sigue así. Al fin mete su lengua en mi boca y la une a la mía como si le fuera la vida en ello, incluso le oigo gemir al hacerlo, o tal vez soy yo, o somos ambos. Me besa con un hambre voraz, como si fuera a morir de inanición si no bebe de mi boca, si no se alimenta de mis labios. Su lengua acaricia la mía y sus dedos se mueven sin ningún sentido por debajo de mi falda.

—Necesito tenerla dentro —le ruego—. Por favor —digo sin apenas voz.

Me da un último beso y siento cómo me desata las piernas cortando las bridas, una detrás de otra, pero oigo cómo deja las tijeras sobre la mesa sin haberme quitado la que sujeta mis muñecas. Ni tampoco me destapa los ojos cuando viene hacia mí de nuevo.

Me ayuda a levantarme y mientras estoy de pie me baja la falda hasta el suelo y después me sujeta de la cintura para llevarme hasta su regazo y sentarme a horcajadas. Ahora el que está sentado en la silla es él. Me deja caer sobre su erección que entra en mi cuerpo como si fuera seda y acero a la vez. No puedo más, es que me ha puesto demasiado y no sé cuánto podré aguantar.

Me levanta y mueve mi cuerpo sobre el suyo de una forma que no puedo soportar, el contacto con su piel es tan intenso al perder el sentido de la vista..., y de pronto mete uno de mis pezones en su boca mientras sigue moviéndome sobre él, clavándome su polla como un ariete.

—¿No me vas a desatar?

Me mueve con más fuerza y no puedo soportarlo, no puedo siquiera hablar, sólo dejar que siga moviéndome sobre su polla, utilizándome como si fuera una muñeca bajo sus manos.

No puedo más, mi cuerpo reacciona ajeno a mi voluntad, ya no puedo detenerlo, no puedo detener lo que siento, las sensaciones de placer alrededor de mi sexo. Las sensaciones y los movimientos que me produce Miguel y que han desencadenado el orgasmo que estoy a punto de tener. Todo mi cuerpo reacciona sin que pueda hacer nada para controlarlo, y el clímax me invade entre gritos de puro placer. Noto la tensión en sus brazos y en su sexo y cómo él tampoco puede soportar más la espera, corriéndose mientras sus manos sujetan mi espalda y clava sus dedos en mi piel, explotando juntos uno dentro del otro; mi lengua ahora en la suya, su sexo en el mío.

—Dios mío... —susurro dejándome caer en su hombro para intentar mantener la cordura, porque por un momento me ha vuelto loca, y no quisiera quedarme así para siempre.

—Espero que te haya quedado claro que no me interesa sólo el trabajo.

—Bastante claro, pero puede que se me olvide dentro de unas horas...

—Te lo recordaré antes de que se te olvide.

Epílogo

Las Vegas. Un mes después.

Ver a Noelia y Julio con esas caras de resaca me hace poner los ojos en blanco, pero ver a mi madre, que nunca salió del pueblo, más allá de ir a Madrid a quejarse sobre mi comportamiento, en otro continente, no tiene precio. Y verla de nuevo hablando con mi tía, es demasiado para lo que estoy acostumbrada, creo que compensa la imagen de Noelia y de Julio.

Noelia y Julio se nos adelantaron anoche y se casaron en un arrebato ante un tipo vestido de Elvis... Ahora están pensando que tal vez se les fue la olla, pero cosas más raras se han visto, y hay parejas que están diez años de novios y se divorcian a los dos meses de casados. Y qué más da, la vida son dos días, y ¿quién no ha hecho locuras alguna vez en su vida? Noelia unas cuantas veces más, pero Julio también tiene derecho a hacerlas, y ya está mayor, o las hace ahora o se le pasa el arroz del todo...

Mientras intentan sostener la cabeza sobre sus hombros Miguel me sonrío y sé lo que está pensando.

—No puede ser que tengas ganas otra vez.

—Puedo esperar a que nos casen —asegura mientras camina a mi lado vestido con un traje que le queda como un guante, porque no he conseguido que se disfrace con el repertorio que tienen en la capilla para hacer bodas temáticas—. Pero no podré aguantar mucho más —confiesa dejándome boquiabierta en medio del pasillo que llega hasta “Elvis”...

—Siempre dando el espectáculo —susurra mi madre que por gracia del destino la tengo al lado ahora.

—Calla, y deja a la niña casarse tranquila —le reprocha mi tía dándole un codazo—. Cuando vengas a Benidorm te espabilarás...

No sé si he oído bien, pero creo que mi tía ha convencido a mi madre para hacer alguna locura. A lo mejor nunca es tarde para hacerlas y estaba equivocada. Y alguna más pueden hacer Julio y Noelia...